

Num. 21.

Plieg. 13.



HISTORIA

DEL MUY ESFORZADO CABALLERO

E L

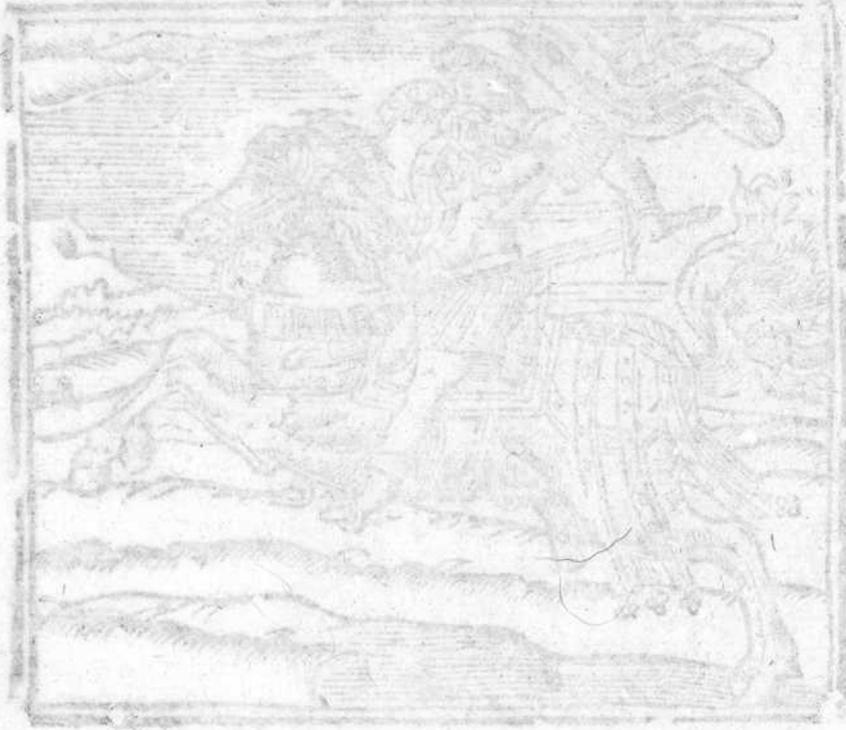
CID RUY DIAZ,

CAMPEADOR.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta de Manuel
Nicolàs Vazquez, en calle Genova.

Pleg. 13.

Volum. 21.



HISTORIA

DEL MUY ESPORZADO CAVALIERO

E L

CID RUY DIAZ

CAMPEADOR.

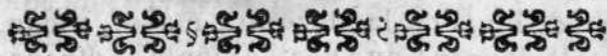


Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta de Manuel
Nicolas Vazquez, en calle Genov.



T. 169606 C. 1020025

R. 134175



Cap. i. *Del Noble Rey Don Fernando, primero de este nombre, que criò al Cid.*

DON Fernando, hijo de Don Sancho el mayor de Navarra, comenzó à reinar en Castilla, y en Leon en el año del Señor de mil y diez y siete años: reinò quarenta años, y hubo el Reino de Castilla por parte de su Madre, que fue hija del Conde Don Sancho, y el Reino de Leon por su muger Doña Sancha, hermana del Rey Don Bermudo. Este Rey fue mui franco, y mui gracioso, y mui esforzado, y mui devoto, y criaba en su casa todos los hijos de los Caballeros, que en su tiempo morian. Este Rey tuvo tres hijos, el primero fue llamado Don Sancho, el segundo Don Alonso, el tercero Don Garcia. Y dos hijas: la primera fue llamada Doña Urraca, la segunda Doña Elvira. Y como este noble Rey una vez passasse por Bivar, hallò ai a Diego Laynez, y a su hijo Rodrigo Bivar, mozo de edad de diez años, y llevòlo consigo, y criòlo; quiso le armar Caballero, como lo avia el de costumbre hacer a todos los Hidalgos, q̄ criaba, y èl no lo quiso hacer. Y acacció asì, q̄ estando este Rey en Carrion, cinco Reyes Moros entraron con gran poder, y passaron por cerca de Burgos, y fueron por Montedoca, y Bilforado, y a Sto. Domingo de la Cazada, y a Logroño, y corrieron toda la tierra, y llevarò muchos pressos, y ganados: y Rodrigo de Bivar saliò por la tierra, y apellidò todas las gentes q̄ pudo haver, y tomòles la delantera, y tiròles la pressa, y matò muchos dellos, y cautivò muchos, y prédiò los cinco Reyes, y fuesse con la pressa à casa de su Madre Teresa Nuñez; la qual partiò mui bien con todos los q̄ con èl fueron, y hubo consejo de lo que debia hacer de los Reyes, y deliberò de soltarlos, con condicion que se otorgaron por sus vassallos, y le hicieron omenage, y asì los soltò, è idos en sus tierras, le enviaron grandes presentes, y las parias que le prometieron. Y esto acacçido, Doña Ximena Gomez, hija

del Conde Don Gomez de Gormaz, demádò al Rey por merced, que se lo diese por marido, q̄ ella le perdonaba la muerte del Conde su Padre, q̄ havia muerto. Y el Rey enviò por Rodrigo de Bivar, y los desposò. Y en este tiempo hubo grã debate entre este Rey Don Fernando, y el Rey Don Alonso de Aragon sobre Calahorra, porque cada uno de ellos decia, que le pertenecia, y acordaron, que cada uno de los Reyes diese un Caballero que lidiasse por èl, y el que venciesse quedasse la Ciudad por su señor, y el Rey Don Fernando diò por sì à Don Rodrigo de Bivar, y el Rey de Aragon diò un Caballero, que se llamaba Don Martin Gomez, y venidos à la batalla, Don Martin Gomez comenzó de decir palabras soberbias à Rodrigo de Bivar, el qual le respondió, que a los Caballeros mas convenian obras, que palabras, que la honra de la batalla Dios la daria à quien le pluguiesse. Y luego se fueron el uno al otro, y rompieron sus lanzas, y en la fin pelearon valientemente, y cayò del caballo Don Martin Gomez, y Rodrigo de Bivar descendió del caballo, y cortòle la cabeza, y dixo a los Jueces: si havia mas que hacer por el derecho de Calahorra. Y luego el Rey Don Fernando lo sacò mucho honradamente del campo, y asì quedò Calahorra por el Rey Don Fernando, el qual le hizo muchas mercedes. Y los Condes de Castilla aviendo de èl gran invidia pensaronlo matar, por lo qual concertaron con los Moros, que acordassen de haver batalla, y que en aquella lo matarian, y huvieron de saber este trato los Reyes Moros sus vassallos, y vinieron las cartas, y enviaronlas al Rey, el qual hubo de esto gran enojo, y mandò luego a los Condes salir de Castilla. Y partiendose el Rey en Romeria para Santiago, Ruy Diaz lo echò de la tierra, y vino à el Doña Sancha su hermana, que era casada con el Conde Don Garcia, y pidiòle por merced, que pues echaba a su marido fuera de la tierra, le diese cartas para algunos de los Reyes Moros sus vassallos, que le diesen tierra en que viviesse, y èl le diò cartas para el Rey de Cordoba, que era uno, y por su amor le diò a Cabra en que viviesse. En el dicho año entrò el Rey D. Garcia de Navarra en Castilla con gran gente, y llegó cerca de Burgos, y el Rey

D. Fernando su hermano le envió à requerir, que saliesse de su Reino, que le perdonaba lo hecho, y èl no lo quiso hacer, y el Rey Don Fernando le diò batalla, en la qual fue muerto el Rey Don Garcia, y su gente desbaratada, y en esta batalla hizo un Caballero, llamado Antonio de Gamana, una gran hazaña, el qual era Ayo del Rey Don Garcia, el qual le requería, que hiciesse lo q̄ el Rey Don Fernando le requería. Y porque creyò, que por su soberbia avia de ser muerto, y vencido, queriendo no ver la muerte de su señor, se metió en lo más duro de la batalla, habiendo dexado todas armas salvo la lanza, y la espada, y el Rey Don Garcia murió en la batalla por las manos de dos Caballeros, que eran sus vassallos, y se havian desnaturalizado del, porq̄ con sin razón le avia tomado sus tierras. Este año, estando el Rey Don Fernando en Galicia, entraron los Moros en Castilla; y Ruy Diaz llamó a sus parientes, y amigos, y alcanzòlos cerca de Atienza, y allí tuvieron su batalla, y los Moros fueron vencidos, y durò el alcance siete leguas, en q̄ fueron muchos dellos muertos, y cautivos. En el año de mil y treinta entrò este Rey Don Fernando en Portugal, y tomò a Viseo, y Coimbra por fuerza de armas, y otros muchos Lugares por pleitesia, que los tenia los Moros. Y de allí el Rey se fue en Romeria a Santiago, y venido puso cerco sobre Coimbra, y tuvola cercada siete años, y al fin tomòla por pleytesia con todo quanto en ella havia. En este tiempo hizo Ruy Diaz cosas mui hazañosas. En el tiempo, que el Rey Don Fernando tuvo cercada a Coimbra acaeciò, que un Obispo Griego vino en Romeria a Santiago, donde oyò decir, q̄ Santiago, en abito de Caballero aparecia a los Christianos, ayudandoles en las batallas, el qual dixo, que Santiago era Pastor, y no Caballero, y essa noche le apareciò Santiago armado en un caballo blanco, y le dixo, que no dudasse de su Caballeria, que èl era Caballero de Jesu Christo, y que otro dia èl abriria las puertas de Coimbra con aquellas llaves, que en la mano tenia. Y en la mañana el Obispo le contò a todos los Clerigos, y a otros muchos, y les dixo a que hora otro dia havia de ser tomada Coimbra; y así lo hallaron por verdad, y entrado en

la Ciudad. El Rey hizo Caballero à Rodrigo de Bivar en la Mezquita mayor, y mandò llamar Ruy Diaz, y ciñole la espada, y le diò paz en la boca, y no le diò bofetada como era costumbre; mas diòle con la espada en el hombro, y mandòle, que tomase la espada, y de su mano armasse nueve Caballeros, y así lo armò. Y desde Coimbra el Rey se volvió a Santiago, y tuvo ende nuevas, è hizo grandes ostendas, y volvióse en Tabilla, y despues de estas cosas aparejó su Hueste, y fue sobre Gormaz, y sobre otros Castillos, de donde los Moros hacian grandes daños, y ganolos, y derribò todas las Torres, y Atalayas, que tenían, y quemòles mui gran parte de su tierra, y puso el cerco sobre Guadalaxara. Y allí Alimaymon, Rey de Toledo, le envió mui grandes presentes, y vino a verle con su seguro, y allí se hizo su vassallo, y le diò sus parias: y de allí el Rey Don Fernando se tornò a Leon. Este Rey mandò hacer la Iglesia Mayor de Leon, y propulo de traer allí los cuerpos de Santa Justa, y Santa Rufina, que fueron martyrizadas en Sevilla, que los Moros tenían, y con esta intenció partiò de Leon para ir a Sevilla, y fue ganando la tierra, y destruyendo los Moros. Y sabida su ida, por el Rey de Sevilla, el le envió a suplicar, que no le hiciesse mas daño, y que seria su vassallo, y le daria parias, y enviòle mui grandes presentes; y èl lo recibió por vassallo con condicion, q̄ le diese los cuerpos Santos ya dichos. El le respondió que le daria todo lo que èl mandasse; mas que èl no sabia donde estaban. Y así quedò por vassallo, y el Rey Don Fernando se volvió para Leon, y mandò poblar à Zamora. Estando el Rey Don Fernando en Zamora, y Ruy Diaz con èl hablando, llegaron al Cid Embaxadores de los cinco Reyes sus vassallos, que èl prendiera en la batalla, y traxeronle las parias que le debian, y otros grandes presentes, è ibanle a besar la mano, y èl no lo consintió, y mandòles, q̄ besasen la mano al Rey, y ellos hicieronlo así, è hincaron las rodillas, y dixeron a Ruy Diaz: Cid tus vassallos, los Reyes, que prendiste, te envian las parias que te deben, y este presente. Y el Cid lo tomò, y diò el quanto de todo ello al Rey, y el Rey no lo quiso recibir, y diò.

diòle muchas gracias. Y desde en adelante mandò, que a Ruy Diaz de Bivar llamassen Cid, porque los Moros le llamaron así. Y de allí el Rey envió dos Obispos de Sevilla, por haver los cuerpos Santos ya dichos, y envió con ellos al Conde Don Nuño, y a otros dos ricos hombres. Y quando llegaron a Sevilla, fueron muy bien recibidos por el Rey; y oída su embaxada, el Rey respondió, que era muy presto de darle las parias; pero que de aquellos cuerpos Santos, él no sabía donde estaban; y los Santos Obispos se pusieron tres dias en muy devota oracion, suplicando a nuestro Señor les quisiese revelar donde estaban aquellos cuerpos Santos. Y San Isidoro se les apareció, y les dixo, que no curassen de buscar los que la voluntad de Dios era, que quedassen allí, porque aquella Ciudad havia de ser ganada de Christianos; mas que llevassen su cuerpo, que le havia mucho fervido, y ellos fueron muy espantados de la gran claridad, que el Santo Cuerpo consigo traía, y estuvieron gran rato sin poder hablar, y despues preguntaronle quien era, y él les respondió: Yo soy San Isidoro, que fue Arzobispo en esta Ciudad, y ellos dieron muchas gracias a Dios, y rogaron a él, que les mostrasse su sepultura, y él les dió ciertas señas por donde lo hallassen en Sevilla la Vieja, donde estaba enterrado, y ellos quedaron muy consolados, y dixeron al Rey, que les diese licencia de ir a Sevilla la Vieja, y allá hallarian lo que buscaban. Y el Rey plugò mucho de ello, y cavalgò con sus Caballeros. Y quando llegaron al Lugar cavaron la hoya donde estaba, y salió de allí tan suave, y maravilloso olor, que los Christianos, y Moros fueron de ello maravillados. Y así lo llevaron de allí cubierto con muy ricos paños, que el Rey les dió, y con muy gran honra: y así los Obispos, y Caballeros se despidieron del Rey, y se fueron muy alegres con el cuerpo Santo, el qual hizo muy grandes milagros por el camino, hasta que llegaron a Leon, donde el Rey Don Fernando estaba, y saliólos a recibir con gran Proceßion, y muy honradamente lo mandò llevar a la Iglesia, donde fue puesto muy ricamente en el Altar Mayor, la qual fue intitulada de su nombre. En este tiempo el Emperador Enrique se querrellò al Pa-

pa Urbano, teniendo Concilio General del Rey Don Fernando de España, porque no le queria pagar el tributo, que los otros Reyes de la Christiandad le pagaban. El Papa le envió sus Embaxadores, amonestandole, que pagasse el tributo al Emperador Enrique, certificandole, que no pagandolo, daría Cruzada contra él. Y sobre esto el Emperador, con otros muchos Reyes, le envió a desafiar. Y el Rey Don Fernando vista la embaxada, y el desafío, hubo consejo con todos los Grandes hombres de sus Reinos, y todos acordaron ser mejor pagar el tributo, que esperar los daños, que de la guerra del Emperador se les podian seguir. Y a este tiempo el Cid no estaba en la Corte, y el Rey le envió a llamar, y le dixo todo lo pasado, el qual contradixo el consejo de todos, diciendo, que mejor era al Rey, y a todos sus Ricos hombres morir libres, que dexar a España su tributo. Y dixo al Rey: Señor, recibid el desafío, è irles a dar batalla dentro de su tierra, y yo irè por vuestro apoyentador con mil y quinientos Caballeros mis amigos, y Vassallos: y vos, señor, llevad cinco mil Caballeros Hijosdalgos, y dos mil Caballeros Moros, que vos enviaràn los Reyes vuestros Vassallos, y vamos con la gracia de Dios, que yo espero en él, que vos dará victoria. Y luego el Rey Don Fernando envió sus cartas al Santo Padre, suplicando, que no hiciesse guerra sin causa, que las Españas havian sido conquistadas por los moradores de ellas, y por aquellos donde él venia por derramamiento de sangre, y que antes sufriría muerte, que aver de pagar tributo al Emperador, ni a otra persona. Y otroßi, escribió al Emperador, requiriendolo, que le dexasse hacer la guerra, que a los Moros hacia, y se dexasse de tal demanda, y que donde no se pluguiesse, que él estorbaba la amistad, y lo desafiaba para la batalla, la qual le entendia dar dentro en su tierra. Y luego el Rey llamó sus gentes, en que hubo, con la gente del Cid, nueve mil de acaballo, con las quales el Rey partió. Y desde que pasaron los Puertos de Aspi, hallaron la tierra alborotada, y no les querian dar viandas; y como el Cid llevaba la vanguardia, comenzò a quemar, y robar toda la tierra en tal manera, que todas

las viandas, que les eran menester les eran traídas. Y como esto fue sabido por el Rey de Francia, envió grandes gentes con el Conde Don Remon de Saboya, y con otros grandes Señores, y mandòles, que viniessen à dar la batalla al Rey de España. Y como el Cid Ruy Diaz iba delante, diòles la batalla, en la qual muchos Franceses, y Alemanes, y Saboyanos fueron muertos, y presos. Entre los quales fue preso el Conde de Saboya, y otros muchos Caballeros. Y el Conde rogò al Cid Ruy Diaz, que lo quisiese librar, y que le daria su hija en rehenes; y el Cid lo deliberò con condicion, que jamàs no pudiese èl, ni su gente tomar armas contra el Rey su señor, ni contra èl: y tomò la hija, y diòla luego al Rey, la qual era mui hermosa, y el Rey tuvo un hijo en ella, que fue llamado Don Fernando, que despues fue llamado Cardenal de España. Y despues de esto tuvo el Cid otra batalla, en que venció mucha gente. Y la fama de estas batallas fue tan grande, q̄ el Emperador, y el Rey de Francia suplicaron al Papa, que enviase à rogar al Rey Don Fernando, que se volviese a su tierra, y que no querian su tributo. El Rey Don Fernando envió al Santo Padre su embaxada solemne, en la qual fueron el Conde Don Rodrigo, y Alvar Añez Minaya, y otros Caballeros, y Leetrados, quedando èl en Tolosa, donde queria continuar su camino para Roma, por los quales le envió a decir, que enviase un Cardenal con bastante poder. Y asimismo enviassen el Emperador, y Rey de Francia, sus Procuradores, para que otorguen, que a los Reyes de España no se demandaria jamàs tributo so graves penas, que de esto el Santo Padre hiciesse Decreto, que en otra manera èl los iria a buscar donde quiera que estuviesen. El Papa vistas las cartas, y embaxada, fue mui espantado, y hubo su consejo, en el qual se acordò, que se hiciesse todo lo que el Rey de España demandaba. Y envió un Cardenal llamado Ruberto, y con èl vinieron suficientes Procuradores del Emperador, y del Rey de Francia, y de los otros Reyes Christianos, los quales juraron, y prometieron, que en las Españas no fuesse demandado tributo. Y el Santo Padre hizo sobre ello Decreto. La razon del qual fue, porque

los Reinos de España eran por armas sacados de las manos de los Moros enemigos de la Fè. Y el Papa envió à rogar al Rey, que le enviase la hija del Conde de Saboya, que tenia, el qual se la envió mui ricamente ataviada, y acompañada, y enviòle à decir, que iba preñada de cinco meses, que le suplicaba la guardasse, y criasse la criatura: el Santo Padre lo hizo así. Y nacido el niño lo bautizó de su mano, y le puso nombre Fernando, y lo mandò mui bien criar, y lo legitimò para que pudiese haver toda Dignidad. Y fue despues mui gran señor en la Iglesia de Dios, como adelante se dirà. Y así el Rey Don Fernando se volvió a su tierra con mucha honra, por el buen consejo del Cid. Y por estas cosas que este Rey hizo fue llamado par de Emperador.

Capitulo 2. De el Rey Don Sancho, el Segundo.

Venido el Rey Don Fernando en sus Reinos, andando previendo los pafos por Avila, que estaba despoblada desde la universal destruicion, y tomò ende los cuerpos Santos de Santa Crístea, y de Santa Sabina, y de San Vicente, y llevòlos a Leon. Y otrosi afirman, que estàn aun en Avila. Y en el año de la Encarnacion de mil y cinquenta y dos años rebelaron contra el Rey Don Fernando por las Provincias, que se llaman Celtiberia, y Carpetana. Y como era viejo, y havia mucho gastado en reedificar muchas Iglesias, y Lugares que eran destruidos de los Moros, no curaba tanto de ello, quanto debia. Y la Reina Doña Sancha, su muger, viendo la necesidad, y fatiga del Rey, sacò de sus joyas, y de sus tesoreros mui grandes, que tenia, y diòselos para pagar sus gentes, y sacò gran Huelle, y fue sobre las dichas tierras, è hizo tantos daños, que los volvió al tributo, que antes pagaba, è hizoles pagar las parias dobladas. Todas estas cosas así prosperamente acabadas, el Rey se volvió à Leon. Y estando un dia en oracion, San Isidro le apareció, y le dixo el dia, y la hora en que avia de morir, y dende adelante siempre trabajò en hacer grandes bienes, y

CID RUIZ DIAZ.

limosnas, y pensando pacificar mas los Reinos, acordó de partirlos à sus hijos, de lo qual se siguieron infinitos males, y dió à D. Sancho à Castilla, y à Navarra hasta Ebro con la Estremadura; y à Don Alonso à Leon con Asturias, y a una parte de Campos, y dió à Don Garcia a Galicia, con lo que havia ganado de Portugal: y de esta petición pesó mucho à Don Sancho, que era mayor, y perteneciale todo segun las leyes, y costumbres de los Godos, que esta España señorearon. Y dixo a su Padre que él hacia en esto su voluntad, mas no lo que debía, que él no consentia en esto, y el Rey le respondió, que él havia ganado estos Reinos, y podia hacer de ellos lo que quisiese, y que por él no mudaría su proposito, y de esta particion pesó a muchos Grandes del Reino. Y hecho esto, el Rey D. Fernando conociendo el tiempo de su muerte que se acercaba, vino à Leon, y luego fué a hacer oracion a San Isidoro, y se hizo vestir de ropas Reales, y puso su Corona en la cabeza, y recibió los Sacramentos con gran devocion: y desnudóse de las vestiduras Reales, y puso la Corona sobre el Altar, y vistióse de cilicios, y echó ceniza sobre su cabeza, y dixo: Señor, tuyo es este Reino, dalo a quien te sirva con él; y mandóse llevar luego a Santa Maria del Manzano, y estuvo allí tres dias haciendo penitencia de sus pecados. Y de allí se mandó llevar a Cabezon, y allí vinieron a él el Cardenal Don Fernando su hijo, que era legado en España. Y el Cardenal se maravilló de aquella particion que de los Reinos avia hecho, y él le respondió, que dexaba a Don Sancho a Castilla, que era lo mejor que tenia; mas que rogaba a Dios, que no lo lograse, ni le diese hijo que heredase el Reino, porque dos veces lo havia deshonrado hiriendo en su presencia a sus hermanos Don Alonso, y D. Garcia. Y en esto llegaron Doña Urraca, y Doña Elvira mucho llorando, y dixerón al Rey: Qué como las dexaba desheredadas? El Rey respondió, que rogaba, y mandaba à sus hijos, que les diesen tierras en que viviesen, y callaron todos, salvo Don Alonso, que dixo: Tomad, señor, de lo que me distes todo lo que quisieredes para ellas. Entonces dixo el Rey: Mi bendicion ayas, dales tu lo que queráis. Y él respondió: Se-

ñor, dad vos de lo mio a Doña Urraca à Zamora con sus Terminos, y con la mitad del Infantazgo, y a Doña Elvira a Toro con la otra mitad del Infantazgo. Entonces el Rey lo torno à bendecir, y le dixo: Ruego yo a Dios, que así como aora son partidos mis Reinos, te los dè todos, y mas que seas bendito en Dios, yo te doi mi bendicion. Y qualquier que fuere en quitar lo que tu das a tus hermanas, aya la maldicion de Dios, y la mia. Entonces dixo a Don Sancho, que le queria tomar à Sahagun con todos sus Lugares, y Terminos, y a D. Garcia a Villa-Franca con sus Lugares para Doña Elvira. Y despues de esto hecho, y firmado, mandó a sus hijos, que lo firmasen, y jurasen así. Y estas cosas hechas, mandó a sus hijos, que huviesen encomendado al Cid, y le hiciesen bienes, y mercedes. Así el bienaventurado Rey dió el anima a aquel que la crió, y luego Don Arias Gonzalo mandó a su hijo Rodrigo Arias, que se fuesse à Zamora, y pusiese en ella gran recaudo, y él hizolo así. Y reinó este Rey Don Fernando quarenta y siete años, y nueve meses, y murió en Domingo, dia de San Juan Baptista, en el año de la Encarnacion de mil y cinquenta y siete años, y llevaronlo a Leon, y fue enterrado en la Iglesia de San Isidoro, que él mandó hacer, y despues de su muerte vivió la Reina Doña Sancha su muger, dos años, haciendo mui santa vida, y murió, y fue enterrada con el Rey su marido.

Cap. 3. *Del Rey Don Garcia de Galicia, y Portugal, y de como quebrantó el juramento, que havia hecho al Rey Don Fernando su Padre.*

EL Rey Don Sancho comenzó à reinar despues de la muerte de Don Fernando su Padre, en el año del Señor de mil y cinquenta y siete, y reinó seis años. En el primero año de su reinado hizo Cortes, y otorgó a todos sus vassallos quanto le quisieron demandar por ganar sus corazones, y para cobrar los Reinos de sus hermanos. Y en el segundo año sacó mui gran Hueste, y fue sobre Zaragoza, y combatióla fuertemente. Y el Rey Moro, que tenia à Zaragoza, hizo-

se su Vassallo, y diòle grandes riquezas, y otorgòles sus parias en cada año. Y así levantò el cerco, y partiò de allí rico, y honrado, y de esto tuvo mui gran pesar el Rey Don Ramiro de Aragon, y sacò Hueste, y púsose en el camino, y envió a decir al Rey D. Sancho, que le havia hecho gran injuria en cercar a Zaragoza, que era de su conquista, y que no passaria sino le daba todo lo que havia recibido del Rey de Zaragoza, y se la dexasse libre, como cosa de su conquista: y el Rey D. Sancho como era hombre de gran corazon, no le respondió cosa, salvo presentòle la batalla, la qual tuvieron mui cruda, y fue vencido el Rey de Aragon, y mucha de su gente muerta, y èl escapo en un Otero, donde se retraxo con los que pudo, y allí hicieron su pleytesia en tal manera, que el Rey D. Sancho lo dexasse ir libremente a su Reino, y Zaragoza quedasse en la conquista del Rey Don Sancho.

Cap. 4. De como el Rey Don Sancho entrò por tierra de Galicia haciendo guerra à su hermano Don Garcia.

EN el año de mil ciento y tres el Rey Don Garcia de Galicia, y Portugal, quebrantò el juramento que hizo a su Padre, y tomò à su hermana Doña Urraca gran parte de la tierra que su Padre le havia dado. Y como el Rey D. Sancho su hermano supo, que el Rey Don Garcia su hermano, desheredaba à su hermana Doña Urraca, plugòle de ello, porque le pareció, que aquel comenzaba lo que èl deseaba acabar, y entonces envió à llamar al Cid Ruy Diaz, y à todos los Grandes del Reino, y dixoles, como bien sabian; que el Rey D. Fernando su Padre havia partido los Reinos, que a èl pertenecian contra toda justicia. Y aora Don Garcia mi hermano quebrantò el juramento en desheredar a mi hermana Doña Urraca, lo qual quiero yo demandarle, y quiero primero tomar vuestro consejo. El Conde de Cabra le dixo: Señor, quien vos aconsejasse, que quebrantassedes el juraméto que a vuestro Padre hiciste, mal consejo vos daria. De lo qual el Rey Don Sancho huvo gran enojo; y dixo al Conde:

Tiraos delante de mi, que de vos no puedo haver buen consejo, y tomò al Cid por la mano, y dixole: Bien sabeis que mi Padre me mandò que ostuviesse por consejero en todo lo que huviesse de hacer, y yo así lo hice hasta aqui, por ende os ruego, que me aconsejeis como yo cobre los Reinos que mi Padre me quitò sin justicia. Y de esto pesò mucho al Cid, y dixole: Señor, yo no os aconsejaria que quebrantassedes el juramento que hicisteis a vuestro Padre, que vos bien sabeis, que èl me hizo hacer juramento en sus manos de siempre aconsejaros buenas cosas, lo qual así he hecho hasta aqui, y lo harè de aqui adelante, y èl respondió: Cid, yo no entiendo, que en esto quebranto el juramento, porque lo hice contra mi voluntad, y con apremio, y allende de esto ya mi hermano D. Garcia ha ido contra la jura que hizo, y por derecho todos los Reinos son mios por ende quiero, que me aconsejeis como los puedo ayuntar, lo qual ninguna cosa me estorvára, salvo la muerte. Y quando el Cid viò, que no lo podia sacar de aquel proposito, dixole: Señor, yo no veo otro camino para hacer esto, salvo que pongais amor con el Rey Don Alonso vuestro hermano, con condicion, que os dè lugar para poder pasar por su tierra a hacer guerra al Rey Don Garcia, y si esto no pudieredes acabar, no comenceis la guerra. El Rey entendió, que le daba buen consejo. Y luego envió a rogar al Rey Don Alonso su hermano, que se viniesse a Sahagun, porque se queria ver con èl: y el Rey Don Alonso quando viò las cartas, maravillòse, y con todo aquello vino a Sahagun, y desque se vieron, el Rey D. Sancho le dixo: Hermano, bien sabeis, como el Rey Don Garcia, nuestro hermano, quebrantò el juramento que à nuestro Padre hizo en desheredar à nuestra hermana Doña Urraca, y por esto que èl hizo le quiero yo tomar el Reino, por ende ruegoos, que me aconsejeis lo que debo hacer. Y el Rey Don Alonso le respondió, que èl no le ayudaria, ni quebrantaria el juramento, que a su Padre havia hecho. Y Don Sancho quando esto oyò, dixole, que le rogaba, que le diesse passada por su Reino para irle a hacer guerra, y le daria parte de lo que en ella ganasse, y el Rey Don Alonso otorgòlelo, y sobre esto

assignaron dia, y dieron ciertos Caballeros de Castilla, y de Leon, que les hiciesen estar por lo que entre ellos se acordasse. Esto assi hecho, el Rey Don Sancho juntò quantas gentes pudo, assi Castellanos, como Aragoneses, para ir sobre su hermano el Rey D. Garcia, y antes que para alla se partiese con su gente, enviòlo à defaçar, y fue el Mensajero D. Alvar Añez, primo del Cid, con el qual le enviò a decir, que le dexasse el Reino, sino que se lo tomara por fuerza. Y Don Alvar Añez, aunque le pesaba mucho, huvò de hacer el mandado de su señor, y quando Don Garcia oyò la embaxada huvò mui gran enojo, porque havia sido quebrantador del juramento, que havia hecho, y dixo: Don Alvar Añez, decid a mi hermano, que no quiera quebrantar el juramento que hizo à mi Padre, y quando èl otra cosa quisiere, yo trabajarè de defenderme: y D. Alvar Añez se volvió al Rey Don Sancho, y luego el Rey Don Garcia enviò un Caballero suyo, que se llamaba Ruy Ximenez, à D. Alonso su hermano, con el qual le enviò a decir como el Rey Don Sancho le queria tomar su Reino, y le enviaba à defaçar, y le rogaba, que le pesasse dello, y que no le diese pasada por su tierra para hacer la guerra. El Caballero hizo su embaxada, à la qual el Rey Don Alonso le respondió: Vos decid à mi hermano, que yo no le ayudarè, ni le esforvarè: y si se pudiere defender, que me placera mucho de ello. Y con esta respuesta se volvió el Caballero à su señor; y desde que el Rey Don Garcia oyò esta respuesta, y vido, que tenia ayuda de su hermano el Rey Don Alonso, quisiera ayuntar sus gentes para ir contra èl por consejo de un su privado, que era mal hombre, y siempre le daba malos consejos. Y a su causa havia tomado las tierras à Doña Urraca, y los Grandes de su Reino acordaron de matar a este su privado por quitarlo de tan malos consejos, y pusieronlo en obra en esta manera, que estando en consejo, y contradiciendo todos lo que este consejaba, mataronlo en presencia del Rey, de que huvò mui grande enojo. Y à esta causa se huvieron de partir algunos de los Grandes de su Reino, y se passaron à Castilla al Rey Don Sancho, y otros al Rey Don Alonso.

Cap. 5. Como el Rey Don Sancho fue contra su hermano el Rey Don Garcia.

Quatro años passados del Reinado del Rey Don Sancho, este Rey entrò por tierra de Galicia, y ganò mucha de ella, porque la gente estava mui mal contenta del Rey Don Garcia, a causa de aquel su privado, que era mui sobervio, y lo trataba mui mal, y robaba el Reino. El qual ayuntò todas las gentes que pudo para ir a dar la batalla a su hermano el Rey D. Sancho, el qual venia mui poderoso, y havia ganado mui gran parte de la tierra, y venian con èl el Conde Don Nuño de Lara, y el Conde de Monzon, y el Conde Don Garcia de Cabra, los quales llevaban la delantera de la Hueste del Rey Don Sancho con mui gran Caballeria, y el Rey Don Garcia salio à ellos, y diòles batalla, en la qual huvò victoria de los dichos Condes, en que murieron alli del Rey Don Sancho trecientos Caballeros, y quando esto supò el Rey Don Sancho cavalgò a mui gran prisa con toda su Hueste. Y el Rey D. Garcia se fue huyendo quanto pudo, y el Rey Don Sancho lo siguiò hasta Portugal, donde llamó a todos sus Caballeros Hidalgos de Portugal, y hallòse con ellos, y con todos los otros que consigo llevaba, y rogòles, que como Vassallos le quisiesen ayudar contra su hermano, que le queria tomar lo que su Padre le dexaba, y que mucho era mejor morir, y darle la batalla en un dia, que esperar cada dia ser socorridos, y menguados, y todos le respondieron, que le servirian lealmente, y que su parecer era mejor, en darle la batalla, que hacer otra cosa, para lo qual tuvieron acuerdo de enviar a pedir ayuda a los Moros, la qual les fue a demandar el mismo Rey Don Garcia, y les dixo, que si le ayudaban, que les haria cobrar el Reino de Leon. Los quales respondieron, que pues que no se podia amparar de su hermano, que no entendian como èl les pudiesse hacer cobrar el Reino de Leon. Y no le quisieron dar ayuda. Y assi el Rey Don Garcia se volvió para el Puerto en Portugal. Y luego como el Rey Don Sancho supò, que su hermano havia

venido de demandar ayuda à los Moros, ayuntò su Hueste, y fue luego a cercar à Santarèn, donde combatiò la Villa en un dia, y una noche. Y el dia siguiente el Rey Don Garcia saliò à la batalla contra el Rey Don Sancho, y el Rey Sancho diò la delantera al Conde de Cabra, y al Conde de Monzon, y al Conde Don Nuño de Lara. El Rey Don Garcia ocaudillò sus gentes, y esforzòlos quanto pudo, y la batalla fue duramente peleada por los unos, y por los otros, y a la fin fueron vencidos los Castellanos, y el Rey D. Sancho preso, y fue derribado el Conde de Cabra. Y como viò el Rey Don Garcia, que tenia preso al Rey D. Sancho, diòlo à guardar a quatro Caballeros à causa de seguir el alcance por prender a los que huian. Y en tanto el Rey Don Sancho rogò mucho à los Caballeros, que lo tenían preso, que lo dexassen ir, y ellos le respondieron, que por ninguna cosa no lo harian. Y estando en estas palabras, llegó Don Alvar Añez Minaya, al qual el Rey havia dado caballo, y armas, y dixo a los Caballeros, q̄ tenían preso al Rey: Dexad a mi señor, y en diciendo esto fue los à herir, y derribò los dos, è hizo soltar al Rey, y fuese con èl para una montaña donde estaban ciertos Caballeros de los suyos, los quales huyeran de la batalla. Y así estando, llegaron al Rey trecientos Caballeros que andaban huyendo, y vieron asimismo venir al Cid, el qual no havia estado en la primera batalla. Y quando el Rey lo conociò tuvo mui gran placer, y saliolo à recibir, y dixole: Cid, teais bien venido, que nunca Vassallo à tan buen tiempo socorrió à su señor. Y estando en esto el Rey, D. Garcia venia descuidado, y mui alegre de la victoria havida, y llegó la nueva como el Rey Don Sancho su hermano era suelto; de lo qual fue mui triste. Y como llegó cerca de donde estaba el Rey D. Sancho, el Cid con los otros Caballeros recogió su gente, y comenzòle otra vez la batalla mas duramente, que la primera, y a la fin desampararon los Portugueses al Rey Don Garcia, el qual fue ende preso, y fueron de los suyos muchos muertos, y presos, y el Rey D. Sancho lo puso en hierros, y los llevó consigo à Castilla, y luego vinieron à èl sus hermanas Doña Urraca, y Doña Elvira, y con ellas muchos

Arzobispos, Obispos, y Abades: los quales trabajaron en avenir à los dos Reyes en esta manera, que el Rey Don Sancho soltasse al Rey Don Garcia, y fuese su Vassallo, y le hiciesse omenage de venir à su servicio, y mandado con todo su poder, quando fuese llamado, y sobre esto le hizo pleyto, y omenage de guardarle todo esto en quanto viviesse. Y luego el Rey Don Sancho lo mandò soltar, y Don Garcia fuese para su Reino de Portugal.

Cap. 6. *De la batalla, que huvieron el Rey Don Sancho de Castilla, y el Rey D. Alonso de Leon su hermano.*

ESTO hecho, el Rey Don Sancho enviò luego a desafiar a su hermano el Rey Don Alonso de Leon, enviandole a decir, que le dexasse el Reino, que de derecho era suyo. Y el Rey Don Alonso le enviò a decir, que èl no lo haria, porque el Rey su Padre se lo havia dado, y que antes trabajaria por defenderlo quanto pudiesse. Entonces el Rey Don Sancho sacò su Hueste, y corriòle la tierra, y el Rey Don Alonso defendiala quanto podia: y acordaron ambos a dos a un dia cierto de darse la batalla en un lugar llamado Levada, con condicion, que el que venciesse huviesse el Reino del otro. Y la batalla fue fuertemente herida de ambas partes, y à la fin fue vencido el Rey Don Alonso, el qual se fue para Leon despues de muertos infinitos hombres de la una parte, y de la otra.

Cap. 7. *De como Doña Urraca fue à rogar al Rey Don Sancho, que soltasse a Don Alonso su hermano.*

EN el quinto año del Reinado del Rey Don Sancho huvieron la batalla acordada Don Sancho, y Don Alonso, la qual fue cerca del rio de Carrion, con tal condicion, que el vencedor huviesse Reino del otro sin contienda, y la batalla fue bravamente herida de ambas partes, en la qual fue vencido el Rey Don Sancho. Y como el Rey Don Alonso era piadoso, hubo mançilla, que muriesen los Christianos, y no quiso seguir el alcance, y yendo Don San-

Sancho huyendo, hallò alguna de su gente ayuntada en un cerco, y juntòse con ella, y dende a poco viò venir a Cid Ruy Diaz con su gente, que hàvase ido en la batalla, y hubo con èl grande plàcer, y aconsejaronle cerca de lo que debian hacer, y acordòse, que esta noche juntassen toda la gente que andaba huida. Y otro dia en la mañana fuesen a par en el Real del Rey Don Alonso, y así se hizo. Y como el Rey Don Alonso estaba descuidado, entendiendo, que el Rey Don Sancho iba huyendo, antes que su gente se armasse fueron vencidos, y desbaratados, y muchos muertos, y el Rey D. Alonso preso, y los Leoneses creyendo, que su Rey fuesse muerto, esforzaronse tanto todos los que pudieron tomar armas, que prendieron al Rey Don Sancho, y llevaronlo preso catorce Caballeros Leoneses, y acacciò, que el Cid viò como el Rey Don Sancho iba preso, y fuè en pos dellos, y rogoles, que le diesen a su señor, y èl les daría el suyo, que tenía preso, lo qual ellos no quisieron hacer, y peleo con ellos, y desbaratòlos, y llevó consigo al Rey. Y de allí el Rey Don Sancho se fue para Burgos, y llevó en hierros al Rey Don Alonso su hermano.

Cap. 8. *De como Doña Urraca rogò al Rey Don Sancho, que soltasse à Don Alonso su hermano. Y el Rey Don Sancho lo otorgò, con condicion, que se metiesse Monge.*

Sabido esto por Doña Urraca su hermana, vino a Burgos a gran priesa, y con ella el Conde Don Peranzurez. Y quando el Rey Don Sancho supo su venida, recibióla honradamente. Y Doña Urraca le suplicò, que quisiessè soltar à Don Alonso su hermano, y que ella tenía manera como èl se metiesse Monge en el Monasterio de Sahagun, y que le dexasse libremente el Reino de Leon. Y el Rey Don Sancho llamó al Cid, y preguntòle: Què le parecia que debía hacer? El qual le respondió, que metiendose el Rey Don Alonso Monge, y dexando el Reino libre, y desembargado, que lo debía soltar por ruego de su hermana, lo qual el Rey Don Sancho otorgò, y Don Alonso se me-

tiò Monge en el Monasterio de Sahagun mucho contra su voluntad. Y despues estando en el Monasterio, hubo consejo con el Conde Don Peranzurez, que saliesse del Monasterio, y se fuesse a Toledo al Rey Alimaymon, el qual le recibió mui honradamente, y le hizo grandes presentes, y le diò mucho oro, y plata, y caballos, y otras muchas joyas, lo tuvo consigo hasta que fue muerto el Rey Don Sancho teniendo cercada a Zamora, como adelante se dirà.

Cap. 9. *De lo que Doña Urraca hizo despues que supo, que el Rey Don Alonso su hermano estaba en Toledo.*

Despues que el Rey Don Alonso se fue para el Rey Alimaymon a Toledo, la infanta Doña Urraca habló con el Conde Don Peranzurez, y con dos hermanos suyos, llamados Don Gonzalo, y Don Fernando, a los quales rogò, que se fuesen a Toledo para el Rey Don Alonso. Esto hizo ella porque tuviesse Caballeros que le supiesse bien aconsejar. El Rey Alimaymon honraba mucho, y amaba al Rey Don Alonso, y quiso ser seguro del, porque le serviría bien, y lealmente. Y para esto tomò del pleyto, y omenage, que no se partiría de Toledo sin su licencia, lo qual el Rey Don Alonso le prometió. Y asimismo Alimaymon le hizo omenage de lo amar, y honrar, y ayudar en quanto pudiesse. Y luego el Rey Alimaymon mandò hacer unos ricos Palacios a par del muro del Alcazar, para el Rey Don Alonso, porque èl, y los suyos estuviesse mas a su plàcer. Los quales Palacios eran cerca de la Huerta, porque el Rey Don Alonso pudiesse ir allí a haver plàcer quando quisiessè: Estando así el Rey D. Alonso en Toledo con el Rey Alimaymon, mandole, que fuesse con cierta gente suya a hacer guerra a sus enemigos. Lo qual èl hizo mui sabiamente, y hubo mui grandes victorias, de que el Rey Alimaymon hubo gran plàcer, y siempre lo amaba mas. Y venido de estas guerras dabase mucho a la caza, y al vionte. Y andando un dia por una ribera a caza, hallò un lugar de que mucho se pagò, y

havia ende un Castillo derribado, y puso en voluntad de demandarlo al Rey Alimaymon, y luego como vido de la caza demandòfelo, y èl se lo diò de mui buena voluntad, y probòlo de sus Monteros, y Cazadores Christianos, y enfortaleciò el Castillo mui bien, y dende en adelante el Rey Don Alonso se iba a holgar en aquel lugar, que se llamaba Burgan. Y acaeciò, que el Rey Don Alonso se huvò de ir a holgar un dia a la Huerta del Rey en Toledo, y el Rey Alimaymon asimismo, y del que huvieron comido, y holgado, el Rey Don Alonso se echò a dormir en una camara, y el Rey Alimaymon quedò departiendo con sus Caballeros, y entre las otras cosas hablaron de la nobleza, y fortaleza de Toledo, y como no temia a Christianos, ni a Moros, y uno de sus Caballeros le dixo: Señor, si supiesse, que no os pesasse, diria como Toledo se podia perder, y no en otra manera. El Rey le dixo, que dixesse. El Caballero le dixo: Señor, estando esta Ciudad cercada siete años, haciendole talar cada año los panes, perderse ya por hambre. Dixo el Rey: Verdad es, y todas estas cosas que dixeron oyò el Rey Don Alonso, y pareciòle esto ser gran verdad. Y los Moros en esto no miraban por el Rey Don Alonso. Y quando se levantò, y saliò de aquella camara, pesò mucho al Rey Alimaymon, creyendo que por ventura havia oido lo que ellos havian hablado, y dixo, que mirassen al Rey Don Alonso, si tenia los ojos de semblante de haver dormido: y èl oyò todo esto, è hizole mucho soñoliento, de manera, que todos creyeron, que ninguna cosa havia oido de lo pasado. Y acaeciò, que un dia yendo cavalgando el Rey Alimaymon, y Don Alonso con èl, y dos Caballeros que lo iban mirando, dixo el uno al otro: Grande hermosura es la de este Christiano, y por cierto bien merece ser señor de grande tierra. Y el otro respondiò: Sabeis que soñaba esta noche, que veia entrar a este Rey Don Alonso por Toledo caballero en un puerco montes mui grande, y muchos puercos en pos de èl, que hozaban todos nuestras Mezquitas. De lo qual el otro Caballero fue mucho turbado, y dixole: Ahora soi cierto, que este ha de ser señor de Toledo. Y yendo así los Reyes juntos, alzofele al Rey Don Alonso

una vedija de cabello de la cabeza; y Alimaymon le puso la mano, y alanogela, y como le tirò la mano de encima, luego se le tornò a levantar. Y aquellos dos Caballeros que iban mui cerca de los Reyes, huvieron esto por gran cosa, y en pos de estos iba un privado del Rey Alimaymon, que oyò todo esto. Y vueltos los Reyes a la Ciudad, aquel privado del Rey Alimaymon contòle todo lo que havia oido. Y luego el Rey enviò por aquellos Caballeros, y preguntòles todo aquello que su privado le havia dicho, y ellos dixeronselo todo, y el Rey les preguntò: Què les parecia en aquel hecho? Y ellos dixeron, que les parecia, que en todo caso debia matar al Rey Don Alonso. A los quales el Rey Alimaymon respondiò: Que no pluguiesse a Dios, que tal consejo èl tomasse, porque iria contra el pleyto, y omenage que le tenia hecho; mas que èl entendia tener tal manera, que nunca del Rey Don Alonso mal le viniessse. Y enviò luego por Don Alonso, y rogòle, que de nuevo le tornasse a hacer pleyto, y omenage de nunca ser contra èl, ni contra su hijo mayor, y que siempre le ayudaria contra qualquier enemigos suyos, así Christianos, como Moros. Y dende en adelante siempre Alimaymon amò mas al Rey Don Alonso; y todas las cosas que havia de hacer las hacia con su consejo, y del Conde Don Peranzurez.

Cap. 10. *De lo que el Rey Don Sancho hizo desde que supo, que su hermano el Rey Don Alonso estaba en Toledo.*

Despues que el Rey Don Sancho supò como el Rey Don Alonso estaba en Toledo, facò la mayor Hueste que pudo, y fue sobre Leon, y tomòla. Y dende adelante todas las otras Ciudades, y Villas del Reino de Leon. Y desde allí se llamó Rey de España, y fue sobre Toro, que era de su hermana Doña Elvira, y de allí fue sobre Zamora a causa de tomarla a la Infanta Doña Urraca su hermana, y teniendo el Real sobre ella, enviò a decir a Doña Urraca su hermana, por el Cid Ruy Diaz, que le diessse a Zamora en trueque, ò vendida, y le daria tierra llana en que viviessse. Y el Cid como quiera que le

pèsò de llevar esta embaxada, y huvo de haver el mandado de su señor, y oida la embaxada, Doña Urraca le respondiò, que dixesse al Rey, que en ninguna manera ella no daria a Zamora por trueque, ni por vendida; y que antes le rogaba mucho, que le dexasse aquello que el Rey su Padre le havia dado, y que fuesse cierto, que de aquella Ciudad nunca seria deservido. Y oida la respuesta, el Rey Don Sancho se partiò para Burgos, porque era Invierno, y no era tiempo dispuesto para tener cerco. Y venido el Marzo, el Rey Don Sancho llamò a todas las gentes de su Reino, que viniesse a Sahagun, y desde alli moviò, y fuesse para Zamora: y puesto su Real, cavalgò con los Ricos Hombres, que con èl estaban, y anduvo toda la Ciudad en torno mirando por donde se podria combatir, y otro dia enviò el Cid a rogar, y requerir a la Infanta Doña Urraca, que le diese la Ciudad en trueque, ò vendida, como a ella mas pluguiesse. Y si quisiesse trocar, que le daria a Medina de Rioseco con todo el Infantazgo desde Villa-Pando, hasta Valladolid, y le daria el Castillo de Tierra, y le haria juramento, y omenage con doce Caballeros, que nunca seria contra ella, y sino se la diese, que se la tomaria contra su voluntad. Doña Urraca se apartò con Don Arias Gonzalo, y le mando consejo, el qual le dixo, que debia llamar a todos los buenos de la Villa, y hacerles saber esto que el Rey enviaba a decir, y ver lo que ellos querian hacer, y que aquello pudiesse por obra. Y los de la Villa llamados: Y oido lo que Doña Urraca les dixo, le respondieron, que ellos eran sus Vassallos, y aquella Ciudad era suya, y que harian lo que mandasse, y querian morir alli con ella, ò irse todos a Toledo al Rey Don Alonso su hermano. Y luego Doña Urraca mandò llamar al Cid, y dixole, que dixesse al Rey Don Sancho su hermano que se marabillaba de èl, en querer desheredarla de lo que su Padre le havia dado así como havia hecho a sus hermanos. Y que le pedia por merced, que la dexasse vivir en lo suyo, y si lo contrario quisiesse hacer, que ella se entendia de defender con la ayuda de Dios quanto pudiesse.

Y con esto se fue,

Cap. II. *Como el traydor de Vellido Dolfos, matò al Rey Don Sancho.*

EL Rey D. Sancho otro dia mandò combatir la Ciudad, el qual combate durò tres dias. En el qual tiempo se hallò, que eran muertos del Real mil y treientos hombres. Entonces el Rey mandò, que cessasse el combate, y tuvo gran tiempo el cerco sobre la Villa. Y visto los grandes daños que de ambas partes eran recibidos, Don Arias Gonzalo hablò con Doña Urraca, y le diò por consejo, que diese la Villa al Rey, y que ella se fuesse a Toledo al Rey Don Alonso su hermano, con los que la quisiesse seguir. Y estando en este pensamiento, y aviendo ya tomado este acuerdo con los de la Villa, Vellido Dolfos se fue para Doña Urraca, y le dixo: Señora, yo vine aqui para vuestro servicio con treinta Caballeros, como sabeis, despues de haveros servido mucho tiempo; mas nunca he sido satisfecho, y si vos, señora, me otorgais una merced, que yo os demandare, irè causa como se descerque Zamora; y ella le respondiò: Proverbio es antiguo, que siempre el hombre merca bien con el necio, ò con el menesteroso, y tu así haràs conmigo. Yo no te mando, que hagas cosa fea, ni torpe; mas digote, que qualquier hombre, que hiciesse descercar a Zamora, haciendo levantar de ai a mi hermano, yo le diese qualquier cosa que me demandasse. Y luego Vellido le besò la mano, y partiòse de ella, y fue a un Portero que tenia la guarda de una puerta, è hizose de concierto con èl, diciendole como queria salir a ver como estaba cercada la Ciudad, y que si le viesse volver huyendo, que le abriessse la puerta, al qual diò un manto, que traia. Y de alli fuesse para su posada, y armòse mui bien, y cavalgò en su caballo, y fuesse para la casa de Arias Gonzalo, y dixo a grandes voces: Bien sabeis todos por què la Infanta no hace avenencia con el Rey Don Sancho su hermano, y vos Arias Gonzalo, haceis maldad con ella, como viejo traidor, que sois. Y dicho esto, puso las espuelas al caballo, y fuesse huyendo. Entonces los hijos de Don Arias Gonzalo se levantaron, y se armaron a gran prisa, y cavalgaron en sus

caballos, y fueron en pos de Vellido por matarle, y siguieronle hasta el Real. Y luego Vellido se fue al Rey, y dixole: Señor, porque yo decia a los de Zamora, que hacian traicion en no daros la Villa, quisieronme matar los hijos de Arias Gonzalo, y yo vengome huyendo para vos. Y si fuere vuestra merced contento, quiero ser vuestro Vassallo; y entiendo tanto serviros, que vos mostrarè como tomeis la Villa a pesar de Don Arias Gonzalo, y de los otros que alli estàn. Y el Rey lo creyò, y agradeciòlelo mucho, y recibìlo por Vassallo, è hizole mucha honra, y èl le besò la mano por señor. Y luego el Rey comenzò a hablar con èl todas las cosas que entendia hacer: y esta noche hablando en secreto con el Rey, le hizo entender, que le mostraria un postigo por donde tomasse à Zamora. Y otro dia de mañana un Caballero de Zamora se subió al muro, y dixo a grandes voces en manera que todos los de la Hueste lo oyeron: Rey Don Sancho, yo soi un Caballero de Santiago natural, y aquellos de donde yo vengo, siempre fueron leales, y se preciaron de lealtad, y yo en aquello quiero vivir, y morir. Mirad que vos defengaño, y vos digo en verdad, si me quisieredes creer, que de esta Villa es salido un Caballero traidor, llamado Vellido Dolfos, que es hijo, y nieto de traidores, y quiere mataros. Y para ponerlo en obra decir vos ha hermosas palabras: esto quiero decir porque si daño recibieredes no podais decir, que no fuistes de ello avisado. Y aun dice el Arzobispo D. Rodrigo en su Cronica, que esto mismo le enviaron a decir los de la Villa en secreto; mas quando Vellido oyò estas palabras fuese à gran priesa para el Rey, y dixole: Señor, Arias Gonzalo sabe mucho, y porque conoce, que yo puedo hacer vos aver la Villa, manda decir estas palabras: pero, señor, para quitar de mi toda sospecha, vuestra merced me de licencia, y yo me quiero ir a buscar donde viva. El Rey le rogò, y mandò que no se fuesse, que èl no creia nada de aquello, y fuese cierto, que si la Villa ganaba èl le haria el mayor della, y le haria otras mayores mercedes. Y luego Vellido le besò las manos, y le apartò, y le dixo: Señor, si por bien tuvieredes, cavalguemos vos, y yo solos, y mostrar vos he el postigo por don-

de ganareis la Villa. Y el Rey creyò todo lo que le dixo, y cavalgaron ellos dos solos, y anduvieron gran rato en rededor de la Villa, y el Rey hubo gana de hacer lo que se podia excusar: y el Rey traia un venablo en la mano, y dixo à Vellido, que lo tuviesse. Y el Rey se apartò, y quando Vellido lo viò asì estar, tiròle el venablo, y diòle por las espaldas, y saliòle por los pechos, y puso las espuelas a su caballo, y fuese huyendo quanto pudo para el postigo que mostrara al Rey. Ya este traidor havia hecho otra traicion, que havia muerto sobre seguro al Conde D. Nuño. Y el Cid quando viò desde el Real ir huyendo à Vellido, preguntò, què cosa era aquella? bien entendido, que havia hecho algun mal, y pensò lo que era, y cavalgò en su caballo. Y con la gran priesa que hubo de lo seguir, no le pusieron espuelas; y tanto ahincò su caballo, que llegó mui cerca de èl, y no lo pudo alcanzar. Entonces el Cid dixo: Maldito sea el Caballero, q̄ cavalga caballo sin espuelas. Entonces como Vellido se entrò en la Villa con gran miedo, que hubo, fuese à meter so el manto de Doña Urraca, y Don Arias Gonzalo le dixo: Señora, pidoos por merced, que entregueis este traidor a los Castellanos, ca en otra manera mui gran daño os vendrà por ello, que los Castellanos querràn reptarnos, porque lo acogimos en la Villa. Doña Urraca respondió: Por cierto si hallasse causa, porque este no muriesse, placirme ha. Y Don Arias Gonzalo le respondió: Señora, dadmelo à mi, y yo tenerlo he preso hasta tres nueve dias, y si los Castellanos nos reptaren a estos plazos darselo hemos, y sino echarlo hemos de la Villa. Y asì llevòselo Don Arias Gonzalo, y pusolo en hierros, y mandòlo mui bien guardar.

Cap. 12. Como los Castellanos hallaron al Rey Don Sancho en el campo herido de muerte.

LOs Castellanos desde que supieron este caso acaecido, fueron por el Rey, y hallaron que estava en la Ribera del rio, donde lo dexara el traidor mui mal herido; pero con todo no perdida la habla, y tenia el venablo, q̄ le pasaba de la una parte a la otra,

y no se lo osaron sacar por miedo, q̄ no muriese luego. Y llamaron a sus Cirujanos, y cortaron el venablo por ambas partes, y el Conde Don García de Cabra, que ende estaba, le dixo: Señor, curad de vuestra anima, que mucho sois mal herido, y el Rey le dixo: Bien andante seais, Conde, que tan buen consejo me dais, que bien creo, que estoi a la muerte, la qual ha causado el traidor de Vellido siendo mi Vassallo. Y esto mereci yo a Dios por mis pecados, y por quebrantar el juramento que hice a mi Padre.

Cap. 13. *De como los Caballeros del Rey D. Sancho enviaron a decir a los Zamoranos, que creian que por su consejo era hecha la muerte del Rey Don Sancho.*

Muerto el Rey D. Sancho, los que con él fueron al cerco de Zamora acordaron de enviar a decir a los de la Ciudad, como ya sabian, que Vellido Dolfos, siendo vassallo del Rey D. Sancho, le avia muerto a gran traicion, y creian, que huviesse sido por su consejo, y que era de se descargar de tan gran maldad como aquella. Y un Caballero Castellano que se llamaba Don Diego Ordoñez de Lara, dixo a todos los Grandes que alli estaban, que él queria hacer este repto a los de Zamora por la muerte del Rey Don Sancho, y a todos les plugò de ello. Y D. Diego Ordoñez se fue luego para su posada, y armòse con sus armas, y cavalgò en su caballo, y fue para la Villa, y dixo a grandes voces: Esta aì Arias Gonzalo, que le quiero decir un poco? Y luego llamaron a Arias Gonzalo, el qual se pulo al muro, y preguntò al Caballero, que le dixesse lo que queria, y Don Diego respondió: Los Castellanos han perdido a su señor, el qual matò el traidor de Vellido siendo su Vassallo, y vosotros los de Zamora acogisteislo, por ende digo, que sois traidores: por la qual causa vos repto asì los grandes como los pequeños tambien, asì todos los nacidos, como los por nacer: y repto las aguas que corren por el rio, y los panes, y los vinos. Y si alguno ay en la Villa que diga el contrario de lo que digo, yo combatirè tanto con él, que quedeis todos por traidores. Entonces respondió Don Arias Gonzalo: Si yo soi como

tu dices, no debería ser nacido: en quanto has dicho has hablado mal, y huviste mal consejo, que quien repta a consejo debe de lidiar con cinco uno en pos de otro; y si alguno de los cinco lo matare, ò venciere, quede el consejo quieto, y el Caballero queda vencido, y si el Caballero matare, ò venciere los cinco Caballeros, el consejo queda culpado, quanto mas que bien debias saber que los pequeños no tienen culpa en lo que los grandes hacen, ni lo grandes en los que los pequeños, ni los muertos en lo que hacen los vivos, ni los por hacer en lo que hacen los nacidos. Entonces Don Diego pesòle de lo que havia dicho, y dixo a Don Arias Gonzalo: Yo darè doce Caballeros Castellanos, y vos dad otros doce de Leon, y juren todos, q̄ juzgaran el derecho en este caso, y si hallaren, que debo lidiar con cinco, yo lidiarè con todos ellos. Y Don Arias Gonzalo respondió, que era contento; y pusieron luego treguas de veinte y siete dias, en el qual tiempo el dicho repto fue determinado.

Cap. 14. *De como Doña Urraca envió a llamar al Rey Don Alonso.*

Esto asì pasado, la Infanta Doña Urraca envió sus cartas secretamente al Rey Don Alonso su hermano, haciendole saber como el Rey D. Sancho era muerto, por ende que viniese luego a recibir los Reinos, y que esto le cumplia hacer por esto, porque los Moros no lo detuviessen. Y en tanto los Castellanos, y Leoneses acordaron, que pues el Rey Don Sancho era muerto, y no havia otro heredero, salvo D. Alonso, que le debian hacer saber la muerte de su hermano, porque luego viniese a recibir los Reinos, que le pertenecia, y asì lo pusieron luego por obra. Y esto no se pudo tan secretamente hacer, que los Moros no lo sintiessen. Y D. Peranzurez como deseaba mas sacar al Rey Don Alonso de Toledo, que cosa del Mundo, cavalgaba cada dia, è iba por los caminos por saber nuevas, y topò con un hombre, que venia con aquella nueva de la muerte del Rey Don Sancho, y apartòlo del camino diciendo, que queria de él saber nuevas, y cortòle la cabeza, y tomòle las cartas, y tornòse luego al camino, y topò con otro

Mensagero, è hizole otro tanto, queriendo estorvar, que el Rey de Toledo no lo supiese hasta que èl huviesse tiempo para huir con su señor; y estando en esto llegaron los Mensageros de Doña Urraca, y dixeronle todo el hecho como havia passado. Entonces tornose a Toledo, y aderezò todas las cosas, que eran menester para irse con Don Alonso: y Don Peranzurez temiafe, que el Rey de Toledo quisiesse prender à Don Alonso desque esto supiesse. Y como el Rey Don Alonso era discreto, pensò que si esto supiesse el Rey de Toledo de otra persona antes q̄ dèl, que le venia mal por èllo. Y fuesse para el Rey de Toledo, y dixole como havia sabido de la muerte del Rey Don Sancho su hermano, y que le rogaba, que le diesse alguna gente que fuesse con èl, porque se queria ir para Castilla. El Rey de Toledo quando le oyò, como quiera que todo lo sabia, huvo mui gran placer, y agradeciòfelo mucho; y tenia ya puestas gentes por los caminos, porque D. Alonso no se pudiesse ir, y con gran piacer que tuvo el Rey de Toledo, por lo que D. Alonso le havia descubierto, le dixo: Sed cierto, que si partieras sin hacermelo saber, no pudieras escapar de muerto, ò preso, ò gran daño, y pues que tan bien lo has hecho, vè en buen hora à tu Reino, y tomalo, si pudieredes, que yo te darè de lo mio lo que huvieres menester para dar a tus Vassallos, para cobrar los corazones dellos. Entonces le rogò, que renovasse la jura q̄ havia hecho de ayudarle siempre à èl, y a su hijo mayor, y nunca ir contra ellos en ninguna manera. Y esta misma jura hizo el Rey de Toledo a Don Alonso, y Don Alonso sospechaba, que no le queria dexar partir. Y jugando el axedrez con el Rey, enojòle tanto, hasta que mandò que se fuesse, y asì Don Alonso se fue fuera del Palacio. Y como Don Peranzurez tenia los caballos fuera de la Villa, y todas las cosas aparejadas, como era noche, y las puèrtas estaban cerradas, los Caballeros de Don Alonso lo colgaron con cuerdas por el muro, y ellos asì mismo se colgaron, y cavalgaron en sus caballos, y fueron por su camino à Castilla, y anduvieron toda la noche: y no sabiendo nada de esto el Rey de Toledo, preguntò à los Moros, sus privados: Què les parecia que debian hacer en la

ida de Don Alonso? Y todos dixeron, que lo debian prender, porque dèl no le viniessè mal, ni daño. Y otro dia de mañana el Rey de Toledo enviò a llamar a Don Alonso con intencion de prenderlo: y el Mensagero, que lo fue a llamar, ni hallò a Don Alonso, ni a niaguno de los suyos, y hallò las cuerdas en el muro, por donde se havian delcolgado, y tornòse al Rey, y dixole todo esto, de lo qual tuvo mui gran pesar el Rey, como quiera que no lo mostrò.

Cap. 15. *De como Don Arias Gonzalo salio de Zamora para la tregua, que estava puesta para irse à vèr con los Jueces, que havian de determinar el repto.*

Quando los Mensageros de Doña Urraca llegaron à Toledo, salio de Zamora Arias Gonzalo, por la tregua que era puesta entre ellos, y fuesse à vèr con los Castellanos por acordar lo que se debia hacer sobre el repto q̄ hiciera D. Diego a los de Zamora, y fueron puestos veinte y quatro Caballeros como es dicho para que diessen juicio en el repto. Y fue hallado por ellos, que era de antiguo derecho, segun costumbre de España, que el Caballero que reptaba consejo, que lidiassè con cinco Caballeros uno en pos de otro, y asì lo dieron por su sentencia, y con cada uno pudiesse mudar el reptador el caballo, y armas, y mas que pudiesse comer, y beber agua, ò vino, o lo que pluguiesse. Y otro dia despues de dada la sentencia, fue aderezado el campo en un arenal, q̄ es de la parte do dicen Santiago, y pusieron en medio del campo una vara, y ordenaron, que el que venciesse echasse mano de aquella vara, y q̄ dixesse que havia vencido. Y pusieron plazo de diez dias, y lidiassen en aquel lugar, que avian asignado: y esto asì hecho Arias Gonzalo tomò para la Villa, y contò a la Infanta todo lo passado: La qual mandò que viniessen todos a consejo: y despues que fueron ayuataados Arias Gonzalo dixo: Amigos, si ay aqui algunos de vos que fuesse en consejo de la muerte del Rey D. Sancho diganlo, y no lo nieguen, que antes quiero ir à tierra de Moros con mis hijos, que ser vencido en campo por alevoso. Entonces respondieron todos, que no havia alli quien tal supiesse.

pieffe, ni le pluguieffe de ello, ni Dios lo quieffe. Y de esto plugò mucho à Don Arias Gonzalo, y mandòles, que todos se fuesfen à sus posadas, y escogió quatro hijos suyos Caballeros, para que combatiessen con Don Diego, y dixo: Yo quiero ser el quinto, y el primero, porque si huviere de morir, no vea la muerte de vosotros.

Cap. 16. *De como Don Arias Gonzalo armò sus hijos todos quatro, y assimismo el con ellos para salir al campo.*

Legado el dia que havian de combatir, Arias Gonzalo, armò à sus hijos de gran mañana, y armòse assimismo, y mostros todo lo que debian hacer: y en esto llegò el mando, como ya Don Diego andaba en el campo. Y Arias Gonzalo, y sus hijos cavalgaron à priessa, y en saliendo por la puerta de su Palacio, llegò la Infanta Doña Urraca llorando fuertemente, diciendo: Arias Gonzalo, a cordaos, que el Rey mi Padre me dexò a vos encomendada, y vos le prometisteis, que nunca me defampararades, aora quereisme defamparar, yendo contra vuestra bondad, porque os ruego, que no lo querais hacer, ni querais ir a la batalla, que aiaz ay quien os excuse de lidiar, y travò del en guisa, que nunca lo dexò allà ir. Entonces se presentaron ante èl muchos buenos Caballeros, demandandole las armas para lidiar en su lugar; mas no las quiso dar a ninguno, y llamò a un hijo suyo, el qual llamaban Pedrarias, que era mui valiente Caballero, aunque era de pocos dias. Y èl havia antes de esto rogado al Padre, q̄ le dexasse ir à lidiar por èl, y el Padre amoroso con aquellas armas suyas, y castigòle como huvieffe de hacer, y diòle su bendicion, y fueffe para el campo, donde se estaba esperando Don Diego Ordoñez mui bien armado: y los fieles metieronlos en el campo, y partieronles el Sol, y salieronse fuera, y los Caballeros se fueron à herir bravamente el uno contra el otro, y rompieron las lanzas, y tomaron las espadas, de que se dieron mui grandes golpes, y duraron assi desde tercia hasta medio dia. Y entonces Don Diego Or-

doñez se esforzò mucho, y fue à herir à Pedrarias por encima del yelmo, con que se lo falseò, y cortòle un pedazo de la cabeza con gran parte del meollo, y Pedrarias del gran golpe abrazòse à la cerviz del caballo: pero no perdiò los estrivos, ni la espada de la mano, y Don Diego, que lo viò assi estar, dixo à grandes voces: Don Arias Gonzalo, enviad otro hijo, y Pedrarias como quiera que veia poco con la sangre que le corria, dexò la rienda, y tomò la espada con las dos manos, pensandole dar en la cabeza, y diò un tan gran golpe al caballo, que le cortò las narices, y las riendas: y el caballo de Don Diego Ordoñez comenzò de huir, y D. Diego se dexò caer en el campo, y Pedrarias cayò muerto en tierra, y Don Diego echò mano a la vara, y dixo: Loado sea Dios, que yo he vencido uno de los Caballeros. Y luego los fieles llegaron, y tomaron à D. Diego, y llevaronlo à la tienda, y defarmaronlo, y dieronle de comer. Y despues que assi hubo reposado un poco, dieronle otras armas, y otro caballo, y fueronse con èl al campo, y luego llamò Arias Gonzalo a otro hijo que llamaban Diego Arias, y dixole: Cavalgad, è id à lidiar por librar este consejo, y para vengar la muerte de vuestro hermano, y èl le respondió: A esto soi aqui venido. El Padre le echò la bendicion, y fue a tomar sus armas, y cavalgò en su caballo, y fueffe para el campo, y los fieles lo metieron en el campo, assi como de derecho debian hacer. y los Caballeros se fueron el uno contra el otro, y rompieron las lanzas, y se combatieron gran rato con las espadas, y a la fin Diego Arias fue herido de tal manera cerca del corazon, que cayò muerto en tierra: y luego fue Don Diego à tomar la vara, y los fieles tomaronlo, y llevaronlo à la tienda, y dieronle de comer, y beber como antes havian hecho, y le dieron armas, y caballo, y enviaron a decir à Don Arias Gonzalo, como su segundo hijo era muerto, que enviasse a otro, y luego llamò à otro hijo suyo, que havia nombre Rodrigo Arias, que era mui valiente Caballero, y esforzado, y el mayor de sus hijos, y dixole: Ruegoos, que vais a lidiar con D. Diego Ordoñez, por salvar a la Infanta vuestra señora, y à nos, y al Consejo de Zamora, y si vos nos salvaredes

podrèmos decir, que fuistèis en buen hora nacido. Y èl le besò las manos, y fue luego armado, y cavalgò en su caballo, y el Padre le diò la bendicion, y èl fueffe para el campo, y los fieles lo metieron en el campo, y salidos los fieles, se dexaron ir el uno contra el otro, y D. Diego errò el encuentro a Rodrigo Arias, y Rodrigo Arias le diò un tan gran golpe de la lanza, que le quebrantò el arzon de la filla, y le hizo perder las estriberas, y abrazòse de la cerviz del caballo; mas con todo esto se esforzòse en tal manera, que le quebrò la lanza en el Escudo, y pasòselo, y la loriga, y todas las otras armas, y metiòle gran parte del hierro en el cuerpo, y pelearon gran rato de las espadas: y Rodrigo Arias diò una mui gran herida a Don Diego en el brazo izquierdo. Y Don Diego quando se viò tan mal herido, hiriò tan de recio a Rodrigo Arias sobre el yelmo, que se lo falseò, y le cortò un gran pedazo de la cabeza. Y Rodrigo Arias quando se viò asì herido de muerte, puso las espuelas mui recio al caballo, y quando llegó Don Diego Ordoñez, soltò la rienda, y tomò la espada con ambas manos, y pensò herirle sobre la cabeza, y como no llevaba rienda ninguna, no pudo herir donde quisiera, y diò tan grande golpe al caballo por el rostro, que le partiò la mitad de la cabeza: y el caballo con el gran dolor de la herida, comenzò de huir, y sacò fuera del campo à Don Diego, y Rodrigo Arias yendo en pos del, cayó del caballo muerto en tierra fuera del campo: y Don Diego quisiera tornar al campo, para lidiar con los otros, mas no quisieron los fieles: asì no fue juzgado si eran vencidos los Zamoranos, ò no. Y de esta manera quedò el hecho.

Cap. 17. *De como demandaron los Grandes del Reino de Castilla al Rey Don Alfonso, que hiciesse juramento si fue en la muerte del Rey Don Sancho su hermano.*

EL qual comenzò à reinar despues de la muerte de Don Sancho su hermano, en el año de mil y setenta y tres. Y desde que fue muerto el Rey Don Sancho, como dichos es, el Rey Don Alfonso llegó à Zamora, y

mandò enviar sus cartas à todos los Condes de Castilla, y de Leon, que viniessen à las Cortes, que queria hacer para que todos lo recibiesen por su señor. Y asì todos los Condes, como los Ricos Hombres, y Caballeros vinieron fueron à Zamora, y allí todos lo recibieron por señor, y con condicion, que jurasse primero, que no huviesse sido en habla, ni consejo de la muerte del Rey Don Sancho su hermano: y este juramento no se lo quiso tomar alguno, salvo el Cid Ruy Diaz, que no le quiso besar la mano por señor hasta que hiciesse el juramento. Y entonces dixo el Rey: Pues todos me besais la mano, recibiendo por vuestro señor, yo quiero que sepais del Cid, porque no me besò la mano, pues siempre le hice bien, y merced, como lo prometì al Rey Don Fernando mi Padre. Entonces se levantò el Cid, y dixo: Señor, todos quantos aqui veis tienen sospecha, que por vuestro consejo fue muerto el Rey Don Sancho vuestro hermano, y yo, señor, por esto no os beso la mano hasta que hagais la salva como es de derecho. Y èl respondió: Cid, mucho os agradezco lo que decis, y yo ruego a Dios, y a la Virgen Santa MARIA, que si yo mandè matar, ni fui en consejo, ni por pensamiento me pasò, ni me plugò, que el Rey Don Sancho asì muriesse, que tal muerte muera yo como èl murió: aunque tenia forzado mi Reino como todos sabeis, por ende os ruego à todos, como amigos, y Vassallos, que me digais como me debo salvar de este hecho. Entonces le dixerón todos los altos hombres, que jurasse con doce de sus Vassallos de los que vinieron con èl de Toledo. Y que este juramento hiciesse en la Iglesia de Santa Gadea de Burgos, y en esta manera seria salvo: y esto plugò mucho al Rey.

Cap. 18. *Del juramento, que hizo el Rey Don Alfonso de Burgos con doce Caballeros, sobre la muerte del Rey Don Sancho.*

HEcho este acuerdo, el Rey se partiò para Burgos, y estando en la Iglesia donde havia de jurar, Ruy Diaz tomò el juramento al Rey, y à los suyos, diciendoles asì:

así Vos venis aquí à jurar por la muerte del Rey Don Sancho mi señor, que no fuistes en ella Consejeros? Respondieron, que no, y Ruy Diaz dixo: Si vos así supisteis parte, ò mandando, tal muerte murais como èl murió. El Rey fue sañudo contra el Cid, y dixo Ruy Diaz, por qué ahincáis tanto este juramento, y mañana me besáis la mano? Y el Cid dixo: Señor, esto serà como vos me hicieredes merced, ca en otras tierras pagos dan a los Hijosdalgo, y así harà à mi quien me quisiere por Vassallo: y al Rey le pesò mucho de lo que el Cid decia, y dende en adelante siempre lo defamò. Y luego como el Rey hizo la jura todos le besaron la mano por señor, y por Rey de Castilla, y de Leon.

Cap. 19. *De como los Gallegos, y Portugueses tomaron por Rey à Don Alonso despues de la prission de Don Garcia su hermano.*

Despues que el Rey D. Garcia fue suelto, como dicho es, èl se fue à Portugal, y comenzò a usar de sus malos consejos, como solia, y tratar mal à los Hidalgos, y despachar à los Consejos, y amenguar a los Ricos Hombres, de tal manera, que muchos de ellos se venian a Castilla al Rey D. Alonso, y otros se iban à Aragon. Y los que al Rey Don Alonso venian, èl los recibia graciosamente, y les hacia mucha honra, y mercedes. Y con gran invidia, y pesar que de èl hubo, el Rey Don Garcia sacò su Hueste tan grande quanto pudo, y comenzò a hacerle guerra crudamente como à su enemigo: y como esto supo el Rey Don Alonso, que estaba en Zamora, acordò de enviarle Mensajeros, enviandole à decir, que se maravillaba del, en quererle hacer guerra sin merecimiento alguno, y que seria mejor, y mas servicio de Dios, que fuesen buenos amigos, y hermanos, que ser enemigos, y que para esto seria bien, si à èl pluguiese, que se viesen ambos a dos, y como Don Garcia era de liviano consejo, y cerca de sí tenia hombres, que le parecian: Haviendo ya hecho grandes daños en el Reino de Leon, sin otro seguro, ni otra cosa, acordò de verse con el Rey D. Alonso su hermano, y vino seguramente para èl. Y el Rey Don Alonso con gran eno-

jo que de èl tenia por los grandes males, que en el Reino de Leon havia hecho: mandòlo luego prender, y poner en hierros, y llevar al Castillo de Luna: entonces todos los Portugueses, y Gallegos, y Vassallos del Rey Don Garcia, como lo defamaban mucho por sus malas obras, besaron las manos al Rey Don Alonso por señor; y así el Rey D. Alonso hubo los Reinos de sus hermanos sin alguna contienda. Y así cumplió en ella la bendicion que el Rey Don Fernando su Padre le havia dado. Y el Rey Don Alonso lo mandò bien guardar en aquel Castillo, y servir bien, mirar, y honrar, y dar muy largamente las cosas que havia menester, porq̄ el Rey Don Alonso no tenia hijo, y queria, si muriese, que quedasse Don Garcia para heredar los Reinos: y así Don Garcia murió en aquel Castillo.

Cap. 20. *De las mugeres que tuvo el Rey Don Alonso.*

Este Rey Don Alonso tuvo seis mugeres de bendicion. La primera fue Doña Ines, y no tuvo de ella hijos. La segunda Doña Castanza de que tuvo una hija, que tuvo nombre Doña Urraca, que fue muger del Conde D. Remon de Tolosa. Este Conde tuvo en ella una hija, que llamaron Doña Sancha, y un hijo, que llamaron D. Alonso, que fue despues Emperador de España. Esta Doña Sancha nunca se quiso casar, y fue à Romeria en ultramar, y estuvo en el Templo, y Hospital sirviendo los pobres, y lacerados por amor de Dios, è hizo Dios por ella un tan gran milagro, que diò fuego celestial en una Lampara suya. La tercera fue Doña Theresa, y no tuvo de ella hijo, ni hija. La quarta fue Doña Isabel, hija del Rey Luis de Francia; en la qual tuvo una hija llamada Doña Sancha, que fue muger del Conde Don Rodrigo, y tuvo otra hija, que llamaron Doña Elvira, que fue muger de un señor de Galicia, que fue hermano de Ruberto, hermano del Conde de Avila. Este vino de Lombardia, y ganó à Sicilia, y Calabria. La quinta muger fue Doña Beatrix, hija del Emperador de Roma, y no tuvo de ella hijo ninguno. La sexta fue Lacaída, hija del Rey de Sevilla, y tuvo en

ella un hijo, que llamaron Don Sancho, que murió en una batalla que tuvo con Moros. Y tuvo una Dueña Barragana, que hubo con ella una hija, que tuvo nombre Doña Elvira, y fue casada con el Conde Don Remon de San Gil, y otra llamada Doña Teresa, que casò con Don Enrique, natural de Constantinopla, y diòle este Rey el Condado de Portugal en casamiento. Este Conde tuvo en ella un hijo, que llamaron Don Alonso Jordan, y tuvo este nombre, porque fue Baptizado en el Rio Jordan; porque este Conde fue uno de los doce Capitanes, que fueron à conquistar la Casa Santa en el tiempo del Papa Urbano, quando ganaron à Tripoli, à Antioquia, y à Jerusalèn.

Cap. 21. *De las cosas que el Rey Don Alonso hizo en el segundo año de su reinado.*

EN el segundo año que este Rey D. Alonso reinò, acaeciò, que el Rey de Cordoba vino con gran Hueste sobre el Rey de Toledo, è hizole gran guerra en la tierra. Y como esto supo el Rey Don Alonso, por la fè que tenia dada de ayudarle: facò su Hueste mui grande, y fuesse contra Toledo, y quando esto supo el Rey de Toledo, fue mui espantado, pensando, que iba contra èl. Y luego envió sus Mensageros al Rey Don Alonso, enviandole à decir: Que se le acordasse de la fè que le tenia dada, y de la honra que de èl havia recibido en Toledo. Y le pedia por merced, que quisiesse con èl haver paz. Y el Rey Don Alonso recibì bien los Mensageros, y no les quitò dar respuesta ninguna. Y entrando por la tierra de Toledo mandò, que ninguno fuesse oflido de hacer daño en ella. Y quando llegò a Olias, assentò su Real. Y el Rey de Cordoba quando supo que el Rey Don Alonso venia, fuesse huyendo de sobre Toledo, y los de la Hueste salieron en pos de èl, è hicieronle mui gran daño. Y el Rey Don Alonso estando en Olias, mandò llamar à los Embaxadores del Rey de Toledo, y fuesse con ellos à Toledo solamente con cien Caballeros de su casa: y llegando à la puerta de Visagra, envió a decir al Rey como estaba allí, y el Rey tuvo tan gran placer, que no esperò caballo, y así à pie lo saliò a recibir, y abrazaronse ambos

à dos, y fueronse así à el Alcázar, y todo aquel dia, y la noche el Rey Don Alonso con el Rey de Toledo hablaron mui largamente de sus guerras, y el Rey Moro le agradeciò la gran bondad, y lealtad que le hiciera, y como se acordaba de la promessa, que le havia hecho: de lo quäl los Moros tenian gran placer. Y tanto quanto a ellos plugò, tanto pesar tenian los de la Hueste del Rey D. Alonso, por la estada del Rey en Toledo. Y otro dia de mañana el Rey D. Alonso rogò al Rey de Toledo, que se fuesse con èl, y veria la Hueste que traia para ayudarle. Y el Rey de Toledo lo hizo así, y fueronse ambos à Olias, y saliòlos a recibir toda la Hueste, y el Rey Moro tuvo gran placer de ver tan gran Caballeria, y tan noble. El Rey D. Alonso lo llevò consigo à su tienda a comer, y desque huvieron comido con gran placer, el Rey Don Alonso mandò secretamente armar quinientos Caballeros, y mandò, que cercasse toda la tienda en derredor. Y el Rey Moro quando los viò, tuvo mui grande miedo, y preguntò al Rey Don Alonso, què cosa era aquella? El respondiò: Que bien fabia el q̄ havia hecho jurar quando le havia tenido en Toledo, que nunca de èl recibiesse mal, y que pues aora èl lo tenia en su poder, que queria que le alzasse aquel juramento, que le tenia hecho, y el Rey Moro dixo: Que le placia, y lo daba por quitto una, y dos, y tres veces: y esto hecho, el Rey Don Alonso mandò traer un libro de los Evangelios: y dixo al Rey de Toledo: Pues aora vos tengo en mi poder, y avria lugar de quebrar la jura que vos hice, aora juro por Dios, y por estos Santos Evangelios de nunca ir contra vos, ni contra vuestro hijo mayor, y de vos ayudar contra todos los hombres del Mundo: y despues que esto firmò, el Rey Don Alonso le dixo: Que por el mal, y daño, que el Rey de Cordoba avia hecho en su tierra, queria ir à hacerle guerra con todo su poder. Y esta noche durmiò allí el Rey Moro en la tienda del Rey Don Alonso. Y otro dia de gran mañana volviòse à Toledo por aparejar su gente para hacer guerra al Rey de Cordoba. Y así se juntaron los Reyes, è hicieron grandes daños en la tierra de Cordoba, y le ganaron muchas Villas, y Castillos. Y à la venida que el Rey Don Alonso se volviò con su Hueste,

te hizo gran guerra à los Moros, que los mas de ellos se hicieron sus Vassallos, y le dieron parias. En este tiempo tuvo batalla el Cid Ruy Diaz con un Caballero de Navarra, que havia nombre Simon Garcia, sobre un Castillo cerca de Logroño, y fue muerto Simon Garcia. Y el Rey Don Alonso cobró el Castillo. En este año lidió el Cid con un Moro mui valiente, que havia nombre Ferez, y el Cid mató cerca de Medina-Celi.

Cap. 22. *De como el Rey Don Alonso envió à la Ciudad de Sevilla à demandar las parias, que le debian, de las cosas que el Cid allà hizo.*

EN el quarto año del reinado del Rey Don Alonso, envió este Rey al Cid Ruy Diaz à Sevilla à demandar a el Rey las parias que le debia, y halló que entonces este Rey de Sevilla tenia guerra con el Rey de Granada. Y havia en su compañía Ricos Hombres de Castilla, los quales eran el Conde Don Garcia Ordoñez, y Don Fernan Sanchez, yerno del Rey de Navarra, y Don Lope Sanchez su hermano, y Diego Perez, uno de los mayores hombres de Castilla, y fueron todos sobre el Rey de Sevilla. Y quando el Cid, lo supo tuvo de ello mui gran enojo, y envióles à decir, que no quiesse venir à hacer daño en la tierra de Sevilla, porque el Rey de ella era Vassallo del Rey D. Alonso su señor, porque en otra manera era forzado al Rey Don Alonso ayudar su Vassallo. Y como el Rey de Granada, y los Caballeros, que con èl estaban de esto no curaron, el Cid ayuntó las gentes que pudo asì Christianos, como Moros, y fue à pelear con el Rey de Granada, y tuvo con èl su batalla en el campo, en que fuè vencido el Rey de Granada, y fueron pressos el Conde Don Garcia Ordoñez, y Don Diego Perez, y Don Lope Sanchez, y otros muchos Caballeros, y fueron muchos muertos. Y el Cid robó el campo, y dende a tres dias soltó los Caballeros Christianos, que pressos tenia, y fue à Sevilla mui rico, y honrado, donde fue bien recibido del Rey de Sevilla: el qual le dió mui ricas joyas, y las parias mui cumplidas que al Rey Don Alonso debia, con

lo qual el Cid se vino à Castilla al Rey Don Alonso, el qual lo recibió mui bien, y hubo gran placer de su buena andanza, y le agradeció mucho los grandes servicios, que le havia hecho, y despues de esto ayuntando el Rey Don Alonso su Hueste para ir sobre los Moros, que se alzaban en el Andalucia, el Cid, que havia de ir con èl, adoleció, y el Rey se fuè à hacer su guerra, y destruyó muchos Lugares de Moros: y andando asì en el Andalucia haciendo grandes daños en ellos ayuntóse una gran Hueste de Moros, y vinieron à cercar à San Estevan de Gormaz, è hicieron mucho daño en la tierra, y como el Cid se iba ya esforzando, ayuntó toda la gente que pudo, y fue à San Estevan de Gormaz, y quando los Moros lo supieron, no las osaron esperar, y fueron en pos de ellos hasta Guadalaxara, y estragó, taló, y quemó toda la tierra hasta Toledo; y cautivó muchos Moros. Y de allí se tornó rico, y honrado para su tierra, y de esto hubo mui gran enojo el Rey de Toledo, y envióse a quejar al Rey Don Alonso mui durante del Cid, y como en la Corte havia algunos que lo defamaban, agravaron mucho este caso, y junto esto con el defamor, que el Rey Don Alonso havia al Cid por el ahincamiento que hubo en tomar la jura sobre la muerte del Rey D. Sancho, fue de èl mui sañudo. Y envióle à mandar, que fuesse luego à Burgos a verse con èl, y el Cid fue sabido de como le havian vuelto con el Rey, y con todo esto èl fue luego para el Rey, y llegando à èl, quiso besar la mano, y el Rey no se la quiso dar, y con gran saña le dixo: que saliesse de su tierra, y de su Reino. El Cid respondió: Señor, dadme plazo de treinta dias, asì como es de derecho de los Hijosdalgo de España, èl le respondió, que no le daria de termino mas de nueve dias, y que sino saliesse, que èl por su persona lo haria salir. Y asì el Cid se partió del Rey.

Cap. 23. *De como el Cid salió de Castilla por mandado de el Rey Don Alonso, porque fue vuelto con èl, y de las cosas que hizo en su salida.*

EL Cid se fue para Burgos, y allí mandó llamar à sus parientes, y amigos, y

Vassallos, à los quales dixo, como el Rey lo deterraba de sus Reinos por galardón de los grandes servicios que èl le havia hecho, y que queria saber qual de ellos querian ir con èl, y los que ir quisiesen, que se lo agradecería mucho, y partiría con ellos de lo que tenía, y los que quedar quisiesen, quedassen en buena hora, que no le pesaría de ello. Y todos respondieron, que se maravillaban mucho del desagradecimiento del Rey. Y pues que así era, que todos eran contentos de ir con èl, y servirle hasta la muerte. El se lo agradeció mui mucho, y les rogò, que todos se aparejassen de sus armas, y caballos, y de lo que huviesen menester. Y luego llamó à un su sobrino, que llamaban Martin Anrolínez, y le dixo en mui gran secreto, que fuesse à Burgos, y dixesse a ciertos Judios, amigos suyos, que les pluguiesse de venir à hablar con èl, los quales vinieron de mui buen agrado, porque lo havian por mui noble hombre, y havian siempre en èl hallado mucha honra, y defendimiento. Y venidos, el Cid les dixo: Amigos, yo hallè siempre en vos buenas obras, y vos en mi no menos en lo que pude. El Rey me manda salir de sus Reinos, y quiero lo así hacer, y soi en gran necesidad, porque las arcas que tengo de mi thesoro no las puedo así ligeramente llevar: quiero dexarlas en vuestro poder, y agradecer vos lo he mucho, que sobre ellas me prestéis algun haver, pues que sè, que à Dios gracias lo teneis. El Cid mandò sacar dos arcas mui grandes, y mui bien cubiertas de cuero, y ferreteadas, y cada una con quatro cerraduras tan pesadas, que quatro hombres no podian alzar una dellas, las quales eran llenas de arena, y en tal manera puesta que no podía salir cosa. Y el Cid se las entregò, y les dixo, que viesse lo que podian emprestar, y los Judios eran mui ricos, y como avian gran confianza de las palabras del Cid, ellos le prestaron con buena voluntad cien marcos de oro, seiscientos de plata, e hicieron sus cartas firmes, que si hasta termino de un año no les pagasse, que pudiesen abrir las arcas, y vender todo lo que en ellas estaba, y hacerse contentos, y enviar la demasia. Y luego el Cid ayuntò su gente, y salió de Bivar con trecientos Caballeros, y tres mil peones, y vino por camino de Burgos,

y puso sus tiendas bien cerca de la Ciudad, y ninguno le salió à resistir, y èl mandò robar todo el ganado, y llevòlo consigo, hasta que llegó à San Pedro de Cardena, donde havia enviado su muger Doña Ximena, y sus hijas. Y quando viò que ninguno salía à tomarle la presa, mandò tornar todo el ganado donde lo havian sacado. Y allí el Cid se despidió de su muger, y de sus hijas, y del Abad, al qual rogò que las mirasse, y honrassen, y mandòle dar cinquenta marcos de plata, y ciento à Doña Ximena para su despena, y èl siguiò su viage, y anduvo toda la noche, y el dia, y pasó à Duero por Barcas. Y esta noche en, durmiendo aparecióle un Angel en sueños que le dixo: Cid, vè alegre, y no temas cosa alguna, que siempre te irà bien, seràs rico, y honrado quanto vivieres. El Cid despertò, y quedò mucho alegre, y rogò à nuestro Señor mui devotamente, que así lo cumplierse. Y otro dia de mañana pasó à Sierra, y mandò à todos cavalgar, y dixoles: Amigos, andemos apriciada, y saldremos de la tierra del Rey Don Alonso, que oy es el plazo de los nueve dias, en que nos mandò salir; y quando de fuera seamos, quien buscar nos quisiere en el campo, nos hallará: y esta noche el Cid mandò à Don Alvar Añez, que cavalgasse con doscientos Caballeros, y corriese a Hita, y à Guadalaxara, y à Alcalà, y èl espero al pie de la Sierra. Y Alvar Añez lo hizo así, y tomo una gran presa. Y luego que los Moros abrieron el Castillo de Hita, no aguardandose, salió el Cid del Lugar donde estaba, y tomò el Castillo, matando, e hiriendo quantos en la Villa estaban, en el qual hallarò mucho oro, y plata. Y en tanto, que esto hizo el Cid, Don Alvar Añez corrió todos los Lugares ya dichos, y vino para el Cid con mui gran presa, y mandòle juntar todo lo que traía, con lo que èl havia hallado en el Castillo, y mandòle repartir mui bien con todos los que con èl iban. Y diò à Don Alvar Añez el quinto, que le pertenecía: èl qual no lo quiso recibir, diciendo: Que a saz le bastaba lo que de su parte le cupiera, que el lo havia todo menester para mantener a èl, y a los suyos. Y luego el Cid mandò enviar a decir al Rey Don Alonso, que mirasse como èl sabia tambien deservir a su señor.

como servirlo. Y el Cid acordò de partirse de allí, y dexarle el Castillo à los Moros con pleito, y omenage, que le hicieron de tenerlo por él. Y otro dia llegó cerca de Alcocer à aposentarse en un alto, que es ribera de Xalon, y despues de aposentados fueron à mirar à Alcocer. Y los Moros desque supieron, que el Cid allí estaba, vinieron à hablar con él, y rogaronle, que no hiciesse daño alguno, y le darian parias, è hicieronle un gran presente. Y quando esto supieron los de la tierra de Calatayud, y los de Dorca huvieron de ello mui gran plazer, por haver tal vecino.

Cap. 24. De como el Cid llegó à Alcocer, y de la batalla que ende venció.

Despues que el Cid huvo estado quince semanas en este Lugar, y no veia malicia para poder haver à Alcocer, acordò de hacer un engaño à los Moros en esta guisa: Diò a entender, que iba huyendo, y mandò à gran priessa cavalgar toda la gente, y dexaron una gran parte de las tiendas en el Real. Y desque los Moros vieron esto, cuidaron, que el Cid iba huyendo, y salieron todos en pos del mui desordenadamente, y èl todavia mostraba, que iba huyendo. Y desque los viò alongados del Lugar, volvió sobre ellos, y matò muchos de ellos. Y Don Alvar Añez, que quedaba con una celada cerca de la Villa, antes que los Moros volviessen, se lanzó en ella. Y de esta manera huvo el Cid à Alcocer, donde huvo mucho oro, y plata, y muchas joyas, y captivos, y todas las otras cosas que huvieron menester. Y como esto fue sabido por toda la Comarca, enviaronlo à hacer saber al Rey de Valencia. El qual envió luego dos Reyes, sus Vassallos, con tres mil de acaballo, y muchas gentes de à pie, y pusieron el cerco sobre Alcocer, y estuviéron ende tres semanas. Y el Cid viendo como le iban allihaciendo las viandas, y no esperaba socorro, salvo de Dios, acordò de pelear con ellos. Y un dia antes que amaneciese salió èl de Alcocer con todas sus gentes, y diò en el Real de los Moros, y desbaratòlos, y venciólos, y huvo dellos mui gran thesoro, y venció la batalla, y murieron mas de dos mil Moros, y fueron heridos los dos

Reyes, y durò el alcance de ellos siete leguas, y el Cid se volvió donde avia sido la batalla, y robò el campo, y partiò mui bien todo lo que ende ganó. Y huvo el Cid en su quinto docientos y sesenta caballos.

Cap. 25. Del reconocimiento que el Cid hizo al Rey Don Alonso, y del presente que le envió despues del vencimiento de esta batalla.

Assi vencida esta batalla, el Cid acordò de reconocer el Señorío que debia al Rey Don Alonso, y llamó à D. Alvar Añez, y dixo: Primo, bien sabeis como el Rey Don Alonso me mandò salir de sus tierras, è hízelo afsi. Y pues nuestro Señor nos ha ayudado, quiero reconocer el Señorío que le debo. E ir vos à èl, y llevadle cinquenta caballos con sendas espadas en los arzones, y besadle por mi las manos, y decidle la merced que Dios nos ha hecho, y la vida que acà pasamos entre los Moros, y llevad estas Vanderas, que dellos havemos ganado, y ponedlas honradamente en la Iglesia de Santa Maria de Burgos, y saludadme à Doña Ximena, y à mis hijas, y haced cantar en la Iglesia de Santa Maria mil Missas à honor de Nra. Señora, por el bien que nos ha hecho. Y afsi Don Alvar Añez se partiò para el Rey, y hallòlo en Leon, y diòle el presente que el Cid le enviaba, el qual lo recibió mui graciosamente por las cosas del Cid, y le recontò todo lo que havia hecho despues q̄ de su tierra era partido, de que el Rey tuvo gran plazer, y le dixo: Mucho agradezco al Cid este presente que me envió, y à vos, porque acà lo traxiste, y yo entiendo de hacerle muchos bienes, y mercedes, que tal es el Cid, que lo merece. Y sino fuesse por el amor, y postura que entre mi, y el Rey de Toledo està, luego lo perdonaria; y por esto yo no lo puedo tan presto, y tan aína hacer; mas tengo por bien de perdonar à vos, y tornovos la tierra que de mi teniades: y mando, que todos los hombres de mi Señorío, afsi Caballeros, y Escuderos, como peones, que se quisieren ir para el Cid, que se puedan ir sin pena alguna. Y yo recibo desde aquí en guarda su muger, è hijas, y heredamientos, porque no le hagan desguisado.

Entonces Don Alvar Añez le besò la mano, y le suplicò, que le mandasse entregar todo lo del Cid, y el Rey lo mandò.

Cap. 26. *De las cosas que el Rey Don Alfonso hizo en el quinto año de su reinado.*

EN el quinto año que este Rey D. Alfonso reinò, el Cid estuvo con sus gentes, como ya dicho havemos, haciendo gran guerra à los Moros, y corriendo las tierras de ellos, y haciendo daños por toda la ribera de Ebro. Y como estas nuevas llegaron al Rey de Zaragoza, hubo de ello mui grande enojo, y aperciò la tierra por ir contra el Cid, el qual trasnochò, y fuè sobre Zaragoza, y corrióla, è hizoles tan gran guerra, hasta que le huvieron de dár parias, y le hicieron presentes de oro, y de plata. Y hizo su amistad con el Rey Almudafar de Zaragoza en esta manera: Que fuesse su Vassallo, y le diesse parias cada año, y lo recibiesse en la Villa cada, y quando que a ella viniesse. Y el Cid entrò en Zaragoza, y el Rey le hizo grandes fiestas, y honras; y à este tiempo llegó Don Alvar Añez con la respuesta del Rey Don Alfonso, de que el Cid fue mucho alegre. En este tiempo murió el Rey de Zaragoza, estando el Cid ende, y quedando dos niños, al uno llamaban Zulema; y al otro Abenalfage; los quales guardaron con el Cid la misma postura, que el Padre, y de allí el Cid partiò para Alcañiz, y corrió, y traxo de donde mui gran presa, y vino con ella à Zaragoza. Y de esto pesò mucho à los Moros de la Comarca, y quexaronse al Rey de Denia, el qual era confederado con el Conde de Barcelona, los quales hicieron grande ayuntamiento de gentes, y ambos à dos vinieron contra el Cid. El qual hallaron, que traía una gran presa. Y el Cid envió à decir al Conde de Barcelona, que rogaba, que no quisiesse ayudar à los Moros contra el, que èl no llevaba cosa de lo suyo. El Conde respondió, que no podía passar así, que le convenia pagar todos los daños que avia hecho. Y como el Cid viò, que no podía passar sin batalla, ordenò sus haces, y comenzòse la batalla mui duramente, y à la fin fueron vencidos los Moros, y el Conde fue derri-

bado del caballo, y herido, y fue preso. Y el Cid, y los suyos volvieron al campo, donde hallaron mui grandes riquezas: y allí ganò el Cid su espada Colada, que la traía el Conde Don Remon; y traxo al Conde consigo, è hizole mucha honra, y consolole mucho, diciendo: Que no se maravillasse de ser preso, que en las batallas así solia acacer, y que queria, que conociesse la buena voluntad que le tenia, aunque èl no havia hecho lo que debia contra èl. Y mandolo luego soltar, y diòle dos caballos de los suyos los que èl quiso escoger. Y el Conde se partiò mucho alegre, ofreciendose mucho al Cid. Y de allí el Cid volvió para Zaragoza, donde fue bien recibido, que lo amaban mucho, porque los tenia en justicia, y de allí el Cid sacò su Hueste por ir à correr a Monzon, y otros Lugares de su Comarca, de lo qual pesò mucho al Rey de Aragon, y mandò llamar todas las gentes para ir contra el Cid, el qual ya era partido de Zaragoza, è iba llegando à un Lugar, que se llama Palta, y puso allí su Real, y otro dia los de Monzon vinieron à èl, y dieronle el Castillo, y venido el Rey de Aragon no osò pelear con èl. Y saliendo un dia el Cid con algunos Caballeros suyos à holgar fuera de la Villa, hallòse con ciento y cinquenta Caballeros del Rey de Aragon, y peleò con todos ellos, y desbaratolos, y prendió siete de ellos, y traxolos consigo, los quales le demandaron merced, que los soltasse. El Cid los mandò soltar. Y de allí el Cid hizo muchas cavalgadas, y tomò el Castillo de Almenara, donde el Rey de Denia, y el Conde Don Remon de Barcelona acordaron de lo venir à cercar, los quales con mui grandes gentes vinieron à cercar el Castillo de Almenara, y tuvieronlo tanto cercado, hasta que le halleció la vianda, y el agua: y el Cid estaba entonces sobre el Castillo de Estraga, que es cerca del Rio de Sigre, y el Rey de Zaragoza envióle à decir, que viniesse à socorrer el Castillo de Almenara, que estaba cercado, y entonces el Cid vino à Zaragoza, y ayuntò todas sus gentes, y fuesse contra el Castillo de Almenara, y allí hubo su batalla con el Rey de Denia, y con el Conde Don Remon, los quales fueron vencidos, y mucha de su gente muerta, y durò el alcance tres leguas, y fue-

fueron allí presos muchos Caballeros, así Christianos como Moros, y el Cid dió todos los presos al Rey de Zaragoza, y después rogó por los Christianos, que fuesen libres, y sueltos. Y así el Cid se vino para Zaragoza muy rico, y honrado.

Cap. 27. *Del engaño, que un Moro quiso hacer al Rey Don Alonso, y de como mató este Moro al Infante Don Ramiro, y al Conde Don Garcia de Cabra, pensando matar al Rey, y como el Cid vino ende por mandado del Rey, y se partió, y quedó el Cid en el cerco, y estuvo ende hasta que tomó el Castillo.*

EN este tiempo se alzó contra el Rey Don Alonso un Moro en el Castillo de Ronca, y el Rey envió allá al Infante Don Ramiro, y al Conde Don Garcia de Cabra, los quales acordaron de enviar a suplicar al Rey que por su misma persona fuese allá, porq̄ el Moro decía q̄ no daría el Castillo a otra persona, salvo al Rey. Y quando el Rey llegó, el Moro le envió a pedir por merced, que entrasse en el Castillo, y que comería con él; y el Rey no lo quiso hacer, temiéndose de alguna traición. Y el Infante Don Ramiro, y el Conde Don Garcia, dixeron al Rey, que ellos querían recibir el convite, si él lo mandaba. Y luego fueron a entrar en el Castillo, y mataronlos dentro, y a todos los Christianos que con ellos entraron, de lo qual el Rey hubo gran sentimiento, y envió luego por el Cid, que era cerca de allí, y él quando vió el mandado del Rey, y supo aquella traición, fue luego para el Rey con toda su Caballería. Y el Rey salióle a recibir con todas sus compañías, y contóle el gran mal que recibiera de aquel Moro. Y luego el Rey perdonó al Cid, y rogóle, que se viniese con él para Castilla: y el Cid le besó las manos, y se lo tuvo en merced, y él suplicó, que le hiciesse esta merced: Que quando algún Hijodalgo huviesse de echar de sus Reinos, que huviesse termino de treinta dias, para q̄ pudiesse salir, como antes era termino de nueve, y que nunca procediesse contra ningún Hijodalgo, ni Ciudadano, sin primero mandarlo, o ir con derecho, ni quebrantarse los privilegios, y fueros, que sus Ciuda-

des, y Villas tenían, ni fuesse contra sus buenas costumbres, ni echassen en sus Reinos pechos sin razon, o sin gran necesidad. Y quando los echasse, que la tierra se pudiesse alzar contra él hasta que lo comendasse, y el Rey se lo otorgó todo, y le rogó, que se viniese con ella Castilla. Y el Cid le respondió, que no lo haría en ninguna manera, hasta haver venganza de la traición, que aquel Moro havia hecho: y el Rey agradeciolo mucho, y partiose para Castilla: y el Cid quedó allí, y puso cerco sobre el Castillo, y tuvo lo tanto cercado hasta que los Moros le daban el Castillo, y él nunca lo quiso recibir hasta que lo tomó por fuerza, y tomó al Moro, que se havia alzado contra el Rey, y todos lo que con él estaban, y enviolos todos presos al Rey Don Alonso: el Rey hubo muy gran placer con este presente. Y el Rey mandó de ellos hacer justicia como de traidores; y el Rey agradeciolo mucho al Cid este servicio, que le havia hecho. Y desde allí el Cid se volvió para Zaragoza, y ayuntó su Hueste, y fue a correr tierra de Aragon, y con grande saña, que el Rey de Aragon, hubo desto, ayuntó sus gentes, e hizo llamar al Rey de Denia, y fueron sobre el Cid, que estaba labrando una fortaleza, y como el Cid supo la venida de los Reyes, ordenó sus haces, y esperó la batalla, la qual duró muy gran pieza, y a la fin el Cid fue vencedor, y los Reyes fueron desbaratados todos, y mucha de su gente muerta. Y el Rey de Aragon fue preso, y con él el Conde Don Sancho Sanchez de Pamplona, y el Conde Don Nuño Sanchez de Galicia, y Pedro Suarez de Leon, y muchos otros grandes Caballeros, y con esta presa tan grande se vino el Cid para Zaragoza, y el Rey lo salió a recibir con muy gran honra. Y el Cid, haviendo piedad del Rey de Aragon, y de los suyos, soltó los todos sin rescate alguno, y después desto reposó ende el Cid algunos dias, y partiose para Castilla con gran riqueza, y honra.

Cap. 28. *De como el Rey Don Alonso fue a correr a Ubeda, y Baeza, y dexó al Cid en Castilla.*

EN este tiempo el Rey Don Alonso sacó gran Hueste, y fue a correr tierra de

de Ubeda, y Baeza, y dexò al Cid en Castilla, para que guardasse la tierra, el qual juntò siete mil hombres de armas, y vino a la Frontera de Aragon, y passò à Duero. Y estando alli el Rey de Albarrazin, le enviò a decir, que queria ser vassallo suyo, y se queria ver con èl, y en la vista se acordaron, que fuesse su vassallo, y le diese sus parias. Y de alli el Cid se fue para Zaragoza: El Rey lo recibió mui bien. Y en este tiempo, estando el Cid alli, murió el Rey de Zaragoza, y reinò despues dèl un su hijo, que havia nombre Aduramen, el qual, juntamente con el Cid, fueron sobre Valencia. Y como el Rey de Denia, que la tenia cercada, supo su venida, partiòse dende, è hizo amistad con el Rey de Valencia, y diòle todos los bastimentos, y viandas, que de fuera tenia: y rogòle, que guardasse bien la Villa, y el Rey de Denia fuesse para Tortosa. Y quando el Cid, y el Rey de Zaragoza llegaron a Valencia, el Rey los salìo à recibir, y les hizo mucha honra, y los convidò à comer en el Alcazar. Y el Rey de Zaragoza pensò que le entregaria la Villa como entre ellos estaba acordado: y desque viò, que no se la entregaba, ni de ella hacia ninguna mencion, habló secretamente con el Cid, diciendole: Que aquel Moro le havia prometido de darle a Valencia, y le parecia, que no lo queria poner por obras: y que le rogaba, que le ayudasse para tomarla. El Cid le respondió, que no lo podia hacer, porque la Villa era del Rey Don Alonso su señor, y que el Rey de Valencia la tenia de su mano, y que dèl no la podia haver, si el Rey Don Alonso no se la diese. Y como el Rey de Zaragoza viò la forma que el Cid en esto tenia, volviòse para Zaragoza. Y el Cid enviò sus cartas al Rey Don Alonso, suplicandole que tuviesse por bien de dexarle la gente que alli estaba, y que entendia de hacer con ella à Dios, y à èl gran servicio, y ganaria de los Moros con que la mantuviesse. Y de esto plugò al Rey, y mandò, que no solamente estuviessen los que con èl citaban; mas que se fuesen para èl todos los que quisiesen. Y en este tiempo el Conde Don Remon de Barcelona vino con gran Hueste a Zaragoza, y el Rey de Zaragoza hizo con èl su amistad que ya era enemigo del Cid, creyendo, que por èl havia perdido à Valencia.

Y el Rey de Zaragoza esforzòse con el Conde de Barcelona, y juntòse con èl, y fueron ambos a dos otra vez a cercar à Valencia. En este tiempo el Rey Don Alonso enviò por el Cid, y detuvo allí algunos dias: en tanto el Rey de Valencia esperaba cada dia socorro del Cid, y como el Cid supo, que Valencia estaba cercada, tomò licencia del Rey, y fuesse para alla, y anduvo tanto quanto pudo, y llegó hasta Monviedro, y de allí enviò sus menageros al Conde de Barcelona, rogandole, que luego desertasse à Valencia, y le fuesse, y el Conde se partiò dende, y se fue camino de Requena, y el Cid vino para Valencia, y el Rey lo recibió mui bien, è hizo con èl su pleytesia, que le daría cada semana cierta cola para su gente, porque apremiasse a los Castillos, y a la tierra, que pagassen sus Rentas como solian, y la defendiessen de los Christianos, è hiciesse su guerra desde alli, y se tornasse à Valencia quando quisiere. Y desde alli el Cid hizo grandes daños en los Moros de la Comarca, y volviòse mui rico, y honrado para Valencia. Y el Conde Don Remon juntòse con el señor de Tolosa, y allegara quantas gentes padieron, por echar al Cid fuera de la tierra, y el Cid quando supo su venida juntò sus gentes, y esforzolas, y el Rey de Zaragoza, y el Conde Don Remon, enviaron a decir al Cid, que queria haver con èl batalla, y èl les enviò a decir, que estaba alli, y que no queria pelear con ellos, y fortificò los pasos lo mejor que pudo, y la batalla: y el Rey de Zaragoza, y el Conde, y toda su gente subieron por la parte de la Sierra. Y el Cid, que estaba mui bien aderezado, comenzò la batalla mui crudamente, y a la fin el Cid hubo la victoria, y fue en el alcance gran pieza, hasta que alcanzò a los Franceses, y prendiò muchos de ellos, y hubo de esta batalla mui grande haver.

Cap. 29. De como el Conde de Barcelona despues de vencido en la batalla, y supo de la prission de los suyos, se vino à poner en poder del Cid.

A sí, yendo el Conde huyendo, dixerónle como los Ricos Hombres, y Caballeros mas principales, que con èl venian, eran

eran presos, huyó de ello tanto pesar, que cayó del caballo, y estuvo una gran pieza como muerto, y después que fue tornado en sí dixo, que mucho mas le pluguiera morir, que no ver presos aquellos Caballeros, que en su compañía venian, y pues ellos estaban presos, él queria ser preso con ellos: y desde allí se volvió para el Cid, y se puso en su poder, que no se lo pudieron defender todos los suyos, y venido ante el Cid con gran reverencia, el Cid lo recibió mui honradamente, è hizo el rescate de los presos, y delibrò al Conde graciosamente. Y así el Cid se volvió rico, y honrado à la Ciudad de Valencia, donde fue mui bien recibido.

Cap. 30. De como el Rey Don Alonso se partió à socorrer el Castillo de Aledo, que los Moros tenían cercado.

Después de esto el Rey Don Alonso fue certificado como los Moros tenían cercado el Castillo de Aledo, y juntò luego su gente, y envió luego à decir al Cid, que le viniese à ayudar. Y el Cid se vino à Requena, y estuvo allí algunos dias pensando, que el Rey no iria tan aína, y creyendo, que vendria por allí, el qual fue por otra parte. Y como los Moros supieron, que el Rey Don Alonso iba, levantaron el cerco, y fueronse huyendo. Y algunos Caballeros, que mal querian al Cid, revolvieronlo con el Rey, diciendo: Que el Cid à sabiendas havia estado en Requena, porque los Moros huviesen lugar de pelear con el Rey. El Rey creyòlos, y fue tan sañudo contra el Cid, que le mandò tomar todo quanto tenia en Castilla, y mandò prender à su muger, è hijas. El Cid quando lo supo envió luego al Rey un Caballero à salvarle, diciendo: Que si el Conde, ò Rico Hombre, ò Caballero huviese, que dixesse, que havia mas verdadera voluntad de servir al Rey, que él, que de su persona a la suya, se lo combatiría, y como el Rey estaba mucho airado contra él, no quiso recibir su desculpacion. Y quando los que mal querian al Cid supieron el enojo, que el Rey del tenía, y supieron, que el Cid estaba sobre un Castillo cerca de Zaragoza, pidieron por merced al Rey, que les diese ayuda para ir contra el Cid, y el Rey no se la

quiso dar. En este tiempo los Moros tomaron la Ciudad de Murcia, y el Castillo de Aledo, y el Rey Don Alonso quiso ir sobre ellos, y la Reina su muger, y algunos Caballeros amigos del Cid escribieron, que viniese à servir al Rey en aquel tiempo que se le agradecería mucho, y que el Rey lo perdonaria. Y vistas estas Cartas, el Cid partió de Zaragoza con mui gran Hueste, y anduvo sus jornadas hasta que llegó a Martos, donde hallò al Rey Don Alonso, el qual lo recibió mui honradamente, y fueron en uno hasta que pasó el Rey la Sierra de Elvira, y el Cid iba por lo baxo en el llano delante, y los que mal lo querian dixeron al Rey: El Cid viene en posesion así como cansado, y pasó ante vos: y en esto estuvieron hablando, y el Rey estuvo en aquel Lugar siete dias; y Yuza, Rey de los Almohades, no se atrevió de lidiar con el Rey Don Alonso, y fuele de allí, y el Rey tornòse para Ubeda, y de tal guisa mezclaron al Cid con el Rey, que lo defamò mucho, y quando el Cid supo esto vino para Valencia, y el Rey tornòse para Toledo. Y el Rey de Aragon supo como el Cid tenia amistad con el Rey de Zaragoza, y acordò de verle con el Cid, y haver su amistad.

Cap. 31. De como el Rey Don Alonso vino con gran Hueste sobre Valencia, y de lo que el Cid sobre esto hizo en Castilla.

EL Rey D. Alonso después desto salió con mui gran Hueste, y fue sobre Valencia, y envió à decir a los Castillos de la Comarca, q̄ le diesse el pecho por cinco años, que daban al Cid. Y desde que el Cid esto supo, envió a decir al Rey, que se maravillaba mucho de su merced quererle deshonor, y maltratar, que fiaba en Dios, que presto conocería el mal consejo que le daban los que cerca del estaban. Y luego el Cid allegò mui gran Hueste, así de Moros, como de Christianos, y entrò por la tierra del Rey Don Alonso quemando, y destruyendo quanto hallaba. Y tomò a Logroño, y a Alfaro, y metiòla à saca mano. Y estando en Alfaro, enviaronle a decir el Conde Garcia Ordóñez, y otros ricos hombres de Castilla, que los esperasse allí siete dias, y que venian à pe-

pelear con él. Y el Cid los espero doce dias, y ellos no osaron venir à pelear, y el Cid desque viò que no venian, volviòse a Zaragoza. Y como el Rey Don Alonso supo lo que el Cid havia hecho en su tierra, y como los Ricos Hombres no osaban pelear con él, viò el mal consejo, que havia tomado en ser contra el Cid. Y enviole sus cartas, perdonándole todo lo que havia hecho, que bien conocia ser à cargo suyo, y que le rogaba, que viniesse para Castilla, que todo lo suyo hallaria desembargado. Y el Cid fue mucho alegre con estas nuevas, y escribiò al Rey Don Alonso, teniendoselo en merced, y suplicò al Rey, que no creyesse malos consejos, que él siempre seria en su servicio. Después desto el Cid hizo gran guerra à Valencia, y tuvola cercada nueve meses, y un mes que estuvo en la Huerta de Villanueva. Así pasaron diez meses hasta el dia que se entrò à aposentar en el Alcazar. Y fue el postrero dia de Junio del año del Señor de mil y ochenta y siete años. Y quando el Cid hubo ordenado su aposentamiento, y el de sus gentes, salieron todos los Moros de la Ciudad, salvo algunos, que el Cid mandò quedar, y estuvieron dos dias en salir.

Cap. 32. *De como el Cid mandò ir por su muger, y sus hijas, y del presente que envió al Rey Don Alonso.*

Estas cosas así hechas, el Cid, acordò de enviar por su muger, y sus hijas, y rogo a su primo Alvar Añez, y a Martin Antolinez, que fuesen por ellas, y llevassen al Rey docientos caballos en presente, y le besassen las manos por él, y le dixessen como él estava a su servicio con la Ciudad de Valencia, y le suplicassen a su merced, que le mandasse dar su muger, y sus hijas. Otrofi, les mandò, que llevassen mil marcos de plata al Monasterio de S. Pedro de Cardena, y le diesse al Abad Don Sancho trecientos marcos, y lo otro à Doña Ximena, para que aderezasse para la venida, y llevassen cien marcos de oro, y seiscientos de plata, para quitar las arcas que dexara empeñadas, llenas de arena, à los Judios de Burgos, y les dixessen de su parte, que les rogaba, que le perdonassen el engaño, que con gran necesidad lo havia

hecho. Y mandò, que llevassen docientos y cinquenta Caballeros, y mandòles dar para su despensa mui cumplidamente quanto huviesse menester.

Cap. 33. *De como Alvar Añez y Martin Antolinez se partieron con el presente para el Rey Don Alonso.*

Otro dia de gran mañana Alvar Añez, y Martin Antolinez se partieron con todo lo dicho, y anduvieron por sus jornadas hasta que llegaron à Palencia, donde el Rey Don Alonso estava. Y llegados al Rey le dixeron: Señor, el Cid Ruy Diaz, vuestro vassallo, vos besa las manos, y vos hace saber el bien, y merced, que nuestro Señor le ha hecho después que de Castilla partió: por que sabed q̄ de ello havreis placer, que ha vencido tres lides campales de Moros, y ha dellos ganado siete Castillos, y mas la noble Ciudad de Valencia. Lo qual todo, y él con ello es para vuestro servicio, y de las ganancias; que Dios le diò en vuestra buena ventura, envia à vos docientos caballos enfilados, y enfrenados, como vereis: y el Rey los recibió mui bien, y volviòse à los ricos hombres, y dixo: Sin duda el Cid es el mas noble Caballero, q̄ nunca fue armado en Castilla, y así me ayude Dios, yo he mui gran placer de sus buenas andanzas, y mando que quando estuviere des en mis Reinos, vos den todo lo que huvieredes menester, y que vaya con la muger del Cid toda la gente que ella quisiere, y huviere menester de guisa, que vaya honrada, y guardada: y por hacerle merced, otorgòle a Valencia, y todo lo que ha ganado, y lo que ganare de aqui adelante, que sea suyo, y se llame dello Señor, y doi licencia a todos los que de mis Reinos quieran ir a servirlo, que vayan con mi gracia, y sin pena alguna, y quiero que de todo esto vos den mis cartas con las quales los Caballeros del Cid se partieron, y cumplieron todo lo que el Cid les havia mandado.

Cap. 34. De como el Cid salió à recibir à su muger, y à sus hijas, y de la nueva que le vino que el Rey Uñez, hijo de Miramamolín de Marruecos, era passado de allende con gran poder.

Como el mandamiento del Rey fue sabido, cien Caballeros, y mucha otra gente se juntò para ir con la muger del Cid, a los quales todos el Rey mandò hacer la despena hasta que de su tierra salieron. Y llegada Doña Ximena con sus dos hijas à una legua de Valencia, el Cid las salió à recibir mui honorablemente, y entrò en la Ciudad con gran alegría, y muchos juegos de Christianos, y de Moros, y dende en tres meses, que Doña Ximena entrò en Valencia, el Cid hubo nuevas como el Rey Uñez, hijo del Rey de Miramamolín de Marruecos, era passado de allende con cinquenta mil de a caballo, è infinitos peones por tomarle à Valencia. Y luego el Cid hizo à gran priesa reparar los Castillos, y abastecer la Ciudad de todo quanto menester hubo, y llamó à todos sus Vassallos, asì Moros, como Christianos. Y como la gente pareció cerca de la Ciudad, el Cid mandò venir toda su gente ante sí, è hizoles una habla, esforzandolos mucho, y diciendoles, como ya sabian con quantos trabajos, y derramamientos de sangre havia ganado, por la gracia de Dios, aquella Ciudad, que el Rey Uñez se la queria tomar, que bien creia el que con ayuda de Dios, y la bondad de las gentes, que allí estaban, que èl se la podria bien defender. Y luego allí ordenò sus gentes en la forma que havian de pelear, y a què tiempo havian de salir. Y mandò luego à Don Alvar Salvatoris, que saliesse con docientos de acaballo à los Moros, que ya entraban por las Huertas, y que escaramuzasse con ellos. Y mandò à Doña Ximena, y a sus hijas subir en la mas alta torre del Alcazar, porque viesse lo que se hacia, y Don Alvar Salvatoris peleò de tal manera con los Moros, que los llevò huyendo hasta las tiendas del Rey Uñez, y matò muchos dellos. Y tan grande fue la voluntad que hubo de matar Moros, que entrò delante los suyos, y fue presso, y todos los suyos con todo esto se acaudilla-

ron, y juntos se volvieron a la Ciudad, sin recibir otro daño. Y como quiera que el Cid tuvo gran enojo de la prision de Don Alvar Salvatoris, ordenò para otro dia de dar la batalla en esta guisa: que mando, que esta noche secretamente saliesse Don Alvar Añez con seiscientos Caballeros, y le fuesse à poner en la celada a la parte del Albuhera, y el acordò de salir con toda la gente, y dar en el Real de los Moros, y mandò à Don Alvar Añez que estuviesse quedo en su celada hasta que viesse que la batalla era bien vuelta, y que entonces de supito saliesse, y diesse en los Moros, y asì se hizo, la batalla fue mui peleada, y muchos Moros muertos. Y como Don Alvar Añez de supito entrò en la batalla, pensaron que la gente era mucha, y comenzaron a huir, y el Cid con sus gentes fueron en el alcance matando, è hirriendo en los Moros. El Cid alcanzando al Rey Uñez hiriòlo, y traia el caballo tan ventajoso que se le fue por pies. Y fueron en aquella batalla muertos quince mil Caballeros, y mucho mas de los peones. Y el Rey se acogió a una fortaleza, y con èl todos los que pudieron escapar de la batalla. Y de allí el Cid se volvió con su gente para el Real del Rey Uñez, y cogió el campo en que havia muchas tiendas mui ricas, y hallò muchas joyas, y plata, y oro, y en la tienda del Rey hallò preso à Don Alvar Salvatoris, de que hubo mayor placer, que de toda la riqueza, que ende hubo, en esta batalla ganó el Cid su Espada Tizona. Y el Rey Uñez se partió de aquel castillo mal aventuradamente con la gente que pudo escapar, y fuesse para Denia, y allí se metió en sus Naves, y fuesse a su tierra mui triste, y quebrantado. Y luego que llegó hubo tan gran enfermedad que murió. Y antes que muriesse llamó a un su hermano, que havia nombre Bucar, y rogole que hiciesse juramento en el Alcorán de pasar en España, y venir en Valencia, y vengar la injuria, que del Cid havia recibido. Y el Cid en esto llamó sus gentes, y partió con ellos mui largamente las riquezas que en aquella batalla havia ganado. Y mandò llamar à Don Alvar Añez, y Pedro Bermudez, y rogoles, que quisessen luego partir para Castilla, por llevar al Rey Don Alonso su señor el presente, que enviarle queria, hi-

zo escoger trecientos caballos, los mas hermosos, que pudieron hallar entre todos los que ganò, y mandolos enfiar de las mas ricas sillas, y al arzon de cada uno mandò poner una rica espada; y mandò que tomassen la tienda que havia ganado del Rey Uñez, que era la mas rica, que hasta entonces fue vista en España, y diòles sus cartas para el Rey, y todo lo que menester huvieron para su viage. Y así Don Alvar Añez, y Pedro Bermudez se partieron para el Rey, al qual hallaron en Valladolid. Y como el Rey supo que venian quanto una legua de la Villa enviòles à mandar, que no entrassen hasta otro dia, en el qual el Rey oyò Misa, y cavalgò, y con èl todos los Ricos Hombres, y Caballeros, que ende estaban. Y los Infantes de Carrion Don Diego Gonzalez, y Fernan Gonzalez, hijos del Conde Don Gonzalo, y todos fueron con el Rey à recibir los Mensageros del Cid: los quales llegaban ya à media legua de la Villa, y venian en esta guisa: Los trecientos caballos delante con fendas espadas en los arzones, y cada uno de ellos llevaba un dosèl por la rienda, y en pos de ellos venian los Pages de todos los Caballeros: despues D. Alvar Añez, y Pedro Bermudez detras de ellos, y todas sus compañías. Y quando llegaron Don Alvar Añez, y Pedro Bermudez, se apearon, y besaron las manos al Rey. Y Don Alvar Añez le dixo: Señor, el Cid vuestro Vassallo vos besa las manos, y vos tiene en merced la honra, que mandaste hacer a su muger, y à sus hijas. Y vos hace saber, que despues que yo de vuestra merced me parti, el uno huvo batalla con el Rey Uñez, hijo del Miramamolín de Marruecos, que traia cinquenta mil de caballo, y lo venció en el campo, y de su quinto, que allí ganò, envia à vuestra merced estos trecientos caballos, y una tienda, que ganò de este Rey Uñez, que es la mas rica, que hasta ahora fue vista en España. Y el Rey agradeciò mucho al Cid el rico presente, que le enviaba. Y dixo à los Ricos Hombres, que con èl estaban. Yo creo, que nunca Vassallo enviò a su señor tan hermosos dones, como el Cid me ha enviado. Y luego el Rey mandò armar la tienda, y entrò en ella; y todos los que allí estaban dixeron: Que nunca vieron tan rica tienda, ni de tan gran valor.

Y el Rey loò mucho al Cid, y à los Caballeros que con èl estaban, diciendo: Que creia Caballero del Mundo no tener tan noble gente, ni tan esforzada como la que el Cid tenia, y que bien parecia quien la mandaba.

Cap. 35. *De como los Infantes de Carrion suplicaron al Rey Don Alonso, que demandasse al Cid dos hijas que tenia para darselas por muger.*

Los Infantes de Carrion, como vieron que los hechos del Cid iban siempre en crecimiento, y que el Rey lo amaba, y preciaba mucho, llegaron al Rey, y dixeronle: Señor, vuestra merced sabe como el Cid tiene dos hijas, y si a vos, señor, pluguiesse recibiriamos merced, si las enviassè a demandar para nosotros. Y como se lo dixeron, comenzò à pensa un poco, y dixo: Infantes esto serà en la voluntad del Cid, si le placèrà; mas por vos hacer bien, y merced, enviarfelo he à rogar, y los Infantes le besaron la mano. Y el Rey enviò por los Mensageros del Cid, y dixoles, que agradecerìa mucho al Cid, que viniessè à Requena para verse con èl, porque le havia de hablar algunas cosas de su provecho, y honra, y de casamiento para sus hijas con los Infantes de Carrion, los quales le havian suplicado q̄ las demandasse para ellos: y los Caballeros del Cid respondieron, que harian lo que su merced les mandaba, y bien creian, que el Cid haria lo que su merced le mandasse. Y allí los Mensageros del Cid se despidieron del Rey, y se partieron para Valencia, y quando llegaron cerca de la Ciudad, el Cid los salió à recibir, y huvo muy grãde placer con todas las nuevas que del Rey le dixeron. Y quando le hablaron en el casamiento de sus hijas, rogòles, que le dixessen su parecer de lo que en ello debia hacer. Y el Cid les dixo: Por cierto bien es verdad, que los Infantes de Carrion son de gran sangre: pero ellos no me placen, mas si al Rey mi señor le place, harè lo que me mandare. Y luego que entraron en la Ciudad, el Cid contó todas las nuevas de Castilla à Doña Ximena, y dixole del casamiento, que para sus hijas se movia: y Doña Ximena mostrò, que le placia, pero que hiciesse ende lo que bien le pareciesse. Y luego el Cid escribiò sus cartas para el Rey, hacien-

ciendolo salir el tiempo qual seria en Requena. Y luego el Cid se aparejó mui ricamente, y se fue para Requena al tiempo, que al Rey escribió, que ende seria: el Rey así mismo se vino à Requena, y traxo consigo los Infantes de Carrion, y otros muchos Caballeros, y Ricos Hombres, mui ricamente aderezados. Y quando el Rey supo, que el Cid venia, saliolo à recibir quanto una legua; y el Cid como vió al Rey descendió del caballo, y probóle a besar el pie, y el Rey no se lo consintió, y abrazólo muchas veces, y besólo, y dióle la mano, de lo qual todos tuvieron gran plazer, salvo el Conde Don Alvar Diaz, y Don Garcia Ordoñez, que delamaban mucho al Cid, y así el Rey, y el Cid entraron en la Villa, y el Rey fue con el Cid à su posada, y el Cid suplicó al Rey, que quisiese comer con él, y el Rey le dixo, que no era razon; mas que él se fuesse à comer con él, pues era primero venido a la Villa, y lo tenia aparejado para él, y para sus gentes: el Cid se lo tuvo en merced, y se fue a comer con el Rey, y allí vinieron los Infantes de Carrion a hacer reverencia al Cid, el qual los recibió mui bien, y el Rey se asentó à comer, y el Rey mandó al Cid, que se asentasse cerca de la su mesa, y por mucho, que él porfió no se quiso asentarse a su mesa, y el Rey le dixo: Cid, el Caballero que Reyes vence, y Vassallos tiene Reyes, con Emperadores, y Reyes se debe asentarse. Entonces el Rey mandó poner otra mesa para el Cid mas alta que la suya, y mandó, que se asentasse con él el Conde Don Gonzalo, Padre de los Infantes de Carrion. Despues que huvieron comido, el Cid suplicó al Rey, que otro dia él, y sus gentes comiesse con él, y el Rey se lo otorgó. Y otro dia el Rey, y todos los Ricos Hombres comieron con el Cid, y de tal guisa fueron servidos, y con tantas baxillas de oro, y de plata, que todos fueron espantados de la riqueza del Cid. Y otro dia el Obispo Don Geronymo cantó Missa en la Capilla del Cid Ruy Diaz, y fueronla a oír el Rey, y los Grandes que con él estaban, y maravillaronse mui mucho de los ornamentos, que el Cid tenia, y de la manera de su servicio. Y desque huvieron oído Missa, el Rey apartó al Cid, y le dixo: Cid, yo vos envié à rogar, que viniesseis à Requena

por dos cosas. La primera por vos ver, y rogar, que me perdonasdes de las cosas, que por mal consejo contra vos hice, que por cierto vos me habeis lealmente servido, y yo vos loí en cargo para vos hacer muchas mercedes. La segunda por vos hablar de un casamiento con vuestras hijas con los Infantes de Carrion. El Cid le respondió, que le tenia en merced lo que le havia dicho, y que de él, y de sus hijas, y de todo lo suyo podia hacer en su plazer, y que él no las casaba; mas el se las daba para que las casasse, y él le dio muchas gracias por darle sus hijas para los Infantes de Carrion, y le mandó trecientos marcos de plata para ayuda à las cosas, y el dixo: Estas vuestras hijas yo las caso, y no vos. Y quiera nuestro Señor, que de ello ayais plazer. Y el Rey mandó luego à Don Alvar Añez, que era tío de las Doncellas, las tuviesse hasta que las diesse à los Infantes de Carrion por mugeres. Y luego el Rey mandó llamar à los Infantes de Carrion, y mandóles, que besassen la mano al Cid, y le hiciesse omenage: y los Infantes lo hicieron así en presencia de todos los Ricos Hombres que ende estaban. El Cid suplicó al Rey, que diesse licencia à todos los que quisiesse ir à las bodas de sus hijas, los que quisiesse ir à hacer. Al Rey plugó mucho de ello: y así el Rey se partió para Castilla, y el Cid fue con él quanto dos leguas, y de allí se volvió para Valencia, y mandó a Pedro Bermudez, y a Nuño Gutos, que se fuesse con los Infantes de Carrion, y los acompañassen, y los sirviesse, y trabajassen por saber sus costumbres, y ellos hicieronlo así. Y estando algunos dias estos Caballeros con los Infantes de Carrion, miraron como Don Suer Gonzalez, hermano del Padre de los Infantes, los criaba mui mal, y los aconsejaba peor, y conocieron de ellos, como eran mui orgullosos, y se tenian en mucho, y havian otras costumbres, que no convenian a hombres de tan alto linage como ellos eran, de que recibian mucho enojo. Que quanto estos Caballeros volvieron al Cid, y le dixeron de la mala crianza de los Infantes, hubo de ello mui gran sentimiento, y quisiera bien deshacer el casamiento, si pudiera. Y quando los Infantes vinieron à Valencia, el Cid los recibió mui honorablemente, no dandoles à

entender cosa ninguna de lo que de ellos sabia, y mandòlos mui bien aposentar en el Alcazar consigo donde Doña Ximena estaba con sus hijas, y todos los otros Caballeros, y gentes, que con los Infantes venian, mandolos aposentar por la Ciudad en las mayores posadas, y mandòles dar mui largamente todas las cosas, que huvieron menester, y èl tomò los Infantes por las manos, y assentòlos en su estrado, el uno a la una parte, y el otro à la otra, y todos los Caballeros que con ellos vinieron, tenian sus aposentamientos muchos honrados. Entonces el Cid llamò à Don Alvar Añez, y le dixo: Bien sabeis vos lo que el Rey Don Alfonso, mi señor, vos mandò: cumplidlo así, y tomad vuestras sobrinas, y dadlas à los Infantes de Carrion por mugeres, que èl las casa, que yo no. Y Don Alvar Añez fue por las Doncellas, y entregòlas a los Infantes, como el Rey se lo mandò, y ellos recibieronlas por mugeres como la Santa Madre Iglesia manda, y el Obispo Don Geronimo hizo su officio, y les diò las bendiciones. Y el Cid, y los Infantes, y todos los Caballeros que con ellos estaban fueronse a comer, y todas las gentes que con los Infantes venian, fueron mui bien servidos, y duraron las fiestas de estas bodas ocho dias, en los quales se hicieron muchos juegos de cañas, y muchas otras alegrías. Y el Cid hizo mui grandes dadivas, así à los Infantes, como à los Ricos Hombres, y Caballeros que con ellos venian.

Cap. 36. *De como el Rey Bucar convocò todos los Reyes Moros, sus parientes, y amigos para venir sobre Valencia.*

LAs bodas de los Infantes hechas, y partidos para Castilla todos los que con ellos vinieron, el Rey Bucar, el hermano del Rey Uñez, que era muerto, a quien el Cid havia vencido, acordòse el juramento, que su hermano le avia tomado, y acordò de pasar en Valencia por vengar la injuria de su hermano, y ayuntò todos los Reyes comarcanos, sus amigos, y parientes. Y fueron allí con èl juntos veinte y nueve Reyes con mui grandes Huestes, y todos vinieron con èl a ayudarle, è ir, porque su Padre era Miramolin (que es así entre los Moros, co-

mo Emperador entre los Christianos) è hizo mui grande Flota, y metiòse por la Mar.

Cap. 37. *De la cobardia que los Infantes de Carrion cometieron quando en Valencia el Leon saliò suelto por la sala del Cid.*

LOs Infantes de Carrion despues q̄ fueron casados, estuvieron con el Cid dos años mui viciòsos, y con ellos Suer Gonzalez su tio: y la fortuna, que no dexa las cosas en un estado luengamente permanecer, ordenò, que como al Cid viniessen las nuevas de aquella gran Flota de Moros, que venia, y el Cid estuviesse en aquella gran pieza hablando, y se fuesse a comer como solia en una grande sala con su gente. Acaeciò, que como èl tuviesse un Leon mui grande dentro en el Alcazar en un corral mui cercano a la sala donde comian. Los Leoneros olvidaron la puerta abierta donde el Leon estaba. Y como el Cid despues de comer se adormeciò encima del escaño en que havia comido, y los Infantes estaban jugando a las tablas, y muchos Caballeros mirandolos el Leon entrò por la sala, y muchos de los que allí estaban huyeron, y otros pusieron mano a las espadas, y poniendole capas delante del Cid, porque el Leon no le matasse, y entre todos los Infantes mostraron mayor cobardia, pues Don Diego Gonzalez se metiò huyendo debaxo del escaño donde el Cid dormia: y con la priessa que traia rompiò la capa por las espaldas. Y Don Fernan Gonzalez saliò por un postigo pequeño, que avia en la sala que salia al corral, que era de tres tapias en alto: y con el gran temor, que llevaba cayò en un lugar asaz deshonesto, donde saliò no oliendo a perfumes. Y el Cid al ruido que en la sala hacian, despertò, y viò al Leon, y fuesse para èl con un baston, que siempre traia en la mano, y tomòlo por el pescuezo, y metiolo en una jaula, donde se havia criado, y de allí lo mandaron tornar al corral donde solia estàr. Y los Infantes quedaron de esto mui corridos, y como quiera que hablaron en ello, como es cosa de juego, llamaron à su tio a gran poridad, y dixole: Tio haveis mirado tan gran deshonra como el Cid nos ha hecho? A nosotros conviene vengarla, y sin duda nos vengaremos

en estas sus hijas, que no eran ellas mugeres para casar con nosotros. Y como el tío era hombre de mal zelo, acordóse con ellos, y dixo: Que así lo debían hacer. Y disimularon el hecho, y fueronse a el Palacio, y hablaron con el Cid en la forma que solían; y el Cid les dixo quando los vió venir: Hijos, ¿qué fue esto? Por qué mostrasteis tan gran cobardia por vista de una bestia fiera? Debriades vos acordar de la sangre donde venís, y como sois mis yernos, y como vos di mis espadas, que yo gané con otro gran trabajo, que son las mejores, que por ventura oy se pueden hallar en el Mundo. Y de estas palabras tuvieron ellos mui gran vergüenza, y afirmaron en sus corazones el mal consejo, que havian tomado, y hablaron con su tío, el qual les dixo: Que debían pasar este hecho hasta que viesse en qué paraba la venida del Rey Bucar, y que después debían tomar licencia del Cid, e irse con sus mugeres para Castilla, y que allí podían haver venganza de ellas de la injuria que el Cid les havia hecho.

Cap. 38. *De la venida del Rey Bucar sobre Valencia, y de treinta y nueve Reyes Moros, que con él venían à ayudarle con infinitas gentes.*

EL Rey Bucar aportó con gran Flota, y salió de las naos con grandes gentes, y mandó assentar su Real en el campo de Quarte. Y estando el Cid ordenando la forma que havia de tener para dar la batalla al Rey Bucar, y à los otros Reyes que con él venían: llegaron à él Don Suer Gonzalez, y los Infantes de Carrion sus sobrinos, teniendo ya determinado en sus malas voluntades el mal consejo ya dicho. El Cid se levantó à ellos, y assentólos cerca de sí: y estando así hablando en el hecho de los Moros, oyeron el ruido que hacían los de la Villa. Diciendo: Que los Moros ponían ya sus tiendas en el campo de Quarte. Entonces el Cid tomó à los Infantes por las manos, y à Suer Gonzalez, y subiólos à la mas alta torre del Alcazar, y mostróles el gran poder que los Moros traían: y parecían tantas tiendas, caudales, y tantos tendejones puestos, que era cosa maravillosa de mirar. Y el Cid comenzó

de reir, y mostrar que le placía mucho de la muchedumbre de tiendas, que los Moros traían; mas Suer Gonzalez, y sus sobrinos havian mui gran miedo, como quier que lo encubrían. Al descender de la torre, como el Cid iba delante, dixo el tío a los sobrinos: Si en esta lid entramos, nunca à Castilla volveremos, y ellos no guardandose, oyolo Nuño Gustos, y él lo dixo al Cid, y quando lo oyó, pesóle mucho de ello, y no dando à entender, que sabía nada de lo que havia pasado, dioxoles: Vosotros, hijos, sois mancebos, quiero que guardéis la Ciudad, y nosotros que havemos usado de este oficio, iremos a la batalla: y ellos tuvieron gran vergüenza, creyendo que alguno havia oído lo que dixerón, y respondieron al Cid: Señor, no lo tenga Dios por bien que nosotros quedemos en la Ciudad, antes iremos con vos a la batalla, y guardaremos vuestra persona como la de nuestro Padre. Y estando el Cid en esta habla con sus yernos, dixerón al Cid, que en la puerta estaba un Mensagero del Rey Bucar, y el Cid mandó, que entrasse, y el Cid havia tal virtud, que no era Moro que lo viesse primera vez, que no huviesse de él temor; y como el Moro entró, estuvo turbado un poco, y el Cid mandó, que dixesse lo que queria, y el Moro esforzose para decir su mensaje, y dixo así: Cid, mi señor el Rey Bucar te envía à decir, que tu le tienes à Valencia à gran tuerto, que fue de sus Abuelos, y desbarataste aqui al Rey Uñez su hermano, y ahora es él aqui venido con gran poder, y enviate à decir, que le quieras dexar su Ciudad, y te dexará ir con todos los tuyos que aqui tienes: lo qual quiere hacer por la buena fama, que de ti oye: en lo qual entiende, que te hace gran merced. Y si esto no quieres que te la entienda tomar à pesar tuyo, y de los que contigo están. El Cid le respondió: Moro, di al Rey Bucar tu señor, que no le daré à Valencia, que mucho he pasado por ganarle, y lo agradezco à Dios, y a mis parientes, y amigos, y Vassallos, que me ayudaron a ello, y así espero que lo harán para defenderla, y que sepa que yo no soi hombre para estar cercado, que quando menos se catare conmigo, me hallará en el campo. Y en esto se partió el Moro, y dixo al Rey Bucar la respuesta que

que el Cid le havia dado en presencia de los Reyes que con èl estaban, y todos se maravillaron de la respuesta del Cid, cà bien pensaban, que no se les podria defender, ni menos darles batalla. Luego comenzaron a pensar de como podrian cercar la Ciudad.

Cap. 39. *De como el Cid salio de Valencia à dar la batalla al Rey Bucar, de lo qual el Cid fue vencedor, y fueron pressos en ella diez y siete Reyes.*

EL Cid, luego que el Mensagero del Rey Bucar fue ido, mandò hacer la señal a que todos se debian ayuntar, y venir ante èl los quales venidos, mandò, que estuviesen prestos de sus armas, y caballos, y de todas las cosas que havia menester, que su voluntad era con el ayuda de Dios, de dar la batalla à los Moros. Y todos le respondieron, q̄ estaban mui prestos para hacer lo que les mandasse. Y luego otro dia al primer gallo todos se confessaron segun que lo tenian por costumbre, y oyeron Misa. Y saliendo el Alva salieron todos de la Ciudad passo à passo. Y despues que fueron salidos de las Hueras, el Cid ordenò sus haces, y diò la delantera à Don Alvar Añez, y la Vandera a Pedro Bermudez, y diòle quinientos Caballeros, y mil y quinientos peones mui bien armados, y diò la una costera à Don Alvaro Salvatoris con otros tantos Caballeros, y peones. Y el Cid llevó la guarda con mil Caballeros, y dos mil y quinientos peones. Y el Cid iba mui bien armado encima de su caballo Bavieca, y pasó por sus batallas ordenándolas, y mandandoles como hiciesen, y con èl sus yernos los Infantes de Carrion. Y como los vieron los Moros, maravillaronse mucho, y ordenaron sus haces à mui gran priessa, y movieronse contra los Christianos haciendo grâdes alaridos, tocando sus trompetas, y atambores, y con la priessa q̄ traian venian todos desordenados: y como èl los viò venir mandò mover su Vandera contra ellos, y mandò, que los hiriesen reciamente, y pelearon de tal guisa, que en pequeño espacio murieron infinitos Moros: y estando las cosas en este estado, el Infante Don Diego viò un Moro tan grande, que parecia un Gigante, y fuesse para èl, y el Moro quando lo viò

volviose contra el Infante por herirlo; y el Infante volviò la rienda huyendo. Y como esto viò Ordoño, sobrino del Cid, diò de espuelas al caballo, y diò un ran gran encuentro al Moro, que luego cayò muerto en el suelo, y Ordoño tomò el caballo, y diolo al Infante, y dixole: Señor, tomad este caballo, y decid, que mataste el Moro, y yo vos doi mi fè, que nunca el contrario dirè. Y Ordoño dixo al Cid, que el Infante havia muerto aquel Moro de que el Cid tuvo gran placer, y la batalla durò tanto, que a hora de Visperas no se conocia quien avria la victoria: y havia muchos muertos de los Christianos, y los que quedaron se esforzaron de tal manera que a la fin los Moros fueron vencidos. Y el Cid, y los suyos figuieron el alcance hasta la mar, y mataron, y prendieron tantos, que fue cosa maravillosa. Y el Cid iba en pos del Rey Bucar, y como viò que no lo podia alcanzar, tiròle la espada, è hirióle mui mal en las espaldas; y el Rey Bucar así herido se metiò en el mar, y fue recogido en sus naos, y allí murieron infinitos Moros, los unos se ahogaban por recogerse a las naos, y los otros morian de heridas de los Christianos, de tal manera, que muchos mas murieron en el mar, que en la Batalla. Pero se hallaron muertos en el campo doce mil, y muchos captivos, entre los quales fueron diez y siete Reyes pressos. Y el Cid volviò victorioso à su Ciudad, y mandò recoger su campo, en que tuvo tiendas ricas, y tanto oro, y plata en pasta, y riele, y moneda monedada, y tantas joyas, piedras, perlas, caballos, armas, y ropas de diversas maneras, que es cosa mui dura de creer à quien no lo viò: lo qual hizo llevar à Valencia, y allí lo repartió mui bien con todos los que se lo ayudaron a ganar haciendo iguales partes à los que allí murieron con los vivos. Y tan grande fue la riqueza que allí se hubo, que el mas pobre de los del Cid quedò rico. Y hubo el Cid de su quinto ochocientos caballos, y mil y docientos Moros, sin el oro, plata, y joyas. Y diò el Cid a los Infantes con mil marcos de plata. Y con todas las honras, y bienes que el Cid les hizo, nunca su malvado proposito olvidaron, segun que adelante se dirà,

Cáp. 40. De la licencia, que los Infantes de Carrion demandaron al Cid para llevar à sus mugeres à Castilla.

Passada la batalla, los Infantes demandaron licencia al Cid para irse à Castilla con sus mugeres. Y como quiera que de esto pesò al Cid, y mucho mas à Doña Ximena: huvosele de dar, y el Cid los aparejó mui ricamente, y les diò muchos paños de oro, y seda, y diòles las espadas Colada, y Tizona, y con ellas cien caballos enillados, y enfrenados, y diez mulas guarnecidas, diez copas de oro, cien vasos de plata, seiscientos marcos de plata labrada en vasines, y escudillas, y diòles cien Caballeros mui bien aderezados, que fuesen con ellos, de que era Capitan Martin Paez el Asturiano. Y assi partieron los Infantes de Valencia, y el Cid salió con ellos quanto dos leguas. Y desde que se volvió à Valencia, comenzó à pensar en la mala condicion, que en sus yernos havia conocido, y pesole mucho de haver dexado llevar à sus hijas: y llamó à Ordoño, su sobrino, y mandole, que fuese en pos de sus hijas lo mas secretamente, que pudiesse, de guisa, que no lo pudiesen conocer, y que con ellas llegasse hasta Carrion: y Ordoño mudò sus vestiduras, y puso en abito mui pobre, y fuese siguiendo su camino por donde los Infantes iban, hasta que llegaron à Barlarga, y dende passaron à Robledo de Torpes, donde ellos llevaban acordado de hacer la maldad que hicieron. Y allí hablaron con su tio, y dixerón, que se fuese adelante, y llevasse consigo todos los del Cid, y que ellos quedarian con sus mugeres. Y quando las Dueñas se vieron quedar solas maravillaronse de ellos, y pesò mucho, y dixerón, que para que se iba toda à quella gente delante, y ellos solos quedaban en tal lugar? Ellos respondieron: Aora lo verèis, y comenzaron à entrar por el monte con ellas. Y quando fueron en la mayor espesura, passaron un valle, donde havia una fuente, y allí las descendieron de las mulas, y desnudaronlas hasta quedar en camisa, y tomaronlas por los cabellos, y traxeronlas arrastrando de una parte à otra, dandoles muchas espoladas: y con las cintas de las mulas en que iban cavalgando, les

dieron tantos azotes, que las pensaron matar. Diciendo, que assi vengaban las injurias, que su Padre les havia hecho. Y esto acabado, cavalgaron en sus mulas, y llevaron sus ropas, y fueron su viage, y ellas quedaron en aquel valle poco menos que muertas, e iban diciendo: Assi quedareis, hijas del Cid, y que no crades vosotras mugeres para casar con tales hombres como nosotros, y veamos como os vengarà vuestro Padre el Cid. Y Ordoño, que iba siguiendo su camino en pos de ellas, quando llegó à aquel lugar, oyò mucho lueñe voces doloridas, como de mugeres mui flacas, y diòle en el corazon, que fuese algun mal, y apartòse del camino por saber que podia ser, y entrando por el monte, quanto mas andaba, tanto mas cerca oia las voces, hasta tanto que conociò ser ellas las hijas del Cid. Y quando llegó à ellas, de tal manera las hallò, que fuè mucho espantado, y no sabia darle remedio: y acordò, que porque por ventura los malvados Infantes no volviessen à matarlas, de llevar as de allí, y tomò a Doña Elvira acuestas, y metiòla a lo mas espeso del monte, y bien lueñe de allí, y volvió por Doña Sol, y puso la con su hermana, e hizo una cama de hojas de yerba, y echòlas en ella, y cubriòlas con la capa que llevaba, e hizo mui grande duelo, no sabiendo que hiciesse de aquellas Dueñas, ni do ir cuidando, que si las dexasse, quedarian en gran peligro, y si allí estuviessen que ellas, y el serian perdidos. En tanto que Ordoño estaba en este pensamiento, los Infantes llegaron à las gentes, que adelante iban. Y quando los Caballeros del Cid vieron las mulas de las señoras, y sus ropas, y no vieron à ellas, fueron mucho espantados, y pensaron, que las señoras fuesen muertas, y Martin Paez el Capitan, les preguntò: Que que era de las señoras? Y ellos respondieron, que fuesen a los Robledos de Torpes, que allí las hallarian sanas, y vivas. Y quando lo oyò el Capitan, dixoles: Por cierto vosotros habeis hecho como malvados, y alevosos, en desamparar tan nobles mugeres, hijas de tan noble Padre. Y desde aqui, por la alevosia, que habeis cometido, yo os desafío, y os torno, en amistad por el Cid mi señor, y por ser Parientes, y amigos, y por sus Vassallos. Y creed, que mui caramente comprareis la deshonra.

honra que a sus hijos hicistes. Y de alli volvieron a buscar las señoras, hijas del Cid: y andando por el monte, allegaron al lugar donde los Infantes havian azotado a sus mugeres, y hallaronlo todo lleno de sangre, y desque no hallaron a ellas, comenzaron a hacer tan gran duelo, que fue cosa marabilliosa, y tornaron a andar por el monte, y no las hallaron, y desde alli acordaron de ir en posde los Infantes para matarlos si pudiesen. Y como ellos iban ya mucho adelante, y llevaban gran andar, no los pudieron alcanzar, y acordaron de irse para el Rey Don Alonso, al qual hallaron en Palencia, y contaronle todo el hecho, de que el Rey tuvo mui gran enojo, y sentimiento, y respondiòles, que en tan grande hecho era razon de esperar, mandado del Cid, que no se podria tardar, y venido èl, haria todo lo que de justicia debiesse: y en tanto que estas cosas passaban, Ordoño que havia quedado con las Infantas, hijas del Cid, acordò de ir a una Aldea que era ende cerca a buscar de comer para ellas: y traído el mantenimiento estuvo alli con ellas siete dias. Y yendo cada dia Ordoño a aquella Aldea, hubo de haver conocimiento de un Labrador, que conocia bien al Cid, y havia posado algunas veces en su posada, y oyòle decir de èl muchos bienes, y por esso atreviòsele a decir todo el caso acontecido, de que el Labrador tuvo mucho pesar, y tomò una Azemila, y aderezòla lo mejor que pudo, y llevò consigo dos hijos, y fuèsse con Ordoño: y las Dueñas desque vieron a aquellos hombres, tuvieron de ellos mui gran verguenza, y Ordoño les pidiò por merced, que se conformassen con el tiempo, y se quisiesse ir a la casa de aquel Labrador, que era buen hombre, y mucho servidor del Cid: y assi el Labrador, y Ordoño llevaron las hijas del Cid a su casa. El qual las vistiò lo mejor que pudo, y las sirviò, y las tuvo mui secretamente hasta tanto, que el Cid enviò por ellas, como adelante se dirà.

Cap. 41. *Del presente que enviò el Cid al Rey Don Alonso despues que venciò al Rey Bucar, y a los que con èl venian.*

Luego que el Cid hubo enviado a sus hijas con los Infantes, acordò de hacer su presente al Rey Don Alonso su señor, de las ganancias, que havia havido en la batalla que venciò al Rey Bucar, y a los veinte y nueve Reyes, que con èl venian. Y Enviò con èl a Don Alvar Añez, y a Pedro Bermudez, los quales llevaron al Rey doscientos caballos ensillados, y enfrenados, y mui ricas espadas en los arzones, y doscientos esclavos, que los llevaban de rienda. Y yendo estos Caballeros por su camino, toparon con Ordoño, el qual les contò todo el caso acaecido a las hijas del Cid, con los alevosos Infantes de Carrion; y despues de haver hecho gran duelo, acordaron todavia de llevar su presente al Rey, y de hacerle saber de parte del Cid la maldad, que los Infantes havian cometido, y continuaron su camino hasta Valladolid, donde hallaron al Rey, el qual los recibì mui bien, y les preguntò mucho por el Cid, y ellos le contaron el hecho de la batalla, y que havia vencido al Rey Bucar, y a veinte y nueve Reyes q con èl venian, y de la gran riqueza q ende havia havido, y como le enviaba aquellos caballos, y esclavos en parte de su quinto. El Rey les respondiò assi, que daba mui grandes gracias al Cid de tan grande, y buen presente como le enviaba, y que le recibia de como del mas honrado Caballero, y mas leal Vassallo, que jamàs en España naciera. Y luego Alvar Añez le contò la maldad, que los Infantes de Carrion havian cometido contra las hijas del Cid, suplicando al Rey, que le pelasse de tan grande maldad, y quisiesse en ello hacer la justicia, que debia; pues este caso era mas suyo, que del Cid. Y èl respondiò: Por cierto, Alvar Añez, no vos puedo decir quanto me pesa de este caso tan feo, el qual, como decis es mas mio, que del Cid, y sabida la verdad, si à tuerto fueron deshonradas, hacerse ha en ello lo que por derecho, y por mi Corte se hallare. Y pesame mucho, que tan grave crimen, los Infantes de Carrion ayan cometido, y por ende tengo por bien de los man-

dar

dar emplazar, que de oy en tres meses vengan ante mí. Y decid al Cid, que para este tiempo venga él, y traiga consigo a quantos por bien tuviere. Y D. Alvar Añez, y Pedro Bermudez se lo tuvieron en merced, y le besaron las manos, y se despidieron del Rey. Y el Rey mandoles dar mulas para las Dueñas mui ricamente guarnecidas, y paños de oro, y de seda, y de lana, los mas ricos, que se pudieron haver para vestir las. Y mandoles dar todo lo que huviesen menester hasta ser en Valencia. Y tomó todas estas cosas Don Alvar Añez, y Pedro Bermudez, y continuaron su camino hasta el Aldea adonde Ordoño les dixo, que las Dueñas estaban. Y Alvar Añez, y Pedro Bermudez entraron en noche, y fueron a la casa ellos desolados, y hallaron a las Dueñas, y allí hicieron gran llanto, y despues les contaron todas las cosas que les havia acaecido despues que de Valencia partieron, y que noblemente el Rey se havia ido con ellos, y les traxeron allí todas las cosas que les enviaba, y allí hicieron mui grandes bienes al Labrador: y las hijas del Cid llevaron consigo dos hijos, y dos hijas que el Labrador tenia, y despues los casaron mui bien. Y otro dia de mañana tomaron su camino para Medina-Celi, y a Molina; y Bucaulo, Rey de Mosina, que era vasallo del Cid, recibiólos mui bien, e hizoles mui grande honra, y ellos acordaron de quedar allí algunos dias, porque las Dueñas estaban flacas, y por hacer saber al Cid lo que mandaba que hiciesen; y de allí Pedro Bermudez se partió para el Cid, y contóle todo lo que con el Rey havia pasado, y como queria hacer Cortes en Toledo sobre este hecho a tiempo de tres meses: y como havia mandado emplazar a los Infantes, que viniessen, y rogaba a él que fuesse allí con toda la gente que por bien tuviesse, porque le queria hacer cumplimiento de justicia, y díxole todas las joyas, y cosas que avia enviado a sus hijas, y aunque el Cid estaba mui desconsolado por las nuevas q̄ le havia traído Ordoño, hubo algun tanto de descanso en saber la voluntad del Rey que en este caso tenia. Y la gran nobleza de que avia usado con sus hijas, y havia esperanza que pues el Rey lo mandaba ir a las Cortes,

que haria buena
justicia,

Cap. 42. *De como fueron traídas las hijas del Cid a Valencia despues de la grande alevosia contra ellas cometida.*

DOña Ximena, que oyó todas estas cosas, no dexaba de llorar. Y el Cid la consolaba mucho, diciendo, que no quisiesse llorar tanto, que si él viviesse él vengaria la injuria de sus hijas, y las entendia casar con otros mejores maridos, que los Infantes de Carrion. Y dixo a Pedro Bermudez: Id vos a Molina, y traed mis hijas, porque quiero de ellas saber la verdad. Y luego Pedro Bermudez se partió para Molina, y llegado ende Alvar Añez, y él se vinieron con las hijas del Cid a Valencia. Y quando el Cid las vió, hizo con ellas gran duelo, y mucho mayor Doña Ximena quando le fueron a besar la mano.

Cap. 43. *De como el Cid se partió de Valencia para ir a las Cortes de Toledo, y de las cosas que entonces ende acaecieron.*

EL Cid despues de esto se aderezó para ir a las Cortes, y llevó consigo novecientos Caballeros mui bien aderezados, y dexó en Valencia al Obispo Don Geronymo, y a Martin Paez el Asturiano, y con ellos quinientos Caballeros Hijodalgo, y toda la otra gente de la Ciudad mucho ordenada para la guarda, y para hacer lo que mandassen los dichos Obispos, y Martin Paez. El Cid sabida la verdad de sus hijas, se partió para las Cortes de Toledo con su gente mui ricamente aderezada, y así de paz, como de guerra. Y como el Rey supo, q̄ el Cid venia, plugóle mucho de ello, y salióle a recibir dos leguas, e hizole mucha honra, de lo qual pesó mucho a los Infantes, y a los que bien los querian. Y quando el Cid llegó al Rey, besóle la mano. Y el Rey lo abrazó, y le dió paz, y le hizo mucha honra, y el Rey lo hizo aposentar en los Palacios de Galiana: y el Cid le suplicó que no lo mandasse ende aposentar; mas en San Servan. Y al Rey plugóle de ello, y fue con el Cid hasta que lo dexó en San Servan. Y mandando llamar a los Infantes, y a todos los Ricos Hombres q̄ eran venidos a las Cortes, díxoles, que para otro

otro dia despues de Missa se fuessen à todos los Palacios de Galiana, y que alli les diria el caso porque eran llamados; y como el Cid quando en San Servan, y èl se fue para el Alcazar. El Cid mandò poner sus tiendas todas alli cerca, que parecia su aposentamiento una grande Hueste. El Rey mandò aderezar mui ricamente una gran sala en los Palacios de Galiana, y enviò à decir al Cid, que enviasse su aposentamiento, y lo hiciesse poner cerca de su silla. Y la silla del Rey era la mas rica que fuesse vista en España, y haviala ganado en Toledo que havia sido de los Reyes Moros, que alli havian sido. El Cid mandò a un Escudero suyo, hombre mucho hidalgo, que se llamaba Fernan Alonso, que hiciesse tomar su escaño, y lo hiciesse llevar à los Palacios de Galiana, y lo pusiesse cerca de la silla del Rey como lo havia mandado el Rey, y mandò, que fuessen con èl cien Escuderos Hijodalgo. Y mandòles, que no se partiesen del escaño hasta otro dia, y ellos hicieronlo asì, y el escaño era mui bien labrado de marfil, y tenia encima un cabezal de seda con un paño de oro mui rico; y otro dia despues de Missa el Rey se fue a los Palacios de Galiana, y con èl los Infantes de Carrion, y otros muchos Condes, y Ricos Hombres, y Caballeros. Y quando entraron por la sala, y vieron el escaño puesto cerca de la silla del Rey, comenzaron de burlar, y profanar del Cid. Y el Conde Don Suero, llegòse al Rey, y dixole: Señor, pidoos por merced que me digais, este escaño que aqui està para qual dueña se puso aqui, y si vendrà vestida de almexias blancas, y azules; y el tal escaño no conviene estar cerca de vuestra silla, sino fuesse para vos, y debeislo, señor, mandar, quitar de aqui. Y todo esto oyò bien Fernan Alonso, y respondió al Conde, y dixo: Conde, vos decis mal, que quien se ha de assentar en este escaño es Caballero, que vale mas que vos: y por cierto à todos sus vecinos siempre pareció esforzado Caballero, y no Dueña. Entonces el Conde quiso dar una bofetada à Fernan Alonso, el qual puso mano al espada, y dixo: Conde, sino fuessemos en presencia del Rey, yo vos castigaría como mereciades: y el Rey tuvo mui gran enojo de todas estas palabras. Y dixo à los Condes de Carrion, y à los otros, que

alli estaban: Vosotros no aveis razon de decir mal del Cid, ni de su escaño, ca èl lo ganó como mui esforzado Caballero, y yo no sè oy en el Mundo Rey, que tambien lo merezca como èl, ni sè ningun Rey, que tenga otro tan buen vasallo como yo tengo en èl, y por esto no es sin razon de lo poner do esta que à mi place de ello, que mejor honra merece el Cid, que la que aqui se le puede hacer, y si vosotros professades del Cid, que tantas batallas de Christianos, y Moros ha vencido, y tales presentes me ha hecho quales nunca hizo Vasallo à señor, quería saber qual de vos hizo tales cosas, y los que haveis invidia de su honra quererle parecer en las obras, y entonces recibirèis las honras, que èl recibe, y todas estas cosas supo del Cid antes que à las Cortes viniesse, è hizo luego llamar a Alvar Añez, y à Pedro Bermudez, y cavalgaron todas las gentes del Cid, y vinieron con èl à Palacio, y mandòles, que todos fuessen bien apercebidos para hacer lo que les mandasse, guardando la honra, y servicio del Rey, y mandòles, que ninguno hablasse sin su mandado; y quando el Cid entrò por la sala, el Rey se levantò à èl, y lo recibió mui graciosamente, y el Cid puesta la rodilla en el suelo, dixo: Señor, donde me manda vuestra merced assentar con estos parientes, y amigos, que conmigo vienen? Y el Rey respondió: Tal os hizo nuestro señor, que si quisierades hacer mi mandado, tenia por bien, que vos os assenteis conmigo, que quien Reyes vence, con Reyes se debe assentar, y yo asì lo mando por mi sentencia en estas Cortes, y quiero que se haga asì de aqui adelante; el Cid le respondió, que se lo tenia en merced, pero no pluguiesse à Dios, que se assentasse cerca de su Alteza mas que se assentaria à sus pies, pues era hechura suya. Entonces el Rey mandò, que se sentasse en su escaño, y dixo asì: Yo doi aqui sentencia, que no se sienta con vos, salvo Rey, ò Prelado, que e pues tantos Reyes Christianos, y Moros haveis vencido, ninguno es vuestro par, ni se debe con vos sentar. Y el Cid le besò las manos, y se lo tuvo en merced, y fuesse a sentar en su escaño, y todos los suyos en torno de èl. Y el Rey mandò, que todos callassen.

Cap. 44. *De la habla que el Cid hizo al Rey, Don Alonso en el comienzo de las Cortes de Toledo, y de los Jueces, que el Rey dió para que le oyessen con los Infantes de Carrion.*

EL Cid quando vió, que todos callaban, èl se levantó en pie, y dixo: Señor, suplico a vuestra Alteza, que me mande oír, y quiera mandar, que ninguno me alvergue hasta aver dicho lo que me conviene. Y así mismo, señor, mandad, que ninguno diga deshonesta palabra, que ante los Reyes no se debe decir. Entonces el Rey dixo: Oíd todos los que aquí estais, así Condes, como Infantes, y Ricos Hombres, y Caballeros. Catad, que vos desiendo, y mando, que ninguno diga palabra contra el Cid, que no deba decir, lo pena de muerte, y de caer por ende en caso de traicion, y dixo al Cid: Yo quiero que vos señaleis aquí Alcaldes de mi Corte, que vos oigan con los Infantes de Carrion, y con los que alguna demanda quisieredes hacer. El Cid se lo tuvo en merced, y le suplicó, que le diese aquellos que su merced fuesse contento. Entonces el Rey señaló por Jueces al Conde Don Remon de Tolosa su yerno, y al Conde Don Vela, que pobló a Salamanca, y al Conde D. Osorio de Campos, y al Conde Don Rodrigo, que pobló a Valladolid, y al Conde Don Nuño de Lara. A estos cinco Condes mandó el Rey, que oyessen al Cid con los Infantes de Carrion, è hizo los jurar en publica forma sobre los Santos Evangelios, que guardassen justicia a las partes. Y todo esto hecho el Rey mandó al Cid, que dixesse lo que quisiere.

Cap. 45. *De como el Cid demandó a los Infantes de Carrion todo lo que les havia dado en dote con sus hijas, y de como fue sentenciado que le fuesse pagado, y de como el Rey confirmó la sentencia de los Jueces.*

Levantóse entonces el Cid, y dixo: Señor, ante el Rey, y su Corte pocas palabras, y ciertas se deben decir, y así yo mando a los Infantes de Carrion ante vos, que me den dos espadas, que yo les presté, que a la una llaman Tizona, y a la otra Co-

lada, que no han razon alguna por tenerlas contra mi voluntad. Y el Rey elperó, entendiendo, q los Infantes respondiessen, y ellos callaron. Y el Rey mandó a los Jueces, que juzgassen lo que hallassen por derecho. Y los Jueces determinaron, que los Infantes diesen las espadas al Cid, y los Infantes no lo quisieron hacer. Y de esto el Rey fue muy sañudo, y levantóse de la silla, y fue a ellos donde estaban asentados, y tomóles las espadas, y diólas al Cid. Entonces se levantó Don Alvar Añez, y dixo al Cid: Tened por bien de darme a la Colada con que vos guardo quanto estas Cortes duraren: y èl se la dió, y levantóse Pedro Bermudez, è hizo esta misma demanda, y el Cid dió a Tizona, y el Cid puso la mano en la barba, como havia de costumbre, y los Infantes, y los que eran de su parte huvieron gran miedo, y pensaron, que pues que ya tenían las espadas, y ellos estaban sin ellas, que querian revolver las Cortes.

Cap. 46. *De como el Cid suplicó al Rey Don Alonso, que le hiciesse justicia del haber que con sus hijas havia dado a los Infantes de Carrion.*

ENtonces el Cid se levantó en pie, y dixo al Rey: Bien sabe vuestra merced, que me mandó venir a Requena, y yo vine a cumplir vuestro mandado. Y vos demandastes a mis hijas para los Infantes de Carrion, y por vuestro mandado yo las di a Don Alvar Añez, para que las diese por mugeres como la Santa Madre Iglesia manda, y vos, señor, las cafastes, y pensastes en ello hacer bien, y los Infantes lo han querido entender en otra manera, que como quiera que ellos sean honrados, y de gran sangre, yo no les diera mis hijas; así lo dixé yo a vos, señora. Y quando de Valencia se partieron con ellas: dities joyas, caballos, mulas, baxillas de oro, y de plata, y muchos paños de grande precio. Y alaz haber en moneda amonedada como a hijos que mucho amaba. Pues así es que me deshonoraron a mis hijas, y no se tienen por pagados dellas: mandadles, señor, que me tornen lo mio, ò se defiendan con justa razon. A esto se levantaron los Infantes, y le pidieron por merced les diese plazo para

para haver su acuerdo. Y el Rey les mandò que lo huviesse luego, y así salieron de la sala, y con ellos doce Condes, y Ricos Hombres, y estuvieron gran pieza, que no pudieron hallar justa razon para defenderse, y tornò luego al Rey, y el Conde Don Garcia Ordoñez dixo por ellos al Rey: Señor, el haber que el Cid demanda, que dice, que diò a los Infantes, verdad es, que lo recibieron; mas dicen, q̄ lo han despendido en vuestro servicio: pero si hallaredes que le deben tornar por derecho, mandadles, señor, dar plazo para sus heredades, y cumpliràn, señor, lo que vos le mandaredes; y el Cid dixo al Rey: Señor, si los Infantes algo despendieron en vuestro servicio, no ay razon que yo pierda lo mio. Y pues, señor, ellos han conocido la verdad de lo que yo les di, yo vos pido por merced les mandeis, que me lo tornen. Y el Rey se tornò al Conde Garcia Ordoñez, y le dixo: Conde, estas excusas que vos hacéis a los Infantes no le valen nada, que si ellos en algo me sirvieron, yo soi en cargo de se lo satisfacer, que el Cid no tiene en esto que ver, ni es razon de perder lo suyo: y mandò luego a los Jueces, que determinassen lo que hallassen por derecho: y sus Jueces determinaron que pues los Infantes conocian el haber que del Cid havian recibido con sus hijas, que luego se lo entregassen sin otro plazo alguno. La qual sentencia pronunciò por todos los Jueces el Conde D. Nuño de Lara, y el Rey la confirmó. Y los Infantes pidieron por merced al Rey, y así mismo todos los Condes, y Ricos Hombres, que eran de su parte, que diesse algun plazo a los Infantes para que pudiesen pagar, y el Rey rogò al Cid, que les diesse plazo de quince dias, haciendo ellos pleyto, y omeage de no partir de allí hasta que el Cid fuesse pagado: y el Cid otorgòselo como se lo demandaban, è hicieron pleyto, y omeage en sus manos, è hicieron cuenta, q̄ montaba novecientos marcos de plata lo que debian: y el Cid mostrò, que montaba mil y quinientos. Y los Infantes enviaron a decir luego a su Padre la gran priessa en que estaban, y que los socorriesse en tan gran menester, el qual les enviò grande haber: y con lo que ellos barataron cumplieron al plazo que el Rey les mandò. Y con esto pensaron ellos, que ya el Cid estaba contento.

Cap. 47. *De como el Cid suplicò al Rey Don Alonso que le hiciesse justicia de la injuria, que los Infantes de Carrion le havian hechos*

Despues del Cid ser entregado de su haber, estando el Rey en su Corte, y con èi juntos los Condes, y Ricos Hombres, y los Infantes de Carrion, y Caballeros, el Cid dixo al Rey: Señor, à Dios doi muchas gracias, y a vos, señor, tengo en merced, que yo soi entregado de mis espadas, y de todo mi haber. Y aora, señor, vos suplico, que por hacerme merced, querais mandar saber de los Infantes de Carrion, que vos digan por qual razon os pidieron por merced, que los casasedes con mis hijas, pues havian en el corazon de las así deshonorar, y las dexar como las dexaron en los Robledos de Torpes, ca, señor, debierànse nombrar como vos, señor, las pedistes para ellos, y se las distes por mugeres, y yo por vuestro mandado se las di mui honradamente como debia, no conocieron à Dios, ni a vos señor, la merced, que les hicistes, y vos demando, señor, que me hagais justicia de la deshonor que me hicieron en dexarlas solas en un monte desnudas, azotadas, como que fueran malas mugeres. Y señor, bien acatado, aunque a ellas deshonoraron, y a mi, mayor deshonor hicieron a vos pues se las disteis por mugeres. Y si por ventura vos, señor, ni vuestra Corte no me quisieredes hacer derecho de tan gran injuria, sea merced de vuestra Alteza de darme lugar que yo pueda tomar la venganza por mis manos. Y quando el Rey estas palabras oyò dixo: Ciertamente, Cid, yo vos demandè vuestras hijas para los Infantes de Carrion porque ellos me pidieron por merced, que yo las demandasse, como ellos saben. Y por esto tengo por mia esta deshonor, y tengo por bien, que pues en mi Corte estais, que les demandeis por derecho, y ellos salvense por razon si la tuvieren, y ellos pasaràn por la sentencia que los Jueces dieren. El Cid se fue para el Rey, y besòle las manos, y le tuvo en merced lo que havia dicho, y el Cid se tornò a su Lugar, y dixo a los Infantes: Diego Gonzalez, y Fernan Gon.

CID RUIZ DIAZ.

41

Gonzalez, yo vos digo, que sois alevosofos, que hicistes aleve conocido en dexar vuestras mugeres heridas, y deshonradas en medio de un monte yermo, sin otra ninguna compañía, como si fueran malas mugeres, y viles; y por esto os digo, que sois alevosofos, y dar os he vuestros parejos, que os lo harán conocer por vuestra lengua, o vos mataran en el campo. Y los Infantes callaron: y el Rey mandò a los Infantes, que respondiesen. Entonces levantose Don Diego Gonzalez, y dixo: Señor, vuestros naturales somos, y de los mejores de Castilla, como vos, señor conocéis, y nos, señor, tenemos, que no eramos bien calados con las hijas del Cid, y por esto las dexamos, cà ellas no eran de sangre para ser vuestras mugeres, que mucho es apartado su linage del nuestro. Y dice, que las dexamos, verdad es, y entendemos, que no erramos en dexarlas, mas que valemos, por ende mas, y por esto no havemos razon de meter las manos à ninguno. Y levantandose despues Fernan Gonzalez, dixo: Señor, bien sabeis vos quanto es grande nuestro linage, que las hijas del Cid de Vivar no eran para casar con nosotros. Y luego sentose; y todos los del Cid callaron por su miedo; mas el Rey con enojo levantose, y dixo a los Infantes: Mui bien haveis hablado. Si las hijas del Cid no eran vuestras iguales, porq̄ me pediste por merced que vos casasse con ellas? Bien debiais conocer el yerro que teneis hecho en las deshonrar, y dexar como las dexasteis. Y debierades buscar otro corredor, que no era yo para traer tales Doncellas, y dixo al Cid: Yo vos mando, que metais en culpa a los Infantes quanto pudieredes con razon. Y vos otros Infantes, trabajar por vos defender, si pudieredes. Y yo mando a los Jueces, que vos juzguen segun el fuero de los Hijosdalgo de España. Y a lo que decis, que sois mas Hijosdalgo que el Cid. Esto vos digo, que lo teneis bien aprendido, que Ruy Diaz el Cid es hijo de Diego Laynez, y nieto de Lain Calvo, que fue uno de los Alcaldes escogidos para mantener a Castilla; y el otro fue Nuño Rasura, que fue Padre de Doña Theresa Nuñez, que fue muger de Lain Calvo. Y de este Nuño Rasura venimos los Reyes de Castilla; y pues su Padre Diego Laynez fue

casado con Doña Elvira Nuñez, que fue hija del Conde Don Nuño Alvarez de Maya, assi que viene de la mas alta sangre de Castilla, y el Cid por si es el mas honrado hombre, que nunca hubo en nuestro linage, por ende veremos como os defendereis de él, que bien soi cierto, que haveis de menester todo lo que sabeis, y aun quanto supieren los que os aconsejaren, y el Rey se asentò, y el Cid le besò luego las manos.

Cap. 48. *De como Ordoño sobrino del Cid fue armado Caballero, y de como reptò a los Infantes de Carrion.*

EL Cid en este dia havia armado Caballero a Ordoño su sobrino, hermano de Pedro Bermudez, el qual sabia bien las injurias que los Infantes havian hecho a las hijas del Cid, y no pudiendo comportar las palabras que los Infantes dixeron, levantòse, y fuese para ellos, y dixo a Diego Gonzalez: Callad boca sin verdad, que vos sois cobarde, y mal Caballero, y bien sabeis vos, que en la lid que venció el Cid al Rey Bucar, que fuisteis por herir un Caballero Moro, y como él se volvió contra vos, os volvisteis huyendo, olvidando la nobleza de vuestro linage, y yo lo matè, y vos di su caballo, y por vos dar la honra dixè al Cid, que vos le haviades muerto, y esto nunca lo cuidè decir; pero la gran maldad vuestra me hizo descubrir vuestra gran cobardia. Y ya sabeis que quando el Leon se soltó en Valencia, y se metió por la sala que vos os metistes de miedo debaxo del escaño del Cid, y rompistes el manto por las espaldas, y vos, Fernan Gonzalez, con el mismo temor saltastes en un corral tal, que quando salistes, vuestros paños, y vos no oliades à Almizcle. Pues vos, que tan esforzado fuistes en Valencia, aqui ante el Rey menester haveis esfuerzo mas que el dia que en los Robledos de Torpes, donde deshonrastes dueñas de tan alta guisa, que en vuestro poder teniades, por ende con licencia del Rey vos repto, y llamo por ello alevosofos. Y a todas estas palabras los Infantes ninguna cosa respondieron; mas el Conde Don Garcia Ordoñez se levantò, y dixo: Dexar estad asentado al Cid en su escaño, con su barba luen-

gar, que nos cuida espantar donde le suelen dar parias aquellos Moros vencidos, con que èl ha su prò. Y ninguno de los del Cid no osaba hablar por medio suyo. Y quando el Cid viò, que ninguno de los suyos respondia, dixo a Pedro Bermudez: Hablad, Pedro Bermudez, por que estas callando? Y Pedro Bermudez tuvo tan gran enojo de haverle así atrentado el Cid, que no se acordò del mandamiento, que primero havia hecho, que ninguno hiciesse bullicio en el Palacio, y fuesse para el Conde Don Garcia Ordoñez, que estava ientado entre once Condes, y le diò una tan gran puñada, que diò con èl en tierra; por lo qual se revolvió toda la Corte de tal manera, que si el Rey no lo remediara, todos se mataran dentro de la sala, y fuesse el Rey para Pedro Bermudez, y traxole por los cabezones, y tomòle la espada, y dixole: Pedro Bermudez, sino me acordasse de algunos grandes servicios, que me haveis hecho, yo vos cortaria la cabeza, y de esto se quexaron mucho los Condes, que eran de la parte de los Infantes. Y el Rey los asflogò quanto pudo, y les mandò, que lo demandassen por justicia, que èl lo haria cumplidamente. Y el Rey mandò llamar à los Jueces, y apartòse con ellos a una camara, y huvieron informacion de como Don Suer Gonzalez, tio de los Infantes, fue aconsejador de la deshonra, que hicieron a sus mugeres, y por ende que mandaban, que los Infantes, y èl lidien con otros Caballeros por salvar su derecho: y los Caballeros fuesen los que el Cid diese de su casa, la qual sentencia el Rey confirmò. Entonces el Cid se levantò, y fue a besar la mano al Rey, y tuvòle en merced el juicio que havia dado. Y Pedro Bermudez se levantò, y pidiòle por merced al Cid, que fuesse uno de los que huviesen de lidiar por èl, y el Cid se lo otorgò, y mandò, que lidiase con Diego Gonzalez el mayor. Y Pedro Bermudez le besò la mano, y Martin Antolinez le pidió por merced, que èl fuesse el segundo, y plugòle de ello, y mandò, que lidiase con Hernan Gonzalez el menor, y Nuño Gustos le pidió asimismo, que èl fuesse el tercero, y èl le mandò, que lidiase con el Conde Don Suer Gonzalez. Y luego el Rey mandò, que fuesse la baralla para otro dia, y los Infantes ref-

pondieron, que no estaban aderezados de lo que les cumplia, que le pedian por merced, que les diese algun plazo para ir à Carrion para aderezarse de lo que havian menester. El Rey no les quiso dar plazo hasta que se lo suplicaron todos los Condes que ende estaban. Entonces pufoles terminò de tres semanas para que viniessen a lidiar, y este mismo plazo puso al Cid para que viniessen sus Caballeros.

Cap. 49. *De como en este tiempo vinieron al Rey Don Alonso Embaxadores de los Reyes de Aragon, y Navarra, demandando en casamiento las hijas del Cid para los Infantes herederos de los Reinos de Aragon, y Navarra.*

EStando en esto el Rey, entraron juntamente Embaxadores del Rey de Aragon, y del Rey de Navarra, los quales traian cartas ay Rey, y al Cid, en que pedian las hijas del Cid para sus hijos herederos de los Reinos. Vistas las cartas, y oida la embaxada, el Rey llamò al Cid, y le dixo, que le parecia? El Cid le respondió: Mis hijas, y yo somos vuestros, haced de ellas, y de mi lo que vos por bien tuvieredes. El Rey le dixo: Cid, lo que me place es, que pues hijos de Condes las desecharon, è hijos de Reyes, herederos de Reinos, las quieren, que se les deben dar, que bien soi cierto, que las sabrán mas honrar, que las dexar: y el Cid besò las manos al Rey, y asimismo todos los Caballeros del Cid. El Principe de Aragon havia nombre Don Inigo Ximenez, y el de Navarra Don Garcia Ramirez: y los Embaxadores, por el poder que traian de los Infantes de Aragon, y de Navarra, se obligaron, que desde a tres meses los Infantes de Aragon, y de Navarra, serian en Valencia à hacer las bodas con las hijas del Cid. Y de esto tuvieron gran enojo los Infantes de Carrion, y todos sus parientes, y amigos, y en presencia de los Condes, y Ricos Hombres que en la Corte estaban, dixo el Rey: Cid, gracias a nuestro Señor, que la deshonra que à vuestras hijas fue hecha, se les ha tornado en honra doblada, que como eran casadas con hijos de Condes, seràn casadas con hijos de Reyes, herederos de Reinos: destas pala-

bras tuvieron muy gran placer el Cid, y los suyos. El Cid besò las manos al Rey, y le dixo: Señor, ya he señalado los Caballeros, que lidien con los Infantes, y con su tío, como vos, Señor, lo mandaste: a mí me conviene ir a Valécia por abastecer mis castillos, y aderezar mi hacienda, yo os pido por merced, que me deis para ello licencia. Aquí vos dexo todos mis Caballeros, mandadlos, Señor, tener bien en vuestra guarda, y defendimiento. El Rey dixo, que le placía, y de los Caballeros, que allí dexaba, que perdiesse cuidado, que él los tomaba en su guarda, y amparo, y les haría cumplimiento de toda justicia en tal manera, que él no hiciesse mengua, y luego el Cid besò las manos al Rey, y tomó del licencia, y fuesse a los Jueces, y rogóles mucho, que quisiesen guardar su justicia como de ellos esperaba. Y el Cid se fue a su posada, y envió grandes presentes a los Condes, y Ricos Hombres del Rey: y otro día de gran mañana él se fue al Alcázar por despedirse del Rey, y el Rey cavalgò, y salió con él una gran pieza fuera de la Ciudad, y el Cid soltó al Rey los doscientos marcos de plata, que havia mandado para en casamiento de sus hijas, y pidióle por merced, que tomasse él su caballo Bavieca, porque creía ser el mejor del Mundo. Y el Rey no lo quiso tomar, y le respondió, que se lo agradecía mucho, y que el mejor caballo del Mundo no lo merecía sino el mejor Caballero; y pues él era este, que no convenia su caballo mudasse otro señor. Y después que el Cid se despidió del Rey, fueron con él una gran pieza Pedro Bermudez, y Martín Antolinez, y Nuño Gustos, y el Cid fue los castigando, y mostrando todas las cosas que havian de hacer el día de su batalla. Y así se despidieron del Cid, y se volvieron a Toledo.

Cap. 50. *De como se hizo la batalla de los Infantes de Carrion, y el Conde Don Suer Gonzalez con los Caballeros del Cid, en que los Caballeros del Cid fueron vencedores.*

EL Rey conociendo la cobardia de los Infantes, pensò, que por ventura no querían venir a lidiar, tomó su camino para

Carrion, y llevó consigo los Caballeros del Cid, y los Condes que havian dado por Jueces, pero no pudo llegar el plazo ordenado, porque fue doliente en el camino, y por esto lo alargò a seis semanas. Y como él fuè sano, llegó a Carrion, y mandò a los Infantes, que se apercibiesse a lidiar, y mandòles hacer el campo en la vega de Carrion; y al día que fue puesto, llegaron ende los Infantes bien acompañados de sus parientes, y amigos, los quales todos venian acordados de matar a los Caballeros del Cid, y que no se hiciesse la lid de los Infantes con ellos. Y con todo esto no lo osaron acometer, por miedo del Rey: y esta noche pelearon todos con sus armas en las Iglesias, como es costumbre de Caballeros, que han de combatir. Y luego que fue de mañana, fuè la Guardia del Rey puesta en el campo, y mandò, que se armassen Don Enrique, y Don Remon sus yernos, y todos los Condes que eran Jueces, y estuviesse allí en la guarda del campo, porque los parientes de los Infantes de Carrion no se atreviesse a poner en obra lo que havian pensado. El Conde Don Gonzalo, Padre de los Infantes, hacía tan gran duelo, que era marabilla, y se maldecía a sí, y al día en que havia nacido, que bien conocía, que sus hijos no podian escapar de muertos, o vencidos: Y de todas las partes de España vinieron allí por ver esta lid. El Rey mandò armar cerca del campo una gran tienda donde se armassen los Caballeros del Cid, y mandò, que los armasse el Conde Don Remon, y de la otra parte pusieron otra tienda para los Infantes de Carrion. Y mandò que los armasse el Conde Don Enrique de Portugal su yerno, y los Infantes de Carrion enviaron a pedir por merced al Rey, que mandasse, que las espadas Tizona, y Colada no entrassen en el campo. El Rey respondió, que en aquello no tenia que ver: salvo, que no llevassen mas armas los unos, que los otros. Y los Infantes, y sus parientes se quejaron mucho de esto. Pero al fin huvose de hacer lo que el Rey quiso. Y venidos los Caballeros al campo, el Rey dixo: Yo quisiera que esta lid se hiciera en Toledo, mas vos me dixisteis, que no teniades lugar de lo hacer allí, y por esto vos di plazo, y traxe conmigo estos Caballeros del Cid, los quales

les vinieron a mi fe, y amparo, y por ende vos defengaño, que vos, ni vuestros parientes no ayades que ver con ellos ninguna cosa, salvo el derecho del campo, sino sean ciertos qualesquier que lo hicieren, que morirían por ello, y los daré por traidores conocidos. Y desto pesò mucho a los Infantes de Carrion, y el Rey metiòlos en el campo, y mandò a los Fieles, que les mostrassen los hitos que havia de guardar, y que les partiessen el Sol. Entonces el Rey saliò del campo, y mandò arredrar la gente siete passos en torno de la Raya, y hechos los pregones, que en tal caso se debèn hacer. Los Caballeros puestos cada uno a su parte, fueronse a herir de las lanzas, y de los primeros golpes fueron los Infantes mal heridos, y assimismo su tío, y de los del Cid ninguno fue herido. Y luego Pedro Bermudez se juntò con Diego Gonzalez, y le diò un gran golpe: pero no lo hiriò. Pedro Bermudez hiriò de tal manera à Diego Gonzalez, que cayò en tierra; y Diego Gonzalez se levantò echando sangre por la boca, y Pedro Bermudez puso mano a la espada Tizona por herirlo, y Diego Gonzalez no quiso esperar el golpe, y conociò que era vencido, y que era verdad lo que Pedro Bermudez dixera. Entonces los Fieles mandaron à Pedro Bermudez, que no le hiciesse mas daño, pues era vencido: y Martin Antolinez, y Fernan Gonzalez, despues que huvieron rompido las lanzas, metieron mano a las espadas, y pelearon un gran rato, y diò un golpe Martin Antolinez à Fernan Gonzalez, de que lo hiriò mucho en la cabeza, que lo acordeciò de tal manera, que no sabia de sí parte, y diole otro golpe de punta en el rostro. Entonces Fernan Gonzalez comenzò de huir, y Martin Antolinez iba en pos de èl diciendo a grandes voces, que todos lo oían: Ale voso, fuera del campo. Y assi Fernan Gonzalez saliò huyendo fuera del campo, y los Juezes mandaron a Martin Antolinez, que no lo siguiesse, que no havia porque seguirlo mas, pues que huyendo era salido de la Raya. Y despues Nuño Gustos, y Suer Gonzalez heriante valientemente, y a la fin Suer Gonzalez cayò en el suelo, y todos cuidaron, que era muerto, y Nuño Gustos volviò luego sobre Suer Gonzalez por herirlo, y quando esto viò su Pa-

dre, diò grandes voces a Nuño Gustos, diciendo: No le hierades mas, que vencido es. Y Nuño Gustos preguntò a los Jueces, que le dixessen si era vencido por lo que el Padre decia. Y los Jueces le respondieron, que no. Y èl tornò a gran priessa por lo matar, y Suer Gonzalez como lo viò assi venir dixo: No me mateis, Nuño Gustos, que vencido soi. Y los Jueces se fueron para el Rey, y le pidieron por merced, que entrasse en el campo a hacer justicia. Y el Rey preguntò à los Jueces, si los Caballeros del Cid havian mas que hacer. Ellos respondieron, que no, pues havian el campo vencido. Entonces el Rey diò por alevosos conocidos a los Infantes de Carrion, y a su tío. Y mandò al Mayordomo, que tomasse los caballos, y las armas de los vencidos. Y dende en adelante quedò Carrion por los Reyes de Castilla despues de la muerte del Conde Don Gonzalo, Padre de los Infantes. Dada la sentencia, el Rey facò los Caballeros del Cid de campo, y diòlos por buenos, y leales. Y assi el Rey se fue a comer, y llevò consigo los Caballeros del Cid, y el Rey les hizo muchas mercedes, y dioles muchas joyas, y enviò docientos de a caballo, que fuesen con ellos hasta ponerlos en salvo. Y assi los Caballeros vencedores se fueron para Valencia, y el Cid quando lupo que venian, saliòlos a recibir, è hizoles mucha honra, y dioles mucho de lo suyo, y contaronle todo el hecho como havia pasado, y los grandes bienes, y honras que del Rey Don Alonso havian recibido: y de esto el Cid diò muchas gracias à Dios, y tuvo en grande merced al Rey las honras, y los bienes que à aquellos sus Caballeros havia hecho. Y dixo à Doña Ximena: De oy en adelante a nuestro Señor doñ muchas gracias, que podemos sin ningun embargo casar a nuestras hijas con los Infantes de Aragon, y de Navarra.

Cap. 51. *De la embaxada, y presente, que el Soldan de Persia enviò al Cid.*

EN este tiempo llegaron a Valencia Mensajeros del Gran Soldan de Persia al Cid, con los quales le enviò gran presente, deseando haverse amistad por la gran fama que de sus bondades havia oido. El Cid los

faliò a recibir con mui grande Caballeria. Y el Moro le dixo: Humillome a ti, Cid, el mas honrado Christiano, que jamàs ciñò espada, ni cavalgò en caballo. El gran Soldan de Persia te envia a saludar, te recibe por amigo, assi como aquella a quien mas ama, y mas precia por tu gran bondad, y virtud, y te envia sus dones por mi, que soi de su sangre, y te ruega, que lo recibas con la voluntad que te se dà. Y el Cid lo agradeciò mucho al Soldan, y traxo consigo aquel Embaxador, y a todos los suyos, y aposentòlos consigo en el Alcazar en las mejores posadas de la Ciudad, y mandòles dar mui honradamente de comer, y desque el Moro hubo comido, mandò luego traer las Azemilas cargadas de aquellas cosas que el Soldan le enviaba, y las animalias extrañas que de allende del mar le traia. Y abrió las arcas en presencia del Cid, y luego sacò correos mui grandes llenos de moneda de oro, y de plata, y despues una mui grande baxilla de plata labrada de platos, escudillas, bacinnes, y ollas para guisar de comer, que pesaba todo diez mil marcos; y mas diez copas de oro, que cada una dellas pesaba diez marcos, y muchos paños de oro, y seda, y cien libras de Myrrha, y balfamo en una redoma de oro, y un tablero de marfil, guarnecido de oro, y de piedras preciosas, y las tablas, y juegos de axedrez, los unos eran de oro, y los otros de plata, guarnecidos de piedras de muchos colores. Y desque todo fue visto, el Moro le dixo: Estas cosas te envia el Soldan mi señor, porque conozcas el amor que te ha. Y entonces el Cid lo agradeciò mucho al Soldan, y lo abrazò, y le dixo: Si Christiano fueses darte yo paz; mas diòsela en el ombro, segun costumbre de Moros. Y entonces dixo el Moro: Que le agradecia mucho la gran melura con que avia recibido el presente, y la mucha honra que le havia hecho, y dixole: Cid, si tu fueses ante el Soldan mi señor, por honrarte, èl te daria a comer la cabeza de su caballo, que es la mayor honra que nosotros podemos hacer a quien convidamos. Mas porque vosotros los Christianos no haveis tal costumbre, el Soldan mi señor te envia un caballo el mejor que en su tierra se hallò, que vale mas que la cabeza cocida, y a ti, señor, besarè yo

la mano, y tenerme he en ello por mucho honrado. El Cid tomò el caballo, y confintió al Moro que le besasse la mano. Al qual el Cid diò grandes dadivas, y envió al Soldan de presente todas las cosas q̄ pudo saber que en las partes de Asia no se havian. Y assi el Moro se despidió mui contento del Cid, y se fue para el Soldan su señor.

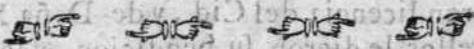
Cap. 52. De como vinieron a Valencia los Infantes de Aragon, y Navarra, a casar con las hijas del Cid.

EStando este Moro en Valencia, llegaron nuevas al Cid, como los Infantes de Aragon, y Navarra venian a casar con sus hijas, como en las Cortes de Toledo havia quedado assentado. Y quando el Cid supo, q̄ los Infantes venian, saliolos a recibir seis leguas de Valencia con todas sus gentes mui bien guisados de paz, y guerra. Y mandò poner sus tiendas en un prado mui grande, donde los atendió, y alli los recibió mui honradamente. Y de alli vinieron a Valencia, y fueron recibidos con grandes juegos, Proceßion, y grandes alegrías, y estuvieron ende ocho dias antes que las bodas se hiciefen. Y el Obispo Don Geronymo desposò à Don Sancho de Aragon con Doña Sol, y a Don Ramiro de Navarra con Doña Elvira. Y luego otro dia se hizo la boda con mui grandes alegrías, y durò la fiesta ocho dias, en los quales el Cid diò mui grandes dones a todos los Caballeros, y hombres Hijosdalgos que venian con los Infantes, y otros muchos Extrangeros, que alli vinieron por ver aquella fiesta. Y dende a pocos dias el Cid romò à los Infantes por las manos, y metio, los a una camara, donde hizo poner toda la plata, y oro, y moneda, y piedras preciosas, y paños, y joyas, que el Soldan le envió, y mostròlo todo a sus yernos, de que ellos fueron mui marabillados; y el Cid les dixo: Hijos de quanto aqui haveis, vos quiero dar la mitad, y los Infantes con gran reverencia se lo tuvieron en merced. Y assi estuvieron algun tiempo los Infantes en Valencia mucho servidos a su placer. Y despues tomaron licencia del Cid, y de Doña Ximena, y ellos le dieron su bendicion, y les dieron muchas joyas, y muchas cosas allende de

de lo que les era prometido. Y así se fueron los Infantes con sus mugeres, el uno à Aragon, y el otro à Navarra. Y donde à un año mataron los Moros al Rey Don Sancho en Ronda, y fue alzado por Rey de Navarra aquel Don Ramiro, yerno del Cid, y hubo en su muger Doña Elvira un hijo, que hubo nombre Don Garcia Ramirez, el qual reinò en Navarra despues de èl.

Cap. 53. *De como el Cid fue certificado, que el Rey Bucar, y treinta y seis Reyes, venian sobre Valencia con grandissima Flota, y los aparejos, que el Cid mandò para darles la batalla.*

LAs hijas del Cid despues de casadas con los Infantes de Aragon, y Navarra, cinco años fue el Cid señor de Valencia. Y el Rey Bucar no aviendo olvidado la injuria que havia recibido del Cid, andando por su persona por toda Africa convocando todos sus parientes, y amigos a que quisiessen pasar con èl en España para aver venganza del Cid, y ayuntò treinta y seis Reyes con muy grandes gentes de a pie, y de a caballo, y pasó la Mar. Y como el Cid fue de esto certificado, mandò venir ante si todas las gentes de la Ciudad, y dixoles: Amigos, yo he sido certificado, que el Rey Bucar ha pasado la Mar con treinta y seis Reyes, que con èl vienen, y yo he menester darne à recaudo para resistirlos, pues que à nuestro Señor plugò de darne esta tan noble Ciudad. Y para esto mejor poner en obra, conviene, que todos los Moros salgais de la Ciudad, y vos vayais à morar al Arrabal de Alcudia, hasta que veamos que fin hayrà este hecho: y así, vos mando, que lo pongais luego en obra, y los Moros lo hicieron así, y el Cid diò orden en la Ciudad como estuvièssè toda en poder de Christianos, y entonces le pareció al Cid, que estaba seguro, pues que los Moros eran fuera.



Cap. 54. *De como el Apòstol San Pedro apareció al Cid, y le certificò, que partaria de esta vida dende treinta dias, y que venceria despues de muerto al Rey Bucar, y à todos los otros Reyes que con èl vienen.*

ACaeciò así, que estando el Cid una noche en su cama pensando en lo que le convenia de hacer para dar la batalla al Rey Bucar, aparecióle en su camara una gran claridad de que fue espantado, y aparecióle un hombre muy viejo, y cano, y traia en la mano una grande llave, y dixole: Rodrigo, duermes? Y como quiera que de esto fue turbado, dixole: No, yo te requiero de parte de Dios, que me digas quien eres? El viejo le respondió: Rodrigo, no temas, que yo soi el Apòstol San Pedro, y vengo à ti por hacerte saber, que de oy en treinta dias dexaràs este Mundo, è iràs en la vida bienaventurada, y quiere Dios hacerte tanta merced, que la tū gente desbaratarà al Rey Bucar. Y tu siendo muerto venceràs esta batalla por la honra de tu cuerpo. Y esto serà con la ayuda del Apòstol Santiago, que nuestro Señor enviarà. Por ende trabaja de hacer enmienda à Dios de tus pecados, y seràs salvo: y todo esto te otorgò nuestro Señor Jesu Christo à mi suplicacion, y ruego, por la honra que hiciste à mi casa de Cardena; y quando esto el Cid oyò, fuè mucho consolado, y diò muchas gracias à Dios, y al Bienaventurado Apòstol, que tal embaxada le traia. Y otro dia de gran mañana mandò llamar à todos los hombres honrados, y venidos ante èl, les dixo: Amigos, parientes, y muy leales Vasallos, ya bien sabeis como el Rey Don Alfonso, mi señor, me echò por dos veces de Castilla, y los mas de vosotros por vuestra mesura fallisteis conmigo, y me guardasteis, y servisteis con toda lealtad, è hizonos nuestro Señor tanta merced, que vencimos muchas lides, así de Christianos, como de Moros, y ganamos esta Ciudad, en q moramos, de que no he, porque hacer servicio fino à Dios, y al Rey Don Alfonso, mi señor, y esto solo por la naturaleza que del he. Y todo esto vos quiero decir, porque sepais en que punto està mi hacienda, que sed ciertos amigos, que yo estoi en fin de mis dias,

y el morir ya sabeis, que à todos es natural cosa. Y sabed por verdad, que esta noche passada, estando despierito, me apareció el Apostol San Pedro, y me dixo, que de oy en treinta dias partiria de esta vida. Pues esto yo creo, que así ferà, y el Rey Bucar trae treinta y seis Reyes, y tran grandes poderes, y vosotros mirad si podeis defender esta Ciudad que yo espero en nuestro Señor, que vos podrè aconsejar como ayades victoria del campo, y darè la orden como haveis de hacer antes que de vosotros me parta.

Cap. 55. De como el Cid ordenò lo que los suyos debian hacer para dar batalla al Rey Bucar despues de su muerte.

EStas cosas así passando el Cid adoleció, y mandò cerrar todas las puertas de la Ciudad, y fuesse à la Iglesia de San Pedro, y mandò llamar todas sus gentes en presencia del Obispo Don Geronymo, y de toda su Clero, y les dixo: Amigos, bien sabeis como la muerte ninguno perdona por grande que sea, y sabeis, que por la gracia de nuestro Señor Jesu-Christo nunca fui vencido, ni abistado; porque vos ruego à todos vosotros quantos aqui estais, parientes, amigos, y vasallos, que no querais, que en mi muerte yo lo sea, que toda bien andanza del hombre en la fin esta, y por esto vos ruego, y mando, que querais hacer todo lo que el Obispo D. Geronymo, y D. Alvar Añez, y Pedro Bermudez vos diràn, que ellos vos regiràn, y vos gobernaràn como à mi honra, y a vosotros cumple. Y ruego vos, que les seais así obedientes, como hasta aqui à mi lo haveis sido, y así se despidió de todos, y confesose con el Obispo. Y con muchas lagrimas fuele a su Alcazar, è iba ya enflaqueciendo, y no hallecia mas de siete dias para el termino de su vida, y entonces mandò traer ante sí la myrrha, y el balsamo, que el Soldan le envió, y mandò, que le traxessen una copa de oro para mezclar de todo esto con agua rosada, y bebia cada dia quanto una cuchareta de aquella, y tornòse su color con esto que bebia mui mas fresco, y mas hermoso, que era estando sano, y a la naturaleza enflaque-

ció. Y un dia antes, que muriesse, mandò llamar al Obispo Don Geronymo, y à Don Alvar Añez, y à Pedro Bermudez, y à Gil Diaz su Almojarife, y dixo: Bien sabeis como el Rey Bucar ferà mui presto sobre esta Ciudad con treinta y seis Reyes, que consigo trae. Y lo primero que haveis de hacer despues que yo muere, sera, que mi cuerpo hagais lavar muchas veces con agua rosada, y despues unirlo mui bien con balsamo, y myrrha en tal manera, que ninguna cosa quede de mi cuerpo sin ungir, y ruego à vos, señora mia Doña Ximena, y à todos vosotros, que aietais, que no deis voces, ni hagais por mi duelo, ni se pueda sentir que yo soi muerto. Y quando el Rey Bucar viniere, mandad todas las gentes subir en los muros, y torres, y tañer trompetas, y atambores, todos hagan la mayor alegria que pudieren, y aparejad todas vuestras cosas para ir a Castilla, decidlo así à todos secretamente; porque sean apercebidos de llevar lo fuyo, sin que los Moros lo sientan, que vosotros no podriades quedar en esta Ciudad despues de mi muerte, y vos, Gil Diaz, tened cargo de hacer ensillar mi caballo Bavieca, y armarlo mui bien, y aparejad el mi cuerpo mui apuestamente, y ponedme en la silla, y atadme de tal manera, que no pueda caer, y ponedme en la mano mi espada Tizona, y vos, Obispo, y Gil Diaz, id apart de mi, y guiadme el caballo: y vos, Pedro Bermudez, llevad mi seña como soleis, y vos, Alvar Añez, caudilla las gentes, y poned vuestros haces, è id à lidiar con el Rey Bucar, è cierto sed que lo vencereis, y de esto no tengais duda ninguna, que el Apostol San Pedro me lo certificò. Y desque huvieredes esta batalla vencido, cogereis el campo donde hallareis infinitas riquezas. Otro dia de mañana el Cid hizo su testamento, mandando à cada uno de sus criados lo q le parecia, que le havia servido, è hizo herederos à Doña Ximena, y a sus hijas. Y dexò por testamentarios a Doña Ximena, y al Obispo Don Geronymo, y a Don Alvar Añez, y a Pedro Bermudez. Y recibió el cuerpo de nuestro Señor con gran devocion, y dixo así: O Señor Jesu-Christo, tuyo es el Reino, y todos los Poderosos son en tus manos, y tu eres Rey sobre los Reyes, y Poderoso sobre todos

dos los Poderosos! Pidete por merced, que pues tanta honra me diste, y tantas victorias sobre los enemigos de tu Santa Fè, que quieras recibir mi anima, y perdonar mis pecados. Y acabadas de decir estas palabras, diò el anima a nuestro Señor Dios. Y despues que fue muerto, hizose todo lo que èl demandara y llevaronlo à la Iglesia de Santa MARIA de las Virtudes, que era cerca del Alcazar, y dixeron ende muchas Missas, è hicieronle mui grandes honras, sin ningun llanto hacer.

Cap. 56. *De como el Rey Bucar con grandissima Flota descendió en la playa de Valencia, tres dias despues, que el Cid fue muerto.*

DEnde à tres dias, que el Cid murió descendió el Rey Bucar en la playa de Valencia con el mayor poder que nunca Rey traxo de allende el Mar, y con èl treinta y seis Reyes, y una Reina Mora con mil y docientos Caballeros negros, que todos venian trasquilados, sino sendas vedijas de cabellos en los mas alto de la cabeza, en señal, que venian à salvar sus animas. Y estos venian armados de corazas, y lorigas, y traian arcos Turqueses. Y como el Rey Bucar descendió en tierra, mandò assentar su Real, en que hallaron quinze mil tiendas, sin otros muchos tendejones pequeños. Y la Reina Mora mandò poner sus tiendas cerca de la Ciudad, y luego otro dia la combatieron, y durò el combate tres dias, donde murió infinita gente del Real, que ellos se llegaban al muro con gran atrevimiento, y los Christianos tenian muchos partresos con que mataban infinitos dellos, y los Christianos hacian dentro mui grandes alegrías, y tañian muchas trompetas, añafles, y tambores, y el Rey Bucar desde que viò, que tan gran daño recibía su gente, mandò apartar los combates, y los Christianos estuvieron assi ocho dias aderezando todo lo que les cumplia para irse à Cailla.

Cap. 57. *De como Doña Ximena, muger del Cid, y todos sus Caballeros, y gentes salieron de Valencia con el cuerpo muerto del Cid, y dieron la batalla el Rey Bucar, en la qual èl fue vencido, y veinte y dos Reyes muertos, y gente cinquenta de los suyos, assi en la batalla, como Abogados en la Mar yendo huyendo.*

Nueve dias passados, que el Rey Bucar era llegado sobre Valencia, fue ordenado como dicho es. Y el Cid quedó assi cintero, y los ojos abiertos, y su barba larga, y tanto apuesto, que no era hombre del Mundo, que dixesse, que era muerto, y fue puesto en su silla encima de su caballo Bavicca. Y despues que lo huvieron concertado, vistieronle una vestidura de sus armas, y una capillina de pergamino pintada, è hicieronle dos tablas caduanas, una para los pechos, y otra para las espaldas, de tal guisa, que el cuerpo iba mui derecho, sin volverle a una parte, ni a otra, y su espada Tizona en la mano: y otro dia por la mañana armaronse todas las campañas del Cid, y cargaron, y pusieron su verdaje, y todas las cosas mejores que pudieron llevar: è iba de una parte el Obispo Don Geronymo, y de la otra Gil Diaz, y Pedro Bermudez con la Vandera del Cid, y con ella iban quinientos Caballeros mui bien aparejados, que la guardaban. Y despues de esto las Azemilas, con el fardage, con otros quinientos Caballeros, y en pos de esto salió Doña Ximena con otros quinientos Caballeros, y en la zaga el cuerpo del Cid con otros quinientos de los mejores que èl tenia y salieron tan à passo, que era cosa maravillosa. Despues que el dia fue claro. Don Alvar Añez ciderò sus haces mui bien, como aquel que lo havia acostumbrado, y con tan gran ardidez fue à herir à los Moros, y tan sin sospecha començò la batalla, que fueron muchos muertos de la compañía de la Reina Mora, que hallaron primero. Y la Reina cavalgò con los que le quedaron, y començò à hacer daño en los Christianos: pero la mataron luego, y los suyos fueron huyendo. Y la revuelta fue tan grande en el Real, que pocos de los Moros se pudieron armar. Y assi los Christianos mataron tantos, que fue-

marabilla; y los Moros huvieron tan grande turbacion, q̄ los mas de ellos fueron huyendo para la mar. Y pareció a los Moros, que venian en pos dellos mas de cinquenta mil de caballo, y entre todos un Caballero en un caballo blanco, y traia en la mano dieftra una seña colorada, y una Cruz blanca, y una espada que parecia de fuego, y hacia una tã grande mortandad en los Moros, que era cosa maravillosa. Y quando esto vió el Rey Bucar, y los otros Reyes que con èl estaban, huyeron contra la mar quanto pudieron. Y las compañías del Cid no hicieron sino andar en pos dellos, y los Moros llevaban tan grã miedo, que no curaban mas que de huir. Y tan grande fue la priessa de se acoger a las Naos q̄ se ahogaron en la mar mas de veinte mil. Y de los treinta y seis Reyes que venian con el Rey Bucar quedaron ende muertos los veinte y dos, y el Rey Bucar, y los que con èl escaparon entraron en las Naos, y alzaron las velas, y fuéronse a sus tierras mui mal andantes. Y desque los Moros fueron idos, Don Alvar Añez, y las compañías del Cid volvieron al campo, donde no se podria creer el oro, plata, joyas, piedras, caballos, mulas, y camellos, y vestiduras de extrañas maneras, y q̄ tanto fue el haver que alli hallaron, que el mas pobre de los Christianos quedó rico para siempre: y tãtas fueron las tiendas, y otras cosas que ende hallaron, q̄ mui gran parte dello huvieron de dexar por no tener en que llevar lo que pudieffen. Y asifricos, y bienaventurados llevando el cuerpo del Cid, como haveis oido, se partieron del campo, y tomaron su viage para Castilla. Y la primera noche fueron a dormir a Siete-Aguas.

Cap. 58. *De lo que los Moros de Valencia hicieron desque vieron, que la muger del Cid, y todos los Christianos se iban a Castilla.*

QUando los Moros, q̄ estaban en los Arabales, vieró la victoria tan grande, q̄ los del Cid havian havido, y vieró, que se iban para Castilla, marabillaronse de ello, y cuidaron que lo hacian con alguna arte, y estuvieronse quedos, que no osaron salir aquel dia a las tiendas, q̄ en el campo

quedaban. Y toda esta noche estuvieron así, que tampoco osaron entrar en la Villa. Y otro dia de mañana un Caballero Moro cavalgó en un caballo, y anduvo la Villa en torno, y halló todas las puertas cerradas, hasta que llegó a la puerta por donde havian salido las compañías del Cid, y entró en la Villa, y no halló en ella persona, y fue dello espantado, y salió luego della, y fue lo a decir a los Moros, y desto fueron mucho espantados, y no osaron en este dia ir a las tiendas, ni entrar en la Villa. Y otro dia de mañana, aquel Caballero Moro, y muchos de los honrados Moros de la Villa fueron al Alcazar, y anduvieron toda la Ciudad, y no hallaron persona viva. Y andando así por la Ciudad hallaron una Escritura en Arabigo puesta en la pared, que Gil Diaz allí pusiera, que decia, como el Cid estaba muerto, y como fuera llevado a la batalla por vencer al Rey Bucar, y como se iban a Castilla, y dexaban a Valencia a los Moros. Entonces los Moros fueron mui alegres, y abrieron las puertas, y traxeron sus haciendas cada uno en su casa, y apoderaronse de la Ciudad, y volvieron a las tiendas, donde hallaron muchas cosas, que los Christianos no pudieron llevar, y hallaron ende algunas mugeres escondidas, y no hallaron hombre vivo: y los muertos eran tantos, que no podian andar entre ellos, y fueron por el alcáce hasta llegar a la mar. Y tantos eran los muertos, que a gran trabajo pudieron llegar al cabo.

Cap. 59. *De como Doña Ximena, y las gentes del Cid se fueron para Castilla.*

EL dia que la gente del Cid partió para Castilla, llegó a un Lugar, que se llamaba Siete-Aguas, y de alli anduvieron sus jornadas, hasta que llegaron a Osma, y llevaba siempre el Cuerpo del Cid encima de su caballo, vestido mui noblemente de guisa, que todos los que lo veian pensaban, que era vivo. Cada noche lo tiraban del caballo con la silla, y lo ponian sobre un caballo de fuste, y de alli embiaron sus cartas a las hijas del Cid, y a todos sus parientes, y amigos, haciéndoles saber la muerte del Cid, y el vencimiento q̄ del Rey Bucar havian havi-

do despues de su fallecimiento. Lo qual assi mismo hicieron saber al Rey Don Alonso, y assi fueron algunos de consejo, que metiesen al Cid en ataud, y Doña Ximena no lo consintió, diciendo, que mucho mejor lo verian el Rey, y los Infantes, y los otros sus amigos en la forma que estaba, que metido en ataud. Y alli esperaron Doña Ximena, y todas las compañías del Cid, hasta que vino el Infante Don Sancho con Doña Sol su muger, el qual traía consigo cié Caballeros delante de sí armados, con sus escudos en las arzones al rebès, y los Caballeros traian capas prietas descosidas. Y Doña Sol venia vestida de estameña negra, y todas sus doncellas. Y quando llegaron cerca de Olma, saliò a recibir à Doña Ximena con todos los Caballeros del Cid, y el Cid encima de su caballo, y su seña ante èl levantada, y toda su gente mui bien vestida. Y quando el Infante viò, que los del Cid no hacian llanto, fuè mui marabillado; y quando viò al Cid comenzò de llorar fuertemente: Doña Ximena le rogò, que no lo hiciesse, porque el Cid havia defendido, fopena de su maldicion, que no se hiciesse por èl llanto, ni ninguna persona lo llorasse. Y Doña Sol besò las manos al Cid, y Doña Ximena, y dende a pocos dias vinieron alli Don Ramiro, y Doña Elvira su muger, los quales traian docientos Caballeros delante de sí sin luto alguno, porque fueron dello avisados, y hallaron a Doña Ximena, y a las compañeras del Cid en San Estevan de Gormaz: la qual saliò a los recibir por la manera, que havia recibido al Infante Don Sancho: y Doña Elvira besò las manos al Cid, y à su madre, y el Rey de Navarra, y todos los Caballeros se marabillaron mucho de la hermosura que el Cid tenia despues de muerto, que parecia estar vivo. Y de alli se partieron todos con el cuerpo del Cid para San Pedro de

Cardena, donde hallaron infinitas gentes de Castilla por ver el cuerpo del Cid.



Cap. 60. *De como el Rey Don Alonso supo, que el cuerpo muerto del Cid era pasado para San Pedro de Cardena.*

EN este tiempo el Rey Don Alonso estaba en Toledo, y alli llegò la nueva de la muerte del Cid, y de la victoria que havia havido del Rey Bucar despues del muerto, y como fue certificado, que era pasado a San Pedro de Cardena, partiò luego a mas andar, y continuò su camino para alla, y como el Rey de Navarra, y el Infante D. Sancho supieron, que el Rey iba, salieronlo a recibir en esta guisa. El Rey de Navarra, y el Infante Don Sancho llevaban al Cid encima de su caballo mui noblemente vestido. Y el Rey fue mucho marabillado de la hermosura que el Cid llevaba. Y alli todos los Caballeros del Cid besaron la mano al Rey: y llegados a San Pedro pusieron el cuerpo del Cid mui honradamente cerca del Altar. Y el Rey fue luego à Doña Ximena, y a sus hijas a las consolar, y prometiòles de hacer muchas gracias, y mercedes. Y mandò dar al Rey de Navarra, y al Infante Don Sancho, y a todos los suyos lo que menester huvieron en tanto que las Honras del Cid duraron.

Cap. 61. *De como el Rey, y los otros Señores que con èl estaban, estuvieron tres semanas en hacer las Exequias del Cid.*

Y Al tercer dia, que ende llegaron fuè acordado, que enterrassen el cuerpo del Cid, y Doña Ximena no lo consintió, y suplicò al Rey, que lo mandasse dexar estàr assi tanto q̄ su cuerpo estuviesse sin fealdad alguna. Y el Rey lo tuvo por bien, y mandò luego traer el escaño, que el Cid havia llevado a Toledo, y mandò poner a la mano derecha del Altar, y poner sobre èl un rico paño de oro, y a las elpaldas del escaño mandò el Rey hacer un mui rico Tabernaculo de oro, y de azul, y mandò poner alli las armas suyas, y las del Cid, y las de Don Ramiro, Rey de Navarra, y las de Don Sancho, Infante de Aragon. Y despues que todo esto alli fuè hecho, el Rey mandò sacar el cuerpo del Cid de entre las tablas, y hallaron el cuer-

cuerpo tan limpio ; y tan duro como si estuviera vivo. Entonces conoció el Rey , que podía bien estar como Doña Ximena quería. Y allí vistieron al Cid de mui nobles paños, que el Soldan le embiara , y asentaronlo en su escaño cerca del Altar , y pusieronle en su mano derecha su Espada Tizona. Y así estuvo el Cid diez años , y quando los paños en algo eran envejecidos , vestíanle otros nuevos. Y estuvieron tres semanas el Rey Don Alonso , y los otros señores en hacer las Exequias del Cid , las quales acabadas , el Rey se volvió para Toledo , y algunos de los Caballeros del Cid se fueron con él , y otros se fueron con el Rey de Navarra , y otros con el Infante de Aragon. Y Don Alvar Nuñez , y Pedro Bermudez , y el Obispo Don Geronymo , y Gil Diaz , y todas las otras compañías de servicio quedaron allicon Doña Ximena , como el Cid por su testamento lo avia mandado. Y Doña Ximena mandó a Gil Diaz , que siempre curasse mui bien del caballo del Cid , Baviaca , el qual vivió dos años despues de la muerte del Cid , y fue quarenta y dos años en su poder. Y despues que el cuerpo del Cid de él descavalgaron , nunca otro hombre en él cavalgó , y siempre lo llevaban al agua por la rienda. Y por ser este caballo tan famoso , Gil Diaz hizo buscar dos yeguas las mas hermosas , que él pudo haver , y echóselas ; y la una parió hembra , y la otra parió macho. Y de estos quedó en Castilla mui gran tiempo su casta , y fue la mejor que en estos nuestros Reinos nunca se vió.

Cap. 62. De como el Cid estuvo diez años despues de muerto asentado en su escaño , y de un gran milagro que le acaeció.

EL Cid estuvo allí asentado en su escaño diez años , y acaeció un dia , que el Abad de San Pedro de Cardena hacia gran fiesta a

todo el Pueblo , y vino allí mucha gente por verla. Y estando todos fuera de la Iglesia , un Judio , que allí vino , entróse en la Iglesia , y estuvo mirando una gran pieza al Cid , y como vió , que persona no estaba en la Iglesia , llegóse al Cid , y dixole : A tu barba nunca llegó Christiano , ni Moro : yo llegaré a ti , y veré qué harás. Entonces el Cid puso la mano en la espada , y sacó de ella quanto un palmo , de lo qual el Judio quedó espantado , que cayó en tierra , y quedó amortecido ; y quando la gente entró en la Iglesia , y lo hallaron así , echaronle agua. Y quando en sí tornó , dixo lo que le havia acontecido , y tornóse Christiano , y así vivió en aquella Iglesia mucho tiempo. Y quando esto acaeció havia siete años que el Cid estaba en aquella manera , y despues estuvo tres. En el qual tiempo no le pudieron vestir otras ropas , porque siempre el Cid estuvo puesta la mano en la empuñadura de la espada , y así se cumplieron diez años , hasta que el Rey Don Alonso Dezeno de este nombre , lo mandó de allí trasladar. Y al fin de estos diez años cayósele el pico de la nariz , y pareció al Abad , y así mismo a Don Gil Diaz , que era razon de enterrar el cuerpo del Cid , que ya no parecia bien. Y el Obispo D. Geronymo mandó hacer una gran Bobeda , en que hicieron un Monumento mui hermoso , e hicieron ayunar tres Obispos , y mucha Clerecia , e hicieron sus officios mui honradamente , y metieron allí el cuerpo del Cid así asentado en su escaño como estaba ; y así estuvo siempre , hasta que reinó el Rey Don Alfonso , hijo del Sr. Rey Don Fernando , que ganó a Sevilla , y trasladó el cuerpo del Cid , y de Doña Ximena , y puso los en mui nobles monumentos a par del Altar de San Pedro de Burgos a la parte derecha. Y puso así mismo el cuerpo del Conde Fernan Gonzalez a la otra parte.

F I N.

todo el mundo y vino allí muchos gentes por
 verla. Y estando todos juntos de la Iglesia
 un Judío, que allí vino, comenzó a hablar
 y estuvo mirando una gran cruz al cielo. Y
 como vio que personas no están en la igle-
 sia, habló al Cid, y dizele: A tu padre han
 caído Christianos en Moro: yo he ido a ti,
 y ve que has fatigado el Cid. Y como
 mano en la espada, y sacó de ella una
 pizarra de lo que el Judío quería decirle,
 que cayó en tierra, y guido a morreir,
 quando le contó en la tierra, y lo ha-
 bieron allí, contaronle cosas. Y quando en si
 tomó, dixo lo que le has acordado, y tor-
 nó Christiano. Y así vino en algunas igle-
 sia mucho tiempo. Y quando él se acordó
 de las cosas que el Cid él hizo en algunas
 maneras, y después él se fue en el desi-
 tiempo no le pudieron ver en otras cosas,
 porque siempre el Cid él estuvo en la
 no en la compañía de las cosas, y como
 en algunas cosas años, hasta que el Rey Don
 Alfonso Deseo de este nombre, lo mandó
 a trasladar. Y al fin de ellas años, como
 le el pie de la nariz, y paró en el Cid, y
 alabando a Don Gil Diaz, que era razón
 de entrar el cuerpo del Cid, que no pa-
 ra el Cid. Y el Obispo D. Gerónimo man-
 do hacer una gran bóveda, en que hicieron
 un Monumento muy hermoso, e hicieron
 aynar tres Obispos, y mucha Clero, e
 hicieron las cosas muy honradamente. Y
 metieron allí el cuerpo del Cid así allan-
 do en su escudo como estaba, y allí estuvo
 siempre, hasta que reinó el Rey Don Alonso
 lo hijo del Rey Don Fernando, que era a
 Sevilla, y trasladó el cuerpo del Cid, y de
 Doña Ximena, y púolos en un noble mo-
 numento a par del Altar de San Pedro de
 Burgos a la parte derecha. Y poro así.

mo el cuerpo del Conde Fernan
 Gonzalez a la otra
 parte

en un templo, y tan duro como si era
 vivo. Estando con el Rey, que
 por bien está como Doña Ximena diera.
 Y así vinieron al Cid de una noble casa,
 que el soldado le enseñó, y allí contaronle
 la causa que era del Altar, y allí contaronle
 la causa de la Iglesia. Y así estu-
 vo el Cid en la Iglesia, y después los años
 algo era con el Rey, y allí estuvo con
 el Rey. Y después de las cosas que el Rey
 hizo, y los otros señores en hacer las ex-
 cosas del Cid, las cosas que el Rey le
 hizo para Toledo, y algunos de los Cabal-
 leros del Cid le contaron lo que él hizo
 con el Rey de Navarra, y otros con el
 Infante de Aragón, y Don Alvar Nuñez, y
 Pedro Brumbar, y el Obispo Don Gerónimo,
 que el Cid hizo, y todas las cosas que
 de servicio que él hizo con Doña Ximena,
 como el Cid por su voluntad lo hizo man-
 dar. Y Doña Ximena mandó a Gil Diaz,
 que él se fue a Sevilla, y allí estuvo
 después de la muerte del Cid, y las cosas
 que él hizo en la guerra, y después de
 la guerra del Cid de la delavación, nunca
 otro hombre en el castigo, y después de
 vino al agua por la tierra. Y por ser este
 castigo tan grande, Gil Diaz hizo poner
 en yegar las tres hermanas, que el Cid
 hizo, y echólas en una parte hermosa, y
 la otra parte hermosa. Y de ellas quedó en
 Castilla muy gran tiempo en casa, y fue la
 mejor que en ellos nuestros tiempos nunca
 se vio.

Como se ve como el Cid se volvió años después
 de muerto estando en la tierra, y de un gran
 algarro que se murió.

El Cid estuvo allí estando en la Iglesia
 de los años, y contaronle de que el Cid
 se cantero de Castilla hacia Castilla a

F I N

